
NO ME DEJES
CERRAR LOS OJOS
I.A. ROBB

NO ME DEJES CERRAR LOS OJOS

A quienes creyeron en esta historia antes de que existiera, gracias por prestarme su fe cuando la mía flaqueaba.

Para mi hijo Rodrigo, que aún no había sido concebido cuando empecé a plasmar estas palabras.

Para mi hija, Rebecca, que ha cumplido un año viendo a su padre escribir cada día.

Para mis padres y hermanos, que siempre han estado a mi lado, expresándome su apoyo. Sin ustedes, no sé cuál habría sido el destino de este libro.

Pero, sobre todo, para mi esposa, Jessica, quien fue, es y, espero, será siempre mi mayor motor; quien me impulsa cada día a convertirme en una mejor versión de mí mismo.

Esta historia nació de mi imaginación, pero llegó hasta aquí gracias a ustedes. Estas páginas son tanto suyas como mías.

A ustedes, que me prestaron su luz cuando la penumbra era impenetrable: gracias por ayudarme a mantener los ojos abiertos.

CAPÍTULO 1

Un mudo lamento de arrepentimiento

Negrura absoluta, un silencio abrumador y olor a vacío que inundan el aire; solo escuchas tu respiración. No recuerdas cómo llegaste aquí, ¿estás soñando? Te sientes confundido, no sabes identificar si es pánico, desesperación, miedo o una combinación de todas esas emociones juntas.

Intentas levantarte, pero descubres que no puedes moverte, algo te lo impide, y tu mente se convierte en un torbellino de emociones imposibles de identificar. "¿Por qué a mí?", piensas, "¿por qué yo?"

El silencio ensordecedor sigue vivo en la habitación y el olor, ese maldito olor a vacío, humedad y muerte que te taladra las fosas nasales. Tratas de buscarle sentido a lo que estás viviendo, pero en lugar de eso, ves un parque tan verde que te transmite felicidad, paz… Hay una pequeña niña de cabello ondulado frente a ti; viste un hermoso vestido rojo, parece una princesa.

—¿Andrea? —dices en un susurro inseguro, sin entender qué está sucediendo.

¿Por qué estás viendo a tu hija jugar en un parque? Se ve tan… feliz… Rompes en llanto.

Esa visión se corta de golpe y da paso a otras que pasan con rapidez: sangre, llanto, gritos, un sollozo desgarrador y dolor. Mucho dolor.

Ves a una persona correr delante de ti. Corres detrás de ella. Intentas atraparla. No logras ver quién es ni recuerdas por qué la persigues, pero sientes una furia incontrolable y una determinación implacable para detenerla.

La imagen se difumina en el momento en que la vas a atrapar y la negrura absoluta vuelve a reinar, solo que esta vez distingues algo incómodo en tu pecho y un frío que te recorre por completo hasta llegar a tus dedos.

Sueltas un grito desesperado e intentas moverte, pero tus manos no responden. Tratas de mover tus piernas, pero tampoco lo consigues.

—¡¿Qué está pasando?! ¡¿Dónde está Andrea?! —chillas angustiado sin siquiera pensar; lo único que quieres es salir de la situación en la que te encuentras.

No hay eco.

La desesperación incrementa. Tu corazón late desenfrenado y retumba en tus oídos, como tambores que marcan el paso de un ejército. Tu respiración se agita, pero pareciera que el aire no entra, pues entre más rápido lo haces, más sientes que te falta. Justo cuando sientes que vas a perder la consciencia, se rompe el silencio:

—¿Dónde crees que estás?

Una voz masculina, calmada y grave, suena desde el otro extremo de la habitación.

—¡¿Quién eres?! ¿¡Qué hago aquí?! ¿¡Dónde está Andrea!? —gritas en una súplica desesperada y llena de terror.

—Las respuestas llegarán en su debido momento. No quieras adelantarte, David. No, por ahora debes ver lo que quieres ver.

—¿De qué estás hablando?, ¿por qué estoy aquí? —preguntas mientras recorres con la mirada la impenetrable penumbra que te rodea, buscando un atisbo de luz o algo que puedas distinguir, pero no hay nada más que oscuridad.

—¿Qué está pasando? —murmuras trémulo, mientras lágrimas caen por tus mejillas queriendo entrar a tu boca.

—Veo que te estás ahogando en tus propios pensamientos. No debes preocuparte; después de todo, estás aquí porque quieres.

Es la misma voz, pero ahora la sientes más cerca que la primera vez.

—No tengo idea de qué estás hablando, por favor, dime dónde está Andrea —suplicas desesperado—. Dime, por favor, que está bien.

Silencio. Lo único que lo interrumpe es el sonido del paso del tiempo que marca un reloj a lo lejos. Y de repente…

—Estás haciendo las preguntas adecuadas, solo que no es el momento para responderlas —dice la voz.

Tu sollozo le da paso a una cólera incontrolable, y en un arrebato de ira, gritas.

—¡Deja de jugar conmigo!

La voz suspira.

—Estoy seguro de que, al final, todo tendrá perfecto sentido. Después de todo, eres un detective, ¿no? Puedes resolver casi cualquier enigma. Por lo menos, eso dicen en las películas.

Guardas silencio e intentas recomponerte, pero no puedes evitar el llanto.

—¿Te duele? —dice la voz de manera súbita, pero ahora suena distinta, incluso casi familiar.

—¿Qu…? ¿De qué me estás hablando? ¿A qué te refieres? —preguntas confundido.

Tu boca suelta palabras desconectadas. No quieres hablarle a esa sombra, no quieres reconocer su presencia… Sin embargo, ahí está. No puedes verla y aun así la escuchas y la percibes tan cerca. No puedes sentir su toque o su aliento, pero sí su presencia en tu alma, muy dentro de ti. Reconoces esa voz de manera instintiva, aunque no quieras.

—¿Qué está pasando? —susurras.

—En serio no tienes idea, ¿verdad?

El intermitente sonido del reloj se apodera de la habitación. Tic-tac, tic-tac…

La voz suspira de nuevo.

—¿Quieres que te ayude a saber por qué estás aquí?

Una sensación se apodera de ti. Desesperación. No quieres saber nada. Preferirías no abrir los ojos nunca más y no saber la razón de tanto dolor. La respuesta que darás a esa pregunta la tienes clara:

—No.

A tu respuesta le sigue el silencio, entrecortado por ese maldito tic-tac, tic-tac, tic-tac…

—¡Vaya! Qué respuesta tan rotunda has dado, y sin pensarlo mucho tiempo. Algo dentro de ti debe de saberlo, ¿cierto? ¡Oh, amigo mío!, déjame decirte que mi pregunta era más una formalidad que una propuesta. Vas a entenderlo todo, porque en realidad tú eres quien quiere hacerlo y yo estoy aquí por ti.

Sabes que tiene razón; sin embargo, te sientes conflictuado, quieres recordar, pero al mismo tiempo no sabes por qué te aterra la idea. Estás confundido y asustado. A duras penas logras sobrepasar el temor y, por fin, alcanzas a formular una pregunta.

—Y… yo… ¿Qué me está pasando?, ¿por qué me está pasando esto?

La voz calla. Tic-tac, tic-tac…

—Amigo mío, esa pregunta no es mía para responder y, para ser sinceros, en este momento tampoco tuya —dice la voz, más seria que antes—. Bueno, es hora de empezar, ¿no crees?

CAPÍTULO 2
¿Quién?

—Exactamente, ¿con qué es hora de comenzar? —preguntas, temeroso.

—Con todo —responde rápido la voz, como si se tratara de algo muy obvio—. Debes recordar o, mejor dicho, *quieres* recordar —dice en tono sugestivo.

Esa respuesta te provoca un miedo y terror inconcebibles. No puedes evitarlo y gritas.

—¡No! ¡No quiero saber nada! ¡Déjame en paz! —el miedo se mezcla ahora con furia y una profunda tristeza.

La voz suspira.

—Ya te dije que la pregunta era una mera formalidad, en serio vamos a hacer esto… Vas a hacerlo; después de todo, eres tú quien debe experimentarlo.

El sonido del reloj se hace tan fuerte y presente que retumba en todos tus sentidos.

—Bueno, creo que ya es momento de comenzar, porque no tienes mucho tiempo —dice la voz.

Un pinchazo de dolor se clava en tu pecho y un frío recorre tu cuerpo. De repente, te sorprende advertir una luz. Después de no haber sido capaz de ver nada durante todo este tiempo, asumiste que tenías una venda sobre los ojos; sin embargo, es muy obvio que hay una luz frente a ti que crece y se intensifica, hasta que sientes su calor y, entonces, ahora es ella la que te ciega.

Igual de rápido que comenzó esta experiencia, pareciera haber terminado. Poco a poco, tus ojos se ajustan a la claridad, y comienzas a ver pequeñas manchas que se van convirtiendo en

figuras hasta que logras distinguir una imagen: un abanico de techo da vueltas sobre ti.

Estás acostado, confundido. Parece que todo ha sido un mal sueño.

Con esfuerzo, te repones en la cama. ¿De verdad fue un sueño? Se sintió tan real, ¿qué sucedió? Te levantas, caminas hacia el baño y te lavas la cara. Frente a ti, el espejo refleja la figura de un hombre que pareciera estar en sus cuarenta. Tiene el cabello oscuro y ondulado con algunas canas sobre las orejas, barba al ras poco definida, también con tintes plateados, y unas profundas ojeras que lo hacen ver muy cansado. Es verdad, estás muy cansado.

Regresas a la recámara y te sientas en el borde de la cama e intentas repasar el mal trago que fue ese… ¿sueño? Quién sabe, pero agradeces que haya terminado y exhalas un prolongado suspiro que busca dejar lo pasado atrás y no pensar más en ello.

De pronto, la puerta se abre de manera enérgica y una niña de seis años entra gritando. Viste un vestido rojo con pequeños lunares blancos y unos zapatos de charol negros; tiene el cabello castaño recogido en una única coleta.

—¡Papá! ¡Papá! —dice la niña una y otra vez.

Al verla, no puedes evitar sonreír.

—¿Qué pasa, Andrea?

Ella se detiene frente a ti tamborileando los pies con impaciencia.

—¡Ya es tarde! Debo estar en la escuela en quince minutos.

Miras el reloj sobre tu mesa de noche; son las 7:45 de la mañana. Suspiras cansado y te tallas la cara con las manos.

—No puede ser, ¿puedes servirte el cereal tú sola?

—Ya desayuné, papá.

La volteas a ver sorprendido.

—Ah, entonces espérame en el sillón de la sala. No tardo más de cinco minutos.

Antes de salir, Andrea presiona un botón de su reloj que tiene en la muñeca y te mira.

—Los estoy contando. Te espero afuera.

Sueltas una risa incrédula. Te sorprende ver la madurez de esa niña. Te levantas y te vistes con una camisa blanca, pantalón de mezclilla y zapatos negros; intentas fajarte la camisa, pero lo logras a medias. Tratas de peinarte rápido con la mano y un poco de gel, sin importarte mucho el resultado.

Coges una chamarra negra y una placa de policía que está en el estante de tu recámara. "Detective". La guardas en el bolsillo del pantalón.

Sales de tu habitación y sonríes al ver a Andrea de pie al lado del sillón con una chamarra morada en los brazos y una pequeña mochila celeste floreada en su espalda.

—¿Cuánto fue? —preguntas.

Ella sonríe y mira el reloj.

—Tres minutos y veintiún segundos.

Le guiñas el ojo sonriendo y caminas hacia la puerta, pero justo cuando pones tu mano sobre la perilla, volteas y miras a tu hija.

—¡Hey!, ¿qué hacemos antes de salir? —le preguntas.

Ella alza las cejas en señal de sorpresa.

—Chamarra puesta —responde mientras se pone la chamarra y la cierra.

—Es correcto. Ahora ven, que vamos a llegar tarde por tu culpa.

Ella abre la boca, ofendida. Entre risas, le tomas la mano y salen del departamento.

Conduces hasta la escuela y ella se baja sonriente, se detiene en la banqueta para despedirse con la mano y entra a la escuela acompañada por una maestra.

Tu teléfono suena y reconoces el número; es Edgar García, agente de policía de campo.

—Hueman —respondes.

—¡Hey, David!, necesitamos que vengas al edificio abandonado en la avenida Longwood, ¿sabes cuál es?

Suspiras y te tocas el entrecejo.

—Sí, lo conozco, ¿cuál es el problema?

Edgar vacila un poco.

—Yo… ejem… mira, será mejor que vengas y lo mires, esto es… —traga saliva—. Solo llega, ¿de acuerdo?

Frunces el ceño extrañado. Edgar no está actuando como de costumbre.

—Voy en camino.

Cuelgas y conduces. Estacionas tu auto frente al edificio en doble fila, al lado de una patrulla que tiene la sirena encendida. El lugar está acordonado y algunos oficiales resguardan la entrada, pero te dejan subir al mostrar tu placa. Te indican que subas al tercer piso.

En las escaleras notas lo antiguo que es el inmueble y que lleva mucho tiempo abandonado. El olor a humedad, la suciedad, la basura, las paredes maltratadas llenas de grafiti y manchas extrañas y desagradables son una evidente muestra de ello. Algunos tenues rayos de luz mañaneros se asoman entre las tablas podridas que cubren lo que alguna vez fueron ventanas e iluminan las partículas de polvo que flotan tranquilas y despreocupadas en el aire.

Al llegar al tercer piso, dos oficiales te reciben y uno de ellos te acompaña hasta una habitación cerrada.

El oficial traga saliva y abre la puerta evitando mirar hacia dentro. Ves un montón de policías tomando fotografías del lugar y de una mujer desnuda, ensangrentada y encadenada a un tubo viejo y oxidado. La habitación, corroída por el tiempo, tiene dos ventanas que, igual que las del pasillo, están cubiertas de manera parcial por tablas de madera podrida que dejan pasar suficiente luz del sol como para iluminar, a duras penas, la habitación entera.

—Dios mío —susurras impresionado.

Un hombre regordete y de baja estatura con uniforme de policía se acerca hacia ti al verte entrar.

—Edgar —dices en voz alta mientras examinas el lugar con la vista.

—Hueman, qué bueno que llegas —responde nervioso mientras te estrecha la mano—, esto… esto es inhumano, ¿quién podría hacer algo así?

—¿Ya identificaron a la víctima? —preguntas mientras caminas por la habitación, observando cada rincón.

—Melissa Robledo. Fue reportada como desaparecida la semana pasada.

—Voy a necesitar un reporte con todo lo relacionado con la desaparición. Pruebas, testigos, indicios. Todo.

Edgar asiente en silencio.

—¿Hace cuánto tiempo la encontraron? —preguntas con algo de tristeza.

—Hace una hora, dos como máximo. Cuando recibimos el reporte, vinimos lo más rápido posible. La encontramos, se acordonó el área y te llamé.

Miras alrededor y a simple vista es solo una habitación vieja, descuidada y vacía; sobresale en el fondo, claro, la execrable escena del cadáver y el gran charco de sangre que lo enmarca.

Te acercas al cuerpo, pones una rodilla en el suelo y te inclinas para ver de cerca a la víctima. Una mujer joven, de diecinueve o veinte años, está desnuda y atada por las muñecas a una tubería vieja y oxidada; tiene un gran agujero irregular en el pecho a la altura del esternón que dejaba ver fragmentos de costillas astilladas que se asoman como raíces de una enredadera que intenta salir.

Su cara está recargada sobre la parte interna de uno de sus brazos, está golpeada y tiene la boca entreabierta; puedes ver que algunos de los dientes que aún le quedan están rotos. Hilos de sangre recorren su boca y barbilla para caer hacia su cuello. Y como si no hubiera sido suficiente, en donde deberían estar sus ojos, ahora hay dos grandes huecos negros que lloran varias líneas de sangre.

—¿Llegó el equipo forense? —preguntas.

—Sí, se están preparando para mover el cuerpo a la morgue y poder hacer la necropsia —responde Edgar.

Te levantas y examinas la habitación, caminas despacio hasta llegar a la puerta de la entrada, observas el suelo, el techo, las paredes y las ventanas, pero no logras detectar nada que destaque a la vista.

—¿Quién reportó el cuerpo?

—Unos trabajadores que vienen de parte del municipio. Al parecer, planean hacer un hospital o algo así. En fin, estaban haciendo una revisión de la condición estructural del lugar y… bueno, la encontraron aquí —responde Edgar con un resoplido—. También encontramos a dos personas sospechosas al llegar. Están en la estación siendo interrogadas.

—¿Personas sospechosas? ¿Qué estaban haciendo?

—Sí, dos muchachos. Estaban merodeando el edificio, traían mochilas y las capuchas de las sudaderas les cubrían el rostro. Además, la ropa de uno de ellos tenía manchas de lo que presumimos es sangre de la occisa.

—¿Los encontraron dentro de la habitación con el cadáver?

Edgar niega con la cabeza.

—No, estaban en las escaleras de incendios —ríe con un resoplido burlón a través de su nariz—. Los muy idiotas creyeron que era buena idea intentar escabullirse por las escaleras de incendios de un edificio que lleva, ¿qué?, ¿veinte años abandonado? Tuvieron suerte de que esa escalera fuera igual de ruidosa que vieja y los encontráramos en lugar de que se les cayera todo encima.

Suspiras.

—Ustedes quédense aquí e infórmenme si encuentran algo o si los trabajadores que reportaron el cuerpo dicen algo que pueda ser útil para el caso; yo iré a la estación para conversar con los sospechosos.

Sin decir una palabra más, te das la media vuelta para salir de la habitación, pero te detienes en seco justo en el marco de la puerta.

—La familia de la víctima… —haces una pausa para encontrar las palabras adecuadas—, ¿lo saben?

Edgar asiente con la cabeza.

—Sí. Irán a la morgue más tarde a reconocer el cuerpo.

Asientes con la mirada fija en algún punto lejano.

—Nadie debería perder a su hija —dices en voz baja y después miras a Edgar—, mucho menos verla en condiciones como esta.

Edgar te mira en silencio y después toma su teléfono.

—Ramón te ha enviado el reporte que pediste, Hueman. Lo tienes en tu correo.

Le agradeces a Edgar y bajas las escaleras.

CAPÍTULO 3

La luz al final del túnel

Entras en tu auto, enciendes un cigarro, recargas la cabeza en la cabecera del asiento y cierras los ojos. Piensas si has elegido bien tu profesión. Todas esas víctimas, esas imágenes que se han clavado detrás de tus ojos, los cadáveres, las historias terribles contadas por los perpetradores, el dolor de los familiares de las víctimas… Todo lo que has vivido como detective ha cobrado factura en tu psique, pero ¿algo así? Nunca, y estás seguro de que esa imagen te atormentará toda tu vida.

Inhalas, sueltas el humo del cigarro sin despegar la cabeza de la cabecera y tu mirada se pierde en él. Todo lo que has visto es terrible, pero lo haces por ella. Por mantener a Andrea a salvo de los criminales… ¿No?, ¿o será porque es lo único en lo que no te has autosaboteado lo suficiente como para que te despidan?, ¿quizá porque deseas de manera desesperada no fallarle de nuevo a alguien? La verdad no importa; ahora estás aquí y debes, una vez más, lidiar con esto.

Con la mirada cargada del peso de todas las imágenes que te acompañan desde hace tanto tiempo, tomas tu teléfono y abres tu correo. Ahí encuentras el reporte que envió Ramón sobre la investigación de la desaparición de Melissa Robledo. Lo abres y revisas por encima, no a detalle, solo buscas información clave para entender el caso grosso modo y tener en mente los datos generales; ya en la estación tendrás oportunidad de estudiar a fondo.

Avientas el cigarro por la ventanilla y conduces hacia la estación de policía. Al llegar, preguntas en la recepción por los detenidos del edificio Longwood. Todavía están interrogándolos, así que te diriges al tercer piso, en donde hay varias salas, cada una con

dos pequeñas áreas de acceso independiente, separadas por un vidrio unidireccional: la del interrogatorio y la de observación. Entras a una de ellas en la que un chico de unos dieciséis o diecisiete años está sentado, visiblemente nervioso: mueve las piernas de forma rápida hacia arriba y hacia abajo y tiene las manos escondidas entre ellas. Su mirada está fija en la mesa frente a él.

—Buen día —dices de manera abrupta cuando entras en la sala de interrogación. El joven salta y te clava su mirada inquieta. No responde, pero tiene los ojos abiertos como platos.

—No eres de los que hablan mucho, ¿eh? Eso puede ser un problema; verás, necesito que hables conmigo. Pero primero… lo siento, siempre lo olvido, me acelero demasiado y pierdo… sensibilidad. Mi nombre es David Hueman, soy el detective a cargo del caso de Melissa Robledo —dices observándolo con la esperanza de distinguir alguna reacción al escuchar el nombre de la víctima.

El joven sigue temblando, no aparta su mirada de ti.

—Se supone que ahora debes decirme tu nombre, ¿sabes? Así funcionan estas cosas —dices en un susurro sarcástico.

—Jonathan. Mi… nombre es Jonathan Smith —su voz es casi inaudible.

—¿Jonathan, dices? Bien, Jonathan, dime algo, ¿conocías a Melissa Robledo? ¿Te resulta familiar el nombre?

Él niega con la cabeza.

—Verás, Melissa es la persona que han encontrado en el edificio en donde ustedes, tú y tu amigo, estaban merodeando.

Jonathan traga saliva sin dejar de mirarte.

—¿Qué hacían en ese edificio abandonado?

—Y… yo… nosotros… es que, no… mire… —Jonathan balbucea sin decir nada en absoluto.

—Hey, hey, hey, tranquilo. Solo es una pregunta, aún no estás en problemas.

—Fue… —traga saliva—. Fue Carlos; él la encontró. Me llevó hacia ella.

Frunces el ceño al momento de escuchar eso.

—¿Es uno de tus amigos?, ¿el que nos acompaña hoy?

Asiente con la cabeza.

—¿Los llevó? ¿Cómo si ya supiera que la encontraría en ese lugar?

Él se remueve incómodo en su silla, mientras sus ojos se comienzan a llenar de lágrimas.

—No… yo… no lo sé, hombre. Mierda. Por favor, no le digas que yo dije eso.

Alzas las cejas, algo sorprendido por lo que dijo.

—Hey, no te preocupes. Esto es confidencial. Ni Carlos ni nadie más sabrá de lo que estemos discutiendo aquí. Ahora, dime qué hacían en ese edificio.

—Ahí es a dónde vamos para divertirnos, grafitear y… pasar el rato.

—Un lugar peculiar para divertirse, ¿no te parece?

Él se encoge de hombros.

—A Carlos le gusta.

—¿Y tú haces todo lo que Carlos diga?

Él te mira con preocupación y, apretando los labios, asiente con la cabeza.

Lo miras con atención. Sientes un poco de lástima por el chico.

—¿Cómo lo conociste? Parece ser mayor que tú.

—Él… —se rasca la nuca— Mierda, no… no recuerdo.

Entrecierras los ojos.

—Te informo, Jonathan, que mentirle a un detective durante una investigación tan seria como esta es un delito grave.

Él traga saliva y después suspira.

—Vendía marihuana afuera de la escuela. Un amigo y yo le comprábamos todas las semanas.

—Entiendo. ¿Sueles drogarte muy seguido con él?

Te voltea a ver inquieto.

—Hey, tranquilo. Yo también tuve tu edad alguna vez; entiendo lo que es ser joven.

Él afirma titubeante con la cabeza.

—¿Hay algo más que puedas decirme?

Niega con la cabeza.

—Muy bien, agradezco tu disposición —te levantas y te dispones a salir de la sala, pero la voz temblorosa de Jonathan detrás de ti te interrumpe.

—Espere, ¿qué pasará conmigo ahora? Le respondí sus preguntas, me dejarán ir, ¿cierto?

Lo miras sobre tu hombro y, sin decirle una sola palabra, tocas la puerta. Un agente abre la puerta para dejarte salir. Vas a otra sala en donde está un chico mayor muy relajado, sentado frente a una mesa de metal, con el cuerpo reclinado hacia abajo y la cabeza recargada en el respaldo de la silla, mirando el techo con los brazos cruzados. Te llama la atención que tiene un semblante más duro y un tatuaje en la garganta de un ojo atravesado por un puñal. Dos agentes de policía están frente a él.

Abres la puerta y los oficiales se sorprenden al verte; les haces un gesto con la cabeza y salen de la habitación. El muchacho del tatuaje en el cuello solo te mira sin cambiar la postura.

—Soy el detective David Hueman, ¿sabes por qué estás aquí?

—Creen que le hicimos daño a esa mujer que estaba en el edificio, pero te digo que es pura mierda, ¡pura mierda! —responde de manera agresiva.

—Asumo que tú eres Carlos, ¿cierto?

Levanta la cabeza del respaldo y te regresa una mirada llena de desprecio.

—¿Eso es un sí? —continúas en un tono burlón—. Necesito una confirmación expresa de tu parte.

—Mi nombre es Carlos, pero me dicen Gun.

—¿Gun? —preguntas incrédulo—. ¿Cómo se supone que se gana uno ese apodo?

Él se limita a mirarte sin decir nada.

—Bueno, en verdad no me importa. Si quieres que te llame Gun, así será. Verás, estoy más interesado en las respuestas que puedas darme sobre Melissa.

Se inclina hacia delante y se remueve nervioso sobre la silla, entrelaza los dedos de sus manos y los pone debajo de la mesa.

—¿Quién es ella?

Entrecierras los ojos. Puedes notar falsedad en su tono, una mentira expuesta.

—¿En verdad vas a jugar a ese juego, Gun? —respondes en tono serio—. Será mejor que no me tomes como un tonto cualquiera; sé bien que sabes quién es Melissa, solo necesito confirmar hasta qué punto.

—Jódete, cerdo. —responde con firmeza e iracundo.

Sonríes.

—Ya veo. Está bien, no pasa nada, podemos cambiar de tema y regresar a ese después. ¿Por qué mejor no me explicas qué hacían tú y tu amigo en ese edificio abandonado el día de hoy?

Gun te observa con atención, pero no ofrece ninguna respuesta.

—Vamos —continúas esbozando una sonrisa burlona—. Estoy seguro de que unas jóvenes promesas como ustedes tienen una perfecta explicación de por qué se encontraban en ese lugar.

—Mira, hombre, eso importa una mierda.

—Ah, ¿sí? —respondes con cinismo—. ¿Y cómo es que llegaste a esa conclusión, Gun?

Él gira la cabeza y chasquea la lengua.

—Si no hubieran encontrado el cuerpo, ustedes ni siquiera sabrían que esa chica está muerta, hombre —alega él—. Seguirían buscándola por toda la ciudad y jamás hubieran sabido que estaba ahí.

Te limitas a mirarlo sin responderle nada, esperando que hable más y diga algo que pueda ayudarte con el caso.

Él ríe.

—¿Ves? Ustedes no hacen una mierda, dependen de otros para poder hacer su trabajo, solo para colgarse al cuello el logro, cerdos inútiles.

—No eres muy aficionado a la policía, ¿verdad? —preguntas sarcástico. Él no responde y te mantiene la mirada, recargándose en la silla—. Mira, así está la cosa, Gun: te conviene que yo confíe en ti, porque de lo contrario, te quedarás aquí por mucho tiempo.

Gun te mira amenazante.

—En tu mochila había pintura en aerosol. Uno podría asumir que estaban ahí para grafitear el lugar.

Gun se muerde un labio mientras te mira con furia contenida. Sonríes.

—De acuerdo —responde Gun por fin—, íbamos a pintar las paredes, ¿y qué? No es como que sea un delito grafitear un edificio abandonado.

Ríes un poco.

—¿Abogado? —preguntas a modo de burla con una sonrisa cínica.

Pero él no ríe.

—Mira, aunque grafitear sí es ilegal, no es la razón por la que están aquí, y, para serte honesto, no estoy interesado en procesarlos por algo así… ni por la droga que también encontramos en su mochila.

Gun clava de nuevo su mirada en ti, filosa como una daga.

—Por favor, es imposible que eso no lo hubieras visto venir, después de todo te confiscaron la mochila, ¿recuerdas? Ni siquiera intentaste deshacerte de ella; aunque, bueno, estoy seguro de que la impresión de lo que viste no te dejó pensar con claridad.

—¡Putos cerdos! —grita Gun poniéndose de pie y aventando la silla hacia atrás.

De inmediato, la puerta se abre de golpe y entran los dos policías con la intención de someterlo, pero les haces un ademán con la mano y se detienen.

—Mira, Gun, lo diré de nuevo, no me interesa nada de eso, tenemos algo más grande entre manos en este momento y, si tú y tu amigo Jonathan cooperan y se portan bien con nosotros, entonces nosotros nos portaremos bien con ustedes, ¿te parece bien el trato?

Gun mira a los policías con la respiración agitada, luego te mira a ti, después levanta la silla, la coloca de nuevo en su lugar y se sienta. Volteas a ver a los dos agentes y les haces una seña con las cejas, y ellos salen.

—Bien, ahora que este pequeño drama ha pasado, dime, ¿por qué tu ropa está manchada de sangre?

Él abre los ojos, sorprendido. Después se mira la ropa y chasquea la lengua.

—Mierda —susurra—. Mira, lo encontramos por casualidad, hombre. Estábamos buscando un buen lugar para poner música y grafitear un poco. Abrimos una puerta y, ¡bam!, sorpresa. Ahí estaba ella.

—Eso no explica las manchas, Gun.

—Yo… debí haberme manchado con sangre del suelo, ¡pero no le hice nada!

—¿Entraron a la habitación? —preguntas con firmeza.

—Sí —responde Gun en un tono sorprendentemente firme y retador.

Volteas alzando las cejas.

—¿Y para qué entraste?

—Pues… yo… no sé, solo quería ver de cerca.

Alzas una ceja, escéptico.

—¿Querías ver de cerca? ¿Qué era con exactitud lo que querías ver de cerca? ¿Las heridas? ¿El cuerpo desnudo? ¿La sangre? Ilústrame, por favor.

—¡Ah, mierda!, me estás haciendo ver como si fuera un enfermo.

Resoplas por la nariz y él te mira.

—De nuevo, ¿qué querías ver de cerca?

Sin responder, te mira con atención.

—El cadáver… —responde rompiendo un breve silencio—, nunca había visto uno.

—Entonces, ¿el morbo te hizo querer verla de cerca?

Él asiente en silencio.

—¿La tocaste?

Se alarma con tu pregunta.

—¡¿Qué?! No, hombre, ya te dije que no soy un enfermo de mierda, solo quería ver un cadáver real.

Asientes sin quitarle la mirada de encima.

—Entonces, ¿cómo explicas las manchas de sangre en las mangas de tu suéter?

Frustrado, mira hacia el suelo.

—Mierda, mira, sí la toqué, ¿de acuerdo? Pero no en una forma asquerosa ni nada, solo quería ver bien las heridas. Ni siquiera me di cuenta de haberme manchado.

—¿Cuánto tiempo estuviste ahí dentro?

—No lo sé, un par de segundos. No fue mucho tiempo, solo eché un vistazo.

—Mmm, y después, ¿qué pasó?

—Nada, hombre, escuchamos que llegaron unas personas del maldito municipio y echamos a correr —responde Gun, molesto.

Guardas silencio con la mirada fija sobre él.

—Ahora, dime, ¿cómo sabías que la policía la estaba buscando?

Él abre los ojos mucho, sorprendido.

—¿Qué…? ¿De qué mierda estás hablando? —responde nervioso.

—Bueno, durante tus disparates en contra de la policía has dicho que seguiríamos buscándola; mi pregunta es: ¿cómo sabías que ella estaba desaparecida?

Traga saliva y se hace pequeño sobre su silla.

—Yo… yo no tenía idea… ella… supuse…

—¡Hey, tranquilo, hombre! Solo estamos conversando; puedes pensar tu mentira el tiempo que quieras, yo te espero.

—Mira, yo solo intuí que ella estaba desaparecida; después de todo, la encontramos muerta, alguien debería haber hecho algún reporte.

—Ah, ¿lo intuiste? Mierda, deberías de ser tú el detective aquí; te doy mi placa y todo, si la quieres —dices riendo.

Él se mueve nervioso en la silla.

—Vete a la mierda —dice por fin, después de tragar saliva.

Suspiras y esbozas una sonrisa cansada al terminar.

—Sí… eso pensé.

Te levantas de la silla y tocas la puerta. Justo antes de salir, miras a Gun.

—Por cierto, quiero decirte que iremos tras de ti con todo lo que tenemos. Piensa en eso. Piensa en cada mentira que acabas de decirme en esta habitación, porque si algo no encaja a la perfección,

por más pequeño que sea, me volverás a ver y, es probable que no esté de buen humor.

Sin darle oportunidad de responder, sales de la habitación.

—¿Y bien? —pregunta Edgar ansioso—. ¿Qué piensas? ¿Es culpable?

—No sé si sea culpable, pero en definitiva hay algo que no nos está diciendo. El otro quizá sepa algo; intenta presionarlo más y ver si puedes conseguir más información.

—Creo que lo tiene amenazado —responde—, está mucho más nervioso que este.

—Puede ser, a ver qué puedes conseguir. Debo ir a la morgue a hablar con la familia de Melissa.

—¿Qué hacemos con Gun?

—Si no tiene nada más que decir, no podemos hacer mucho, no lo podemos dejar aquí detenido sin pruebas o algún indicio de que sea el responsable… tendremos que dejarlo ir… pero primero a ver si puedes averiguar algo más con Jonathan.

—Pero la sangre en su ropa. Eso debe ser suficiente para detenerlo, ¿no? —responde uno de los agentes.

—Es un buen punto de partida, pero su relato hace sentido con la manera en que los encontraron. Si en verdad le hubiera hecho esas heridas en ese momento, tendría mucha más sangre en su ropa. No tenemos forma de ligarlo directamente con el asesinato; de momento solo sabemos que es un enfermo. No podemos dejarlo detenido.

Él asiente y tú sales de la estación.

CAPÍTULO 4
Detrás de la puerta

Al abrir la puerta de la estación, te ciega una intensa luz. De manera instintiva, la bloqueas con una mano, pero es en vano. Te duelen los ojos y no logras ver nada; intentas cerrar la puerta, pero al querer asir la manija, no hay nada ahí. Buscas con la mano algo que agarrar, pero solo hay aire y una sensación fría te recorre la espalda, el pecho, las piernas y la cara. Al fin, la luz se desvanece y puedes abrir los ojos. Para tu sorpresa, ves un abanico de techo girando y tu mano estirada frente a ti.

Confundido, miras a tu alrededor y te das cuenta de que estás en tu recámara. Tu respiración se agita al escuchar pasos fuera de tu habitación. Alguien toca.

—¡¿Quién es?! —preguntas alarmado.

—¿Papi? —la voz de una pequeña niña pregunta asustada—. Soy yo, Andrea. ¿Estás bien?

¿Andrea? No es posible, la dejaste en la escuela no hace mucho tiempo. ¿Qué está pasando? Te levantas de la cama y abres la puerta despacio. Y ahí está Andrea, mirándote con atención.

—¿Papá? —pregunta algo asustada—. ¿Estás bien?

—Andrea —dices en casi un susurro—, pero tú… tú deberías estar en la escuela, yo te fui a dejar, ¿qué…? ¿Qué está pasando?
Andrea te mira desconcertada.

—Uhm… mamá me dijo que te preguntara si quieres panqueques para desayunar…

Tus ojos se abren enormes.

—¿Qué dices? Amor, ya hemos hablado sobre esto —te hincas y la abrazas—, no sé qué está sucediendo el día de hoy, pero tu mamá está…

—En la cocina —te interrumpe.

Te separas de ella para poder verla a los ojos, frunces el ceño azorado por lo que acaba de decir.

—Mamá está en la cocina —repite.

En ese momento, te sorprende un ruido que viene justo de la cocina. No te habías percatado, pero el departamento huele a panqueques recién hechos. Tu corazón comienza a latir con fuerza. Es imposible.

Te levantas indeciso, con la mirada fija hacia dónde viene el ruido, y caminas despacio por el pasillo hasta llegar a la cocina.

Tus ojos se abren como platos al ver a una mujer de espaldas que está cocinando. Ese cabello, esa figura… sin duda.

—¿Jessica? —preguntas, perplejo.

La mujer voltea, y ves sus enormes y luminosos ojos, los mismos que tiene Andrea. Cabello negro y lacio y una sonrisa amable.

—Hey, buenos días —responde ella sonriente—. En unos momentos deberán estar listos los panqueques, ¿verdad? —le pregunta a Andrea, quien viene detrás de ti. Ella responde asintiendo con la cabeza.

—Pero… yo… tú… —dices incapaz de generar un pensamiento coherente; tu mente gira a mil revoluciones por segundo, tratando de darle sentido a lo que estás viendo… a quién estás viendo. Tu corazón late desenfrenado.

—¿Qué pasa, David? —te pregunta ella, extrañada—. ¿Estás bien?

—¿Tú…? ¿Jessica? ¿En verdad…?

Ella detiene lo que está haciendo y camina hacia ti preocupada. Te coge la cara con cariño y te examina.

—¿Qué sucede?

—Jessica… —dices en un susurro casi inaudible mientras le acaricias la cara y las lágrimas ruedan incontenibles.

Al sentir el calor de su piel, su aliento caliente tan cerca de ti, no puedes contener el llanto; la agarras fuerte en un abrazo que deseas nunca haber tenido que dar y, al mismo tiempo, incrédulo de tener la oportunidad de darlo.

Ella te lo devuelve, después te mira a los ojos.

—Me estás preocupando, David, háblame, ¿estás bien?

Asientes con vehemencia y esbozas una gran sonrisa cargada de lágrimas.

—Sí… sí, estoy bien, solo estoy… Jessica, creí que no te volvería a ver jamás.

—Tuviste un mal sueño, ¿eh? —dice ella en un tono cálido—. No te preocupes, estoy aquí. Creo que sería una buena idea que te des un baño, ¿te parece? Cuando termines, tendremos panqueques listos aquí, ¿verdad? —le pregunta a Andrea, quien te mira algo asustada.

Ella asiente y te das la vuelta para ir a tu habitación.

—¿Qué le pasa a papá, mamá? —escuchas que pregunta Andrea mientras te alejas.

La respuesta de Jessica se vuelve ininteligible mientras entras a la habitación. Cierras la puerta detrás de ti y miras tu habitación, con la luz del sol entrando por la ventana a la derecha, mostrando una cama destendida. Te sientas en el borde y cubres tu rostro con las manos. "De verdad fue un sueño", piensas, "pero ¿cómo? Se sentía tan real.

Te levantas de la cama y vas hacia el baño, abres la regadera y sientes el agua caer sobre tu cabeza y recorrer tu espalda. Intentas despejar tu mente. Sales del baño, te vistes y, antes de tocar la manija de la puerta de tu habitación, dudas un poco, pero por fin te convences y abres la puerta. Vas hacia la cocina que, para tu sorpresa, está vacía. Te sientes decaído, pero un ruido detrás de ti te hace voltear. Andrea y Jessica están preparando la mesa y sirviendo los panqueques de la sartén a un tazón grande que está al centro de la mesa.

Suspiras aliviado y te acercas a ellas. Te sientas a la mesa considerándote el hombre más afortunado del mundo. Terminan y te levantas.

—¿A dónde vas? —pregunta Jessica confundida.

Volteas sorprendido.

—A trabajar —respondes un poco desconcertado.

Ella esboza una sonrisa confundida.

—David, hace años que no trabajas.

—¿De qué hablas? Soy… detective, tengo que ir a trabajar.

Ella suspira, le da un beso a Andrea en la frente mientras le dice que vaya a su habitación y después se levanta para acercarse a ti.

—Debe de haber sido un muy mal sueño, ¿eh? —dice con suavidad y con sus ojos cargados de cariño—. Estás retirado de ese trabajo desde hace años, cariño.

—¿Retirado? ¿Cómo?

—¿En verdad no lo recuerdas? —dice mientras te mira preocupada—. Tendremos que llevarte al doctor para que te revise.

Sonríes y la tomas de la cintura, acercándola para besarla. Ella te mira sorprendida.

—Es obvio que algo te sucede hoy —dice de manera juguetona.

—¿Por qué? ¿Solo porque estoy besando a la mujer más hermosa del planeta?

Ella ríe, pero después te pregunta con seriedad:

—Pero ¿de verdad estás bien?

—Mejor que nunca —le respondes sereno.

Ella sonríe y se desata del abrazo con suavidad.

—Debo ir a dejar a Andrea a la escuela, ¿podrías ir por tomates a la tienda? Me gustaría hacer pasta para la cena.

—¿Podrían quedarse un rato más? —preguntas en una súplica —. ¿Por favor?

Jessica te mira con amor.

—Tengo que ir a trabajar, y tu hija debe ir a la escuela, pero no te preocupes, volveremos antes de que te des cuenta.

Andrea, vestida con el uniforme escolar y una pequeña mochila color rosa en su espalda, se para delante de ti. Pones una rodilla al suelo para ponerte a su altura y te da un beso en la mejilla. Jessica se despide con la mano y te lanza un beso desde la puerta del departamento.

Te quedas en la misma posición por unos momentos, en la soledad de tu departamento, sin saber qué hacer. Te sientas en el sillón y enciendes la televisión, aunque no prestas mucha atención.

Buscas tu teléfono y decides salir a buscar esos tomates que te pidió Jessica; sabes que, si no vas en este momento, es muy probable que lo olvides. Abres la puerta frente a ti y te descubres saliendo de la estación de policía.

CAPÍTULO 5
Culpable

El sol ilumina el césped y una fresca brisa te lleva el aroma de la hierba recién cortada, combinado con el de un café local. Oyes conversar a las personas que caminan por la acera y la risa de los pequeños que juegan despreocupados en el parque frente a la estación de policía. No puedes evitar pensar que, sin importar lo devastada que pueda estar la familia de cualquier víctima, los días transcurren con normalidad, y hoy es un día particularmente precioso.

"¿Qué pasó?", piensas confundido, "¿Dónde estoy?, ¿Me quedé dormido?, ¿Estoy soñando de nuevo?". Miras a tu alrededor, buscándole sentido. Andrea… la dejaste en la escuela, después… Melissa. Debes resolver el caso. Con un suspiro guardas cualquier sentimiento de incertidumbre o confusión; necesitas poner toda tu atención en este caso para resolverlo.

Subes a tu auto para ir a la morgue. Al llegar, te presentas como el detective David Hueman; la persona que está en la recepción da un brinco al oír tu nombre y hace un movimiento rápido para dejarte pasar. Es claro que te están esperando.

Caminas por un largo pasillo hasta llegar a una puerta gris, detrás de la cual se encuentra una habitación amplia iluminada por una fuerte luz blanca en el techo. En el centro hay una plancha de metal en donde yace el cadáver de Melissa cubierto con una manta celeste. A su lado está una mujer de alrededor de cincuenta años con una bata blanca y guantes.

—Doctora Eloise —dices sin despegar los ojos del cadáver—, ojalá pudiéramos vernos bajo mejores circunstancias.

—Estoy segura de que si así fuera, no nos caeríamos bien —responde en tono de burla—. Qué bueno que llegaste, detective —termina en un tono más bajo mientras señala el cuerpo con un gesto de la cara.

—¿Qué encontraste?

—Bueno, todas las heridas fueron causadas mientras aún vivía. Todas menos esta —señala el centro del pecho—. Le extirparon el corazón *post mortem*.

—Mierda —dices en voz baja—, ¿todas las heridas fueron hechas mientras vivía?

La doctora asiente despacio con la cabeza, como si en realidad no quisiera hacerlo.

—La causa de muerte fue un choque hipovolémico fatal.

—En español, doctora.

—Es evidente que las heridas ocasionadas hicieron que perdiera mucha sangre, causándole un choque hipovolémico, que llevó a un fallo multiorgánico y, al final, su corazón se detuvo.

—Entonces, básicamente, tuvo un paro cardíaco por la pérdida de sangre.

—Básicamente. Le azotaron las costillas en repetidas ocasiones con un objeto contundente, quizás un martillo. Tiene los premolares rotos; es probable que por golpes. Le faltan todos los caninos y tiene varios hematomas y laceraciones en rostro, pecho, espalda, brazos, manos y piernas, sin mencionar que es evidente que le han sustraído los ojos, con lo que creo que podría ser una cuchara sopera. También tiene marcas en las muñecas y tobillos que indican que estaba atada de manos y pies… y, además, es algo inusual, pero parece ser que le limpiaron las uñas, porque no encontré ningún rastro de ADN en ellas.

Enarcas las cejas, miras sus manos y puedes ver que sus uñas se encuentran cortadas de manera extraña, pero sus manos están ensangrentadas al igual que el resto del cuerpo. Volteas a ver a la doctora, quien adivina tu pregunta.

—No lo entiendo, sus manos están igual de sucias que el resto de su cuerpo, ¿por qué dices que las limpiaron?

—Es probable que las hayan limpiado porque se defendió con todo lo que pudo y les debe de haber provocado alguna herida con sus uñas… pobre niña —explica la doctora, hace una pausa, aprieta los labios y suspira—. Es muy probable que el animal que hizo esto las limpiara para borrar cualquier rastro.

—¿Qué te hace estar tan segura de lo que dices? Tal vez no se defendió en lo absoluto.

La doctora te mira pensativa un par de segundos.

—Todos nosotros, al solo tocar una pantalla de teléfono, escribir sobre un teclado en una computadora, coger algún objeto… nos quedamos con rastros debajo de nuestras uñas o en la punta de los dedos. Rastros microscópicos que se pueden encontrar en un microscopio, pero la víctima no tenía nada más que el polvo del edificio y un poco de rastros de su propia sangre… nada más.

—Entiendo lo que dices, pero ¿es en realidad imposible que una persona no tenga nada más que polvo en las uñas? —haces una breve pausa y la miras a los ojos. Ella te devuelve la mirada.

—Improbable, muy improbable… pero no imposible —reconoce.

—Si quiero usar esto en el caso, debo estar seguro de no estar basándome en probabilidades, doctora.

Unos gritos a la distancia hacen que la doctora y tú alcen la mirada y guarden silencio. Ese lamento es inconfundible: los sollozos de una madre que perdió a su hija.

Sales al pasillo y ves a la distancia a una mujer alrededor de sus cincuenta, con el pelo pintado de café y atado de cualquier manera; es evidente que el resultado la tenía sin cuidado. Detrás de ella, un hombre de la misma edad, calvo y con una playera tipo polo, con el semblante preocupado, según lo que interpretas.

—¡¿Dónde está?! —grita desesperada la mujer mientras camina.

Te acercas a ellos y haces un gesto con la mano buscando que se detengan, pero la mujer, al verte, explota en gritos.

—¡¿En dónde está mi hija?! ¡Déjame verla! —protesta mientras las lágrimas caen de manera incontrolable e intenta aguantar los sollozos.

—Mi nombre es David Hueman, soy el detective a cargo del caso de Melissa Robledo. ¿Es usted su madre? —preguntas con calma.

La mujer asiente con movimientos rápidos de cabeza, mientras el hombre se pone detrás de ella, escuchando atento.

—¿Cuál es su nombre?

—Helena —responde de manera frenética—. Helena Gauss.

Volteas hacia el hombre y clavas tu mirada en él.

—Padrastro —responde con voz grave y ronca.

Ambos caminan hacia la puerta detrás de ti, al intuir que ahí se encuentra su hija, por lo que alzas un poco la voz.

—Pueden entrar ambos a…

—Yo —responde de inmediato la mujer—. Yo… debo ser yo.

Asientes con la cabeza mientras aprietas los labios, tratando de imaginar el dolor por el que debe estar pasando.

—De acuerdo, solo debe ser consciente de que ella… —haces una breve pausa, interrumpiéndote antes de que puedas continuar y decir algo de lo que te arrepientas—. Hágase un favor y no baje más la sábana celeste, ¿de acuerdo? —finalizas con voz solemne.

Ella se voltea a ti y te clava una mirada vacía. Se gira asustada, alza la mano hacia la puerta y, justo antes de tocarla, retrae un poco la mano, dubitativa, pero retoma la compostura y la abre. Dentro, la doctora te mira, haces una mueca de asentimiento, y entonces posa sus ojos sobre la mujer, quien comienza a respirar con dificultad conforme avanza hacia el cuerpo inerte de su hija.

Al llegar, se lleva ambas manos a la boca y cierra los ojos.

—¿La reconoce? —preguntas en voz baja. A pesar de conocer la respuesta, es parte del protocolo.

Ella aprieta los ojos tratando de contener las lágrimas que de manera inevitable logran salir, y asiente con la cabeza.

—Mi Mely —dice su nombre en casi una súplica.

Miras a Helena y después a la doctora; ahora ella es la que asiente. Sales de la habitación para conversar con el padrastro; al cerrar la puerta se escucha un sollozo ahogado detrás de ella.

—Señor, su esposa ha identificado el cuerpo… es el de Melissa.

El hombre asiente con la cabeza, aletargado.

—¿Señor? ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—Sí, sí, sí —reacciona con vehemencia, pero con la mirada vacía—. Es… es Mely…

—Necesito hacerle un par de preguntas, ¿está bien?

Él asiente.

—¿Cuál es su nombre?

—Dave Whittaker.

—¿Desde cuándo saben de la desaparición de Melissa?

—Pues desde que se hizo el reporte, me parece que fue hace dos o tres semanas.

—¿Quién hizo el reporte?

—Mi esposa lo hizo, yo estaba fuera de la ciudad en un viaje de trabajo.

—¿Y regresó a la ciudad al enterarse de lo ocurrido?

Él niega con la cabeza y te mira como si tu pregunta fuera estúpida.

—No, ¿qué podría hacer yo aquí? Además, el viaje era para cerrar una venta importante; no podía regresar.

Levantas las cejas y asientes con la cabeza, incrédulo por su respuesta.

—Entiendo… entonces, ¿cuándo regresó?

—Hace dos días —responde el hombre con naturalidad.

—Hace dos… —te interrumpes con brusquedad—, ¿hay algo que nos pod…

El hombre extiende su mano frente a ti mientras coge su teléfono, que está vibrando.

—Debo contestar —dice y se da media vuelta para salir del lugar.

Incrédulo ante la evidente indiferencia del hombre, tomas notas en tu libreta y encierras su nombre en un círculo.

La puerta metálica se abre y sale la madre de Melissa con los ojos desorbitados y sin brillo, como si la vida se le hubiera escapado. Es una mujer muerta en vida.

—Señora, sé que esto debe ser muy difícil, pero le necesito hacer unas preguntas sobre Melissa —dices intentando utilizar el

tono más suave y gentil posible.

Ella gira la cabeza, aletargada, sin cambiar el gesto, con la mirada perdida en la distancia.

—¿Qué me quieres preguntar? ¿Qué no ves? Mi hija está muerta… —hace una pausa mientras lágrimas comienzan a brotarle —. ¡Muerta!

—Lo siento mucho, señora, pero, por favor, debemos encontrar…

—¡Debieron de haberla encontrado antes para evitar que la asesinaran! —chilla—. ¡Es su culpa que esté muerta!

Al oír los gritos, llegan algunos guardias encargados de la seguridad.

—¡Hey! Debe bajar la voz —dice un guardia con tono imperioso.

—¡Mi hija está muerta! ¡Mi hija está muerta! —chilla desesperada una y otra vez.

Los guardias intentan calmarla, pero está fuera de sí. Grita e intenta golpearlos, e incluso a ti. Por fin la someten y, al hacerlo, cae al suelo con fuerza, provocando que se dé un golpe y quede inconsciente.

—¡No! —gritas al ver la escena.

Los guardias se miran entre ellos, nerviosos, e intentan hablarle, pero la mujer no reacciona.

—Mierda, qué desastre —dices en voz baja mientras te coges el entrecejo.

Alzas la mirada y notas que los dos jóvenes guardias están confundidos y asustados, sin saber qué hacer.

—¿Qué hacen? —preguntas enojado—. ¡Llamen a una ambulancia!

Tu teléfono vibra y ves el nombre de Diana Straut. Suspiras molesto y contestas.

—Hasta que se te ocurre reportarte, Diana. ¿Dónde demonios estás? ¿No te has enterado de lo que sucede?

—Disculpa, tuve una emergencia con mi hijo, yo…

—Nos vemos en la estación dentro de quince minutos —la interrumpes y cuelgas.

Suspiras y miras a la mamá de Melissa, aún inconsciente. Uno de los guardias está arrodillado frente a ella; la mira con miedo. El otro está pidiendo ayuda médica por el radio, también está asustado. No lo habías notado por lo rápido que sucedieron los hechos, pero ambos son jóvenes, no deben tener más de 25 años.

Niegas con la cabeza, cierras los ojos y vuelves a suspirar. Te acercas al guardia arrodillado y le tocas el hombro para llamar su atención. Él voltea al instante, sobresaltado.

—Mira —sacas una tarjeta de tu chaqueta—, este es mi teléfono, llámame en cuanto sepas a qué hospital la trasladarán, ¿entendido? —dices señalando a la mamá de Melissa.

El joven te mira perplejo, toma la tarjeta casi de manera automática; te das cuenta de que está como en estado de shock.

—Hey, hey —le das unas palmaditas en la espalda hasta que sus ojos se fijan en los tuyos—, ¿entendiste?

Él asiente.

—S… sí, yo le llamo, detective.

Te das la media vuelta y caminas hacia la salida. Al cruzar las puertas, ves al padrastro de Melissa caminando en la acera, hablando por teléfono, molesto con alguien.

Lo miras con desagrado, pero intentas ocultarlo.

CAPÍTULO 6

El rayo de luz que corta la penumbra

Dejas tu coche en el estacionamiento contiguo a la estación y, en el corto camino hacia la puerta principal, ves a una mujer de piel morena clara, con el cabello suelto, observando el suelo con un cigarro en la mano. La reconoces en el instante; es Diana. Te acercas a ella.

—Hey, Diana, ¿revisaste el correo que te mandé?

Ella no contesta. Su mirada clavada al suelo. Notas que la ceniza no se ha caído, sino que forma una larga y frágil vara, por lo que deduces que solo encendió el cigarrillo, pero no fumó.

—¡Hey!, ¿Diana? ¿Estás bien?

Sigue sin responder, por lo que decides acercarte un poco más y tocarle con suavidad el hombro. Ella se sobresalta y el cigarro se le cae.

—¡Carajo, David! —cierra los ojos y se cubre la cara con la mano.

—Hey, ¿todo bien? —preguntas extrañado por su comportamiento.

—Sí, sí, es solo que… fue una mañana difícil, es todo.

Asientes despacio con la cabeza mientras frunces el ceño.

—No tienes idea de qué tan difícil ha sido, ¿tuviste oportunidad de leer el caso que te envié por correo?

Niega con la cabeza.

—Mierda, Diana, tienes diez minutos para leerlo todo —haces una breve pausa—. Esto no es normal en ti. Aunque se caiga el cielo, tú siempre te informas de los casos importantes.xc

Ella asiente con la cabeza.

—Lo leeré antes de esos diez minutos, lo sabes.

—Bien, porque necesito a mi compañera en el juego conmigo; hay muchas piezas moviéndose y no puedo seguirlas todas por mi cuenta.

Ella suspira y dice resolutiva.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? Sigamos con esto.

Ambos entran a la estación; ella coge su computadora de su escritorio y te sigue al tuyo, en donde abre el correo electrónico que le enviaste.

—Yo no he tenido la oportunidad de leerlo tampoco.

Ella pone una expresión de incredulidad.

—¿Y aun así me reclamas por no haberlo leído? —dice y finaliza con un resoplido.

—Si la señorita detective hubiera estado en su trabajo, sabría que fue porque tuve que acudir a la escena del crimen, luego a interrogar a unos detenidos y, después, a la morgue, en donde entrevisté a los padres de la víctima, que, además, los guardias le dieron un regalo a la madre de Melissa y la enviaron al hospital… ¿Entiendes eso?

Ella aprieta los labios.

—Entiendo, entiendo, no te me pongas serio, era solo una broma, anciano —responde entre risas dándote unas pequeñas palmadas en la espalda.

La ignoras. Ella se va hacia su propio escritorio.

En ese momento, notas algo extraño frente a ti. Un cosquilleo en las puntas de tus dedos. En lo alto de la pared, hay algo que nunca habías advertido, ¿siempre ha estado ahí? Entrecierras los ojos para intentar verlo con claridad. Te los tallas, incrédulo de lo que ves. Pero ahí está, claro como el agua: una tubería vieja y oxidada, de la cual caen, de manera ocasional, pequeñas gotas de agua.

—¿Qué mier…? —susurras levantándote despacio de tu silla.

Te acercas y extiendes tu mano para poder sentir las gotas caer sobre ella. Están frías. La cabeza te comienza a dar vueltas, tu visión se oscurece y los sonidos se distorsionan, como si estuvieras a punto de desmayarte. Con mucho esfuerzo, llegas al baño tambaleándote y te miras en el espejo. Cierras tus ojos con fuerza y

suspiras. Ese suspiro se sintió como si hubiera durado mucho más tiempo del que debería.

Los vuelves a abrir y te encuentras en el mismo lugar. Confundido y algo asustado, abres la llave del lavabo y te mojas la cara. Alzas la mirada para verte en el espejo. Las gotas escurren sobre tu piel, frías, y se arrastran hasta tu cuello. Tu respiración se agita. ¿Qué demonios acaba de suceder?

Sales del baño, pero no notas nada extraño; pareciera que nadie se dio cuenta de tu episodio, así que vas con Diana, pero te sorprendes al no encontrarla en su escritorio.

Coges tu teléfono y reparas en que tienes cinco llamadas perdidas de ella. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Caíste inconsciente en el baño? Es imposible.

Levantas la vista para buscarla, pero justo en ese momento, ella choca contigo.

—¿David? ¿Dónde estabas? Te he estado buscando por todas partes.

—Diana, yo… ¿Desde hace cuánto que me estás buscando?

Ella te lanza una mirada confusa.

—No lo sé… como una hora, más o menos.

Es imposible que haya pasado tanto tiempo, solo estuviste en el baño un par de minutos, ¿o no?

—¿Qué te pasa? —pregunta—, ¿te sientes mal o algo?

—Yo… no, no, estoy bien, solo… estoy cansado, es todo —respondes intentando minimizar la situación y de esa forma tranquilizarte—. ¿Terminaste de leer el correo?

Diana asiente con la cabeza.

—Sí, pero en realidad no hay algo que pueda ser muy útil, hay testimonios, pero nada en concreto. Hablan de una fiesta, pero no de que haya pasado algo fuera de lo esperado.

Chasqueas la lengua.

—¿Sabes cuándo estarán listas las fotografías de la escena del crimen? Creo que es importante que les eche un ojo para verlas.

—No deberían tardar mucho más. Llama a Forense para que te confirmen cuándo estará el archivo listo en línea.

En ese momento, tu teléfono vibra y miras en la pantalla un número que no tienes registrado.

—Hueman —respondes.

—Ah, ¿detective? Soy el guardia de seguridad del Departamento Forense. Me pidió que le informara hacia dónde se llevaron a la mujer, ¿recuerda?

Te sorprende escucharlo; habías olvidado por completo que le habías pedido ese favor.

—Claro.

—Está en el St. Joseph, ¿lo conoce? El hospital que se encuentra en la Avenida Quinta, cerca del Mercado de la Estrella.

—Sí, lo conozco, ¿sabe cómo está la mujer?

—Pues ya había despertado cuando llegaron los paramédicos, aunque estaba un poco desorientada. Espero que siga mejor.

—Por supuesto que iba a estar desorientada —respondes—, después del golpazo que se dio.

El guardia guarda silencio, pero no cuelga la llamada

—En fin, gracias por la confirmación —cuelgas.

—Iremos al St. Joseph —le dices a Diana, quien te mira con detenimiento.

—¿Quién se golpeó? —pregunta mientras suelta una risita.

—Para saber eso, debiste haber llegado temprano a trabajar. Vámonos.

Ella te voltea los ojos, pero camina junto a ti.

Se suben al auto y, justo cuando lo enciendes, Diana coge su teléfono y se le queda mirando en silencio, acongojada.

—¿Qué ocurre? —le preguntas.

—Yo… esto… —Diana tartamudea y suspira tratando de recomponerse—. Es mi esposo, tenemos… un problema en este momento.

Te recargas en el asiento mientras la miras.

—¿Eres casada? —preguntas sorprendido—. Tenemos, ¿qué?, seis o siete meses trabajando juntos, ¿y nunca lo habías mencionado?

—Sí, ni tú ni yo somos buenos para contarnos nuestras vidas, ¿verdad? Creo que por eso nos llevamos bien.

—Puede que tengas razón —respondes con una sonrisa.

Ella suspira mientras guarda su teléfono.

—Bueno, da igual, lo que está roto se mantendrá roto, ¿no? Vayamos al hospital —dice y tú la miras alzando una ceja, sorprendido por lo que acaba de decir.

—Mierda, me acabo de enterar de que eres casada y, al mismo tiempo, que estás a punto de divorciarte.

—Jódete —responde ella en un tono juguetón.

CAPÍTULO 7

Paso a paso

La recepcionista del hospital les indica en qué habitación se encuentra Helena. Tocan a la puerta y Dave abre con el celular en la mano. Está en una llamada, así que les hace una seña con la cabeza para que pasen.

Entran y miran a Helena acostada en la cama. Tiene la cabeza vendada.

Te detienes justo frente a ella.

—Señora Gauss, ¿cómo se encuentra?

Ella alza la mirada, cansada.

—¿Cómo cree que estoy, detective, si unos brutos estuvieron a punto de asesinarme? Cinco puntadas me tuvieron que poner en la cabeza y, como si fuera poco, me dejaron una contusión, así que deberé pasar la noche en observación aquí.

—Entiendo que debe ser una situación desagradable, sobre todo por lo que están pasando… —haces una pausa para buscar con la mirada a Dave, pero sigue en el teléfono, así que te diriges a Helena—. Necesitamos hacerle un par de preguntas, ¿está bien?

—¿Para qué? —pregunta después de un incómodo silencio—. Mi niña está muerta… ¿Para qué seguir con esto, detective?

Miras a Diana y ella te devuelve la mirada.

—¿No quiere atrapar al responsable de esto? —pregunta Diana—. ¿Asegurarse de que pague por lo que hizo?

Ella baja la mirada.

—¿Y ustedes lo van a encontrar? —dice en casi un susurro cargado de tristeza.

—Sí, lo haremos —respondes con firmeza.

—Eso mismo me dijeron cuando reporté su desaparición, ¿saben? —vuelve a alzar la mirada, desconsolada—, que la encontrarían sana y salva. Que no dejarían de buscar hasta localizarla y, ¿qué pasó?… Nada en absoluto. A los tres días dejaron de atender mis llamadas; cuando iba a la estación, me decían lo mismo: que estaban muy ocupados buscando al responsable… que estaban a punto de atraparlo… pero no… nunca estuvieron cerca de hacerlo, dudo que siquiera tuvieran una pista importante.

Aprietas los labios, sientes compasión por ella.

—¿Sabe, señora?, yo también tengo una hija, es una niña todavía —ella te mira extrañada, pero atenta a tus siguientes palabras—. Puedo simpatizar con usted. Créame cuando le digo que no hay ningún lugar en donde esa persona pueda esconderse de mí… de nosotros —dices señalando a Diana—, pero necesitamos herramientas, Helena. Necesitamos tu ayuda para lograrlo. ¿Podemos tutearte?

La mujer rompe en llanto y asiente.

—Solo quiero dejar de pensar en esto… quiero llorarla en paz…

Asientes despacio con la cabeza. Diana se acerca a ella.

—Yo sé —dice en voz baja mientras le toca la mano—, pero ¿qué mejor manera de despedirte de tu hija que encerrando al bastardo que la lastimó? —Helena implora con la mirada y asiente.

—Está bien… responderé sus preguntas… —hace una breve pausa—, pero primero deben prometerme que en serio darán con el responsable, por favor…

—Claro —respondes de manera firme y Diana asiente—. Es una promesa.

Helena coge un pañuelo y se sopla la nariz.

—De acuerdo, hagan sus preguntas entonces.

—Sé que algunas ya las habrá contestado en su momento, pero creo que es importante que las responda otra vez, ¿de acuerdo?

Ella hace un ligero movimiento con la cabeza.

—Melissa fue vista por última ocasión en una fiesta, ¿recuerda si actuaba de manera diferente? Cualquier cosa que le haya parecido

fuera de lo normal en ella

—No, no en realidad, estaba… tan brillante como cualquier otro día cuando se despidió de mí. Su amiga Penélope pasó por ella. Traía puestos unos jeans y una blusa que le regalé, una rosa… Se veía preciosa.

—¿En qué momento se dio cuenta de que estaba desaparecida?

—Hablé con ella, antes de irme a dormir, como a eso de la una de la noche, para preguntarle a qué hora pensaba llegar porque se estaba haciendo tarde y me preocupa… me preocupaba —corrige con tristeza— que estuviera fuera hasta muy noche. Me pidió permiso para pasar la noche en casa de su amiga Penélope, así que me tranquilicé y me fui a dormir. Al día siguiente… ella no respondía mis mensajes, ni siquiera parecía haberlos recibido. Me extrañó y empecé a asustarme porque nos mensajeábamos mucho. Fue cuando no respondió mis llamadas que supe que algo estaba mal. Revisé su ubicación en la aplicación de mi teléfono, pero su celular parecía apagado porque mostraba el lugar de la fiesta como su última ubicación.

—¿Qué hizo entonces?

—Hablé con Penélope, le pregunté por Melissa, pero… —toma un segundo para componerse mientras la voz se le rompe—. Me dijo que no estaba con ella, que se había quedado en la fiesta. Marqué entonces a todos los contactos que tengo de Mely para preguntarles si la habían visto, pero la respuesta de todos fue la misma: la última vez que la vieron fue en la fiesta. Después llamé a la policía.

—¿Alguien se comunicó con ustedes para pedir rescate? — pregunta Diana mientras toma notas en una pequeña libreta.

Ella niega con la cabeza mientras se seca las lágrimas con las manos.

Miras a Dave de nuevo, pero ahora está con la mirada absorta en su teléfono.

—Helena, ¿el nombre Carlos le resulta conocido? Le conocen como Gun, un joven de alrededor de veinte años, delgado, con un tatuaje en la garganta de un ojo atravesado por un puñal, difícil de no ver.

—No, ¿quién es él? ¿Creen que él le hizo daño a mi Mely?

—Es muy pronto para decir cualquier cosa. Seguimos investigando.

Ella te mira atenta y luego voltea a ver a su esposo, Dave, quien pareciera ensimismado con su teléfono; no está escribiendo, solo observa la pantalla con mucha atención.

Diana lo mira y hace un evidente gesto de desagrado. Le tocas el hombro de forma disimulada para que deje de hacerlo.

—¿Me podrían decir dónde fue la fiesta? —preguntas.

—Yo… ejem, no me acuerdo. Dave, ¿tú la recuerdas? —dice llamando a su esposo, pero él no la escucha, está entregado a su celular.

Le llama en un par de ocasiones más, sin éxito, hasta que Diana, molesta, se acerca a él y lo toca en el hombro de manera agresiva para llamar su atención.

—Hey, amigo —le dice de forma enérgica—, tu esposa te está llamando para que nos des información para poder hacerle justicia a Melissa, ¿o tienes cosas más importantes que hacer? No nos gustaría interrumpirte con nuestras preguntas.

—Yo… no… disculpa, no estaba poniendo atención.

—Evidentemente —dice irónica, hace una breve pausa para no decir nada de más—. Ahora, dime en dónde fue la fiesta a la que fue Melissa la noche que desapareció.

—Sí, ejem… creo que fue en la Calle Cardenal… no, no, ahí fue la venta importante… —dice Dave, angustiado por no recordar; se lleva las manos a la nuca.

—Hey, tranquilo, tómate tu tiempo, no es como que queramos arrestar a los malos —dice Diana en un tono sarcástico.

Miras nervioso la escena, pues te parece que Diana está caminando sobre hielo muy delgado al tratar así a Dave.

—Ya recordé, es avenida Madera número 308, esa es la dirección, es un edificio de departamentos —responde Helena para interceder por Dave.

Diana anota la dirección en su pequeña libreta.

—Gracias —responde mientras fulmina a Dave con la mirada y le da la espalda.

—Bueno, por favor, Helena, si recuerdas algo más, no dudes en llamarnos —dices y le alcanzas una tarjeta de presentación con tus datos.

Ella la coge y asiente con la cabeza.

Salen de la habitación y entran al ascensor.

—¿Qué demonios fue eso? —le preguntas molesto a Diana.

—¿Qué? —responde ella, restándole importancia—. No me digas que no tenías ganas de golpearlo; estaba metido en el celular como si nada hubiera pasado.

—Te lo estás tomando personal, Diana, eso no es bueno.

—Sí, sí, sí —dice ella haciendo un ademán con su mano para quitarle importancia—. No le hice ni dije nada que pueda reportar, solo fui un poco dura con él, eso fue todo.

—Se supone que somos un equipo, la próxima ocasión…

—Ya sé, ya sé, no habrá una próxima ocasión, no lo volveré a hacer.

Guardas silencio un par de segundos.

—No… la próxima vez que vayas a intentar algo así, debes avisarme antes para estar preparado, eso es todo.

Ella te mira sorprendida y suelta una risita.

—¿En serio?

Asientes con la cabeza.

—Tenemos que conversar con… —hace una breve pausa mientras mira sus notas— Penélope y ver si nos puede dar algo de utilidad.

—¿Puedes creer a ese tipo? —pregunta Diana, a todas luces molesta—. Su hija está muerta y a él parece no importarle.

—Hijastra —respondes mientras las puertas del ascensor se abren.

Ella chasquea la lengua.

—Por favor, desde el momento en el que se casó con Helena, la aceptó como su hija; no me vengas con esas cosas de hijastra.

—Bueno, tal vez él no lo vea así; no lo podemos señalar como culpable solo por eso.

—Es solo… —Diana hace una breve pausa mientras salen del hospital—. Si de algo estoy segura es de que estoy dispuesta a

cualquier cosa para proteger a mi hijo… y ver esa reacción en él, no lo sé… me enfurece.

—Tal vez sea el shock por su muerte.

—Nah, estaba mensajeando en un grupo de ventas; a ese miserable solo le importa hacer dinero.

Diana se para justo y enciende un cigarrillo y te acerca uno, ofreciéndotelo. Lo tomas y también lo enciendes.

—¿Y tú? ¿No estarías dispuesto a hacer cualquier cosa por proteger a tus hijos?

Enarcas una ceja mientras la miras.

—Sí, desde luego que sí. Lo que fuera.

—¿Lo que fuera?

Asientes con la cabeza mientras inhalas el humo del cigarrillo.

—¿Algo ilegal?

Sorprendido, frunces el ceño.

—¿De qué hablas?

—Bueno, has dicho que estarías dispuesto a lo que fuera, ¿incluso si "lo que fuera" es ilegal?

La miras con detenimiento un par de segundos.

—Las leyes existen por una razón; ignorarlas de esa forma por lo general no termina bien.

Diana ríe.

—Entonces, lo que fuera mientras sea legal.

—¿Qué? ¿Tú romperías la ley sin más?

Diana vuelve a reír.

—Claro, mi hijo es todo lo que tengo. Nunca permitiría que algo malo le sucediera.

—¿Y qué si tu hijo cometiera algún crimen? ¿También lo protegerías?

La última pregunta que escapa de tu boca la escuchas como si fuera un susurro lejano, casi indistinguible.

Te duele la cabeza; todo te gira.

Todo se oscurece.

No puedes ver nada y te inunda un escalofrío de pánico. Tu respiración y los latidos de tu corazón se agitan de golpe. Cada bocanada de aire que buscas con desesperación es cada vez más

violenta, como si se escapara de tus pulmones a cada segundo. Pierdes la batalla mental por mantener el control y la oscuridad te envuelve por completo.

Escuchas una voz que se interrumpe por el intermitente, pero constante, tic-tac, tic-tac… Una voz que ya has escuchado antes.

—¿Lo resolviste? —dice detrás de ti.

CAPÍTULO 8

Huellas borradas

El interminable e inexorable sonido del paso del tiempo está presente de nuevo; pareciera que nunca se fue. Lo mismo que esa voz que entrecorta el silencio oculto en la penumbra. La oscuridad es, una vez más, tu realidad. ¿No había sido un sueño? O, mejor dicho, ¿una pesadilla?

—¿Qué sucedió? —te susurras a ti mismo, confundido y asustado.

No logras ver nada, intentas ajustar tus ojos a la negrura, pero no lo logras. La frustración inunda tu pecho y el calor de la impotencia te sube a la cabeza.

—¡¿Qué sucedió?! —gritas mientras formas puños con tus manos.

Escuchas un sonido, pero ¿de dónde proviene? No estás seguro si lo percibes detrás de ti o adelante, ¿tal vez viene de tu interior? Es un sonido extraño… húmedo y terroso.

—Veo que regresaste —dice la voz—. ¿Pudiste recordar todo? ¿Ya encontraste al asesino de Melissa?

Tu mente corre a mil kilómetros por hora, pensamientos abstractos y oscuros la inundan: muerte, dolor, desolación, desesperación, miedo a fallar… Te sientes vulnerable y a merced de algo desconocido; la ansiedad y la tristeza te empiezan a nublar la cabeza. Y ese maldito sonido, tan inmaculado, tan preciso, tan… ensordecedor… tic-tac, tic-tac, tic-tac…

Casi de manera automática preguntas, temeroso de la respuesta.

—¿De qué estás hablando?

Silencio.

El enojo se apodera de ti, encoges tus manos en puños y rechinas los dientes.

—¡¿Tú la lastimaste?! —gritas desesperado.

Sigue sin haber respuesta.

Justo cuando piensas que estás solo en la oscuridad, escuchas un largo suspiro de desaprobación y cansancio.

—¿Sabes quién soy? ¡Soy un detective! Y si no quieres que esto sea peor para ti, te recomiendo que me dejes ir y me digas todo lo que sabes.

Silencio absoluto.

—¡¿Me escuchaste?! —chillas.

—Parece que sigues sin entender tu situación —dice por fin la voz con un tono de cansancio y suspira, decepcionada de tu respuesta.

—Al parecer, aún te falta mucho por recordar y, por desgracia, tenemos el tiempo contado aquí.

¿El tiempo contado? ¿Cuánto tiempo tienes con exactitud? ¿Cuánto ha pasado desde que estás aquí? Es difícil saberlo porque los minutos duran una eternidad cuando estás hundido en esta oscuridad.

Una intensa opresión en el pecho te dificulta la respiración. Tu corazón late cada vez más fuerte y rápido. Una gota de sudor frío resbala de tu nuca y recorre tu espalda. La desesperación te invade hasta el punto del colapso.

Quieres gritar.

Pero antes de que puedas emitir palabra alguna, el frío te recorre el cuerpo y poco a poco te vas alejando de ti mismo.

Escuchas a la voz hablar, pero las palabras son ininteligibles y las escuchas alejándose hasta que desaparecen. Ves una luz que va creciendo hasta que por fin te ciega y no puedes ver nada.

Abres los ojos.

Un abanico de techo da vueltas sobre ti. De nuevo estás en la cama de tu habitación. Te incorporas, confundido y alterado por lo que soñaste. ¿Fue un sueño? Cada vez parecieran más reales; ni siquiera recuerdas haberte ido a dormir.

—¿Qué día es? —te susurras a ti mismo mientras te tallas los ojos.

De repente te asalta un temor: ¿cómo llegaste aquí?, ¿y Andrea? Te levantas de golpe y corres a buscarla; para tu tranquilidad, está dormida en su cama. O estaba, antes de que irrumpieras en su habitación.

Ella se levanta tallándose un ojo.

—¿Papá? —pregunta adormilada y cansina—. ¿Qué pasa?

Suspiras aliviado. Tu corazón y tu respiración se regulan.

—Nada, amor —respondes y caminas despacio para sentarte a su lado—. Vuelve a dormir.

Le das un beso en la frente y ella, sin más, se gira y se queda dormida. Le acaricias la cabeza y la miras. Sonríes, aliviado de que esté bien. Te levantas y sales, cierras la puerta con cuidado detrás de ti.

Te quedas parado, pensativo. La luz de las luminarias que se filtra por la ventana de la sala baña el espacio con un tono envejecido de amarillo. Te tapas los ojos con una mano e inhalas hondo para intentar calmar tus nervios. No entiendes qué te está pasando, no es normal, debes estar volviéndote loco. No recuerdas haber recogido a Andrea de la escuela, pero sí de haberla dejado ahí; no te acuerdas de haber terminado tu conversación con Diana, ni de haber llegado a tu departamento. ¿Qué pasó, entonces, en ese tiempo? Te sobresalta un pensamiento inquietante: ¿cuánto tiempo ha pasado desde que hablaste con Helena en el hospital?

Te apresuras hacia tu recámara, coges tu teléfono y lo enciendes para saber la fecha y hora.

Te alivia saber que son las once con cuarenta y cinco de la noche del mismo día en el que dejaste a Andrea en la escuela. Miras a través de la ventana y suspiras. Coges una cajetilla de cigarrillos que guardas en tu mesa de noche y sales a la pequeña terraza de tu habitación. Enciendes un cigarro y sientes el humo entrar a tus pulmones. Recargas el peso de tu cuerpo sobre la pared, apoyando el hombro, y miras los edificios y la calle, tan tranquila como todas las noches. Es una pequeña ciudad y te parece que, en noches tan

serenas como esta, no sería necesario un cuerpo policial, pero esa paz es solo una fachada que cubre horribles crímenes.

Cuando Andrea era más pequeña, se despertaba horrorizada en mitad de la noche, aseguraba que había un monstruo debajo de su cama o adentro de su clóset; tú la tranquilizabas diciéndole que todo estaba bien, que había tenido un mal sueño y que, en realidad, no hay monstruos. Mientras miras las luces amarillas titilar tranquilas en la soledad de la noche, sabes que Andrea ya no cree en los monstruos que habitan en su clóset o debajo de su cama, pero tú sabes que están afuera, en las calles, en los edificios y en los parques. Ahora eres tú quien se despierta a mitad de la noche, solo que nadie viene a intentar consolarte.

Le das una calada al cigarrillo y piensas en Melissa y en la brutalidad de sus heridas. ¿Quién sería capaz de hacerle tanto daño a una persona? ¿Carlos "Gun"? ¿Con ese ridículo apodo que con seguridad se autoimpuso? A todo esto, ¿dónde estará? Como no hay evidencia para hacer una acusación formal y arrestarlo, fue dejado en libertad. Tendrás que averiguar dónde encontrarlo.

—¿Qué serías capaz de hacer por ella? —dices en un susurro, pensando en las preguntas de Diana.

Apagas el cigarrillo y lo arrojas hacia la calle; te imaginas que es una carnada que lanzas a un lago para intentar atrapar a un pez. Esto se te ha vuelto una costumbre desde hace un par de años, cuando trabajas en un caso complicado, como si fuera un ritual que te traerá suerte al siguiente día y, entonces, encontrarás algo que te permitirá resolver el caso.

Entras a tu recámara, te acuestas y cierras los ojos, esforzándote por dejar atrás este… ¿sueño?, ¿pesadilla? Lo que sea, pero que se quede atrás.

CAPÍTULO 9

Un lobo vestido de oveja

Abres los ojos tratando de sostener el peso de una noche sin descanso. Te incorporas con calma y te sientas a la orilla de la cama, apoyas los pies en el suelo y sostienes la cabeza gacha sobre tus manos; tu respiración es pausada, te estás preparando para lo que sabes que te espera durante el día. Coges tu teléfono y miras la hora; son las 5:33 de la mañana.

Sales de tu habitación y te sirves un vaso con agua. Algo en la pared te llama la atención, no logras descifrar qué es. Entrecierras los ojos para tratar de enfocar mejor. Alcanzas a ver una fina línea horizontal que se va multiplicando. Luego algunas verticales, que empiezan a formar un patrón de rectángulos.

—¿Qué mierda? —susurras asustado y das un paso hacia atrás.

Pequeñas grietas comienzan a aparecer sobre la pared, pero parece que han estado ahí desde siempre. Percibes ese sonido del paso del tiempo; parecería que ha estado ahí siempre, pero te has negado a escucharlo… tic-tac, tic-tac… Un viejo tubo de acero oxidado sale de la pared, casi al ras del techo, goteando con pausa.

Tu respiración se agita, sueltas el vaso que se rompe en mil pedazos. Caminas con torpeza hacia tu habitación; la cabeza te da vueltas y las luces que entran desde la calle comienzan a titilar hasta que todo se oscurece, pero no reconoces el espacio que te rodea. Cierras los ojos con fuerza, con la esperanza de que todo volverá a la normalidad, pero al abrirlos, las luces siguen centelleando y tu cabeza girando. Abres la puerta de tu habitación y justo antes de cruzarla, escuchas el grito desgarrador de una niña; no sabes de

dónde viene, te llena la cabeza y tratas de evitarlo tapándote los oídos con las manos.

Un pinchazo de alarma te hace voltear para buscar a Andrea; no logras ver a nadie; la puerta de su habitación está cerrada. Intentas caminar hacia ahí, pero te cuesta trabajo mover los pies; posas las manos en la pared para intentar sostenerte, pero es inútil, das solo un par de pasos y caes al suelo. Un frío paralizante recorre tu cuerpo.

—¿Qué está pasando? —susurras al tiempo que un agudo dolor de cabeza te nubla.

Te vuelves a cubrir los oídos y poco a poco el grito se desvanece, pero ahora tu vista se nubla como un lente de cámara cuando desenfoca la imagen. Escuchas una voz que va *in crescendo*.

—Perdóname, perdóname —dice esa una voz femenina, una y otra vez; pareciera que viene de detrás de una pared. Una voz sorda que, aunque te resulta familiar, no logras identificar.

Otra vez esa oscuridad envolvente y otra vez la inmovilidad. Y ese olor a vacío y humedad y ese palpitante tic-tac, tic-tac…

—¡¿Dónde está Andrea?! —preguntas en un arrebato de ira—. ¡¿Qué le has hecho?!

La voz no responde, el silencio gobierna, interrumpido apenas por el sonido del paso del tiempo.

—¡¿Me escuchaste?! ¡¿Dónde está?!

La voz suspira.

—Tu hija está bien. Tu hija es feliz, David. Mi único propósito aquí es ayudarte.

—¿Ayudarme? —preguntas confundido—, ¿ayudarme a qué exactamente?

La voz espera antes de contestar.

—A abrir los ojos.

—¿Siempre das respuestas ambiguas? Porque es lo único que he recibido de tu parte.

La voz ríe.

—No te preocupes, detective, dentro de poco todo esto cobrará sentido.

—Como sea… ¿Dónde está Andrea?

—No lo sé, tú estuviste con ella, ¿no? ¿Por qué no te respondes a ti mismo?

—Deja de hacerte el payaso conmigo. La escuché gritar en el departamento y sé que tú tienes algo que ver con eso.

La voz suspira de nuevo, frustrada.

—Ya te dije que no tengo interés en lastimarla.

Aprietas los dientes, furioso por no recibir una respuesta clara.

—Entonces, dime, ¿qué mierda me está pasando?

—Oh, no puedo responderte esa pregunta en este momento, lo siento.

—¿Qué?, ¿por qué no?

—Reglas.

—¿Cuáles reglas?

Silencio.

—Maldita sea, ¿podrías decirme por lo menos quién eres y qué haces aquí?

—No te puedo decir quién soy porque ni yo mismo lo sé, pero puedes verme como un guía.

—¿Un guía? Mierda —sueltas una breve risa—. Sí que estás loco.

—Virgilio —dice la voz de pronto.

—¿Qué? —preguntas entre confundido y asombrado.

—Así puedes llamarme, Virgilio.

—¿Virgilio?

—Así es.

—De acuerdo, Virgilio… dime por qué veo las paredes de mi departamento transformarse y una tubería oxidada que gotea. ¿Qué significa todo eso?

—Estás comenzando a abrir los ojos, David —responde severa la voz—. Te queda poco tiempo; sé que lo debes sentir.

—¿Poco tiempo para qué? —preguntas perplejo.

—No puedo responderte esa pregunta.

—Ah, qué mierda de guía eres entonces, Virgilio.

—Debes averiguar qué está pasando y después… bueno, estoy seguro de que sabrás qué hacer en su momento.

—Espera, espera, espera, ¿de qué diablos estás hablando? ¿A qué te refieres con "en su momento"?

—Debes abrir los ojos y ver las pistas que están frente a ti, detective. Después de todo, dicen que el diablo está en los detalles, ¿no es así?

—Creí que tú me ayudarías a abrir los ojos —respondes.

Él ríe.

—Sí, supongo que así es. Ya es hora de que regreses.

Una profunda desesperación te invade y se anuda en tu garganta; un mar de emociones irrumpe en tus ojos, no puedes pensar en nada, solo gritar.

—¡No! ¡No! ¡No!

Tus lamentos se mezclan con el implacable sonido… tic-tac, tic-tac, tic-tac…

Tus ojos se van acostumbrando a esa luz que te ciega cuando despiertas de estos lapsus. Estás frente al lavabo de la cocina de donde habías cogido el vaso de agua. De manera instintiva, das un paso hacia atrás y, con la respiración agitada, miras hacia la pared que momentos antes cambió ante tus ojos, pero está tan normal como siempre, como si nada hubiera sucedido. Estás cubierto de sudor, agitado, confundido y asustado, pero estás bien.

Te volteas de nuevo hacia atrás y golpeas por accidente el vaso, que cae al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Suspiras y cierras los ojos, intentando recobrar la compostura. Cuando los abres, Andrea está de pie frente a ti, somnolienta, viendo la escena.

—Ah, cuidado, amor, hay vidrios rotos. Te puedes cortar.

—Sí, puedo verlo —hace una breve pausa—. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Solo fui un poco torpe.

Ella te mira y gira la cabeza de un lado hacia otro, desaprobando. Después, se da media vuelta y se va, pero, al poco rato, regresa con sus pequeñas sandalias puestas, sosteniendo una escoba y un recogedor mientras bosteza.

—¿Qué haces?

Ella suspira mientras barre los trozos de vidrio del suelo.

—Recuerdo que mamá me dijo que tenía que cuidarte, pero nunca imaginé que sería por cosas así.

Alzas las cejas y sonríes; no esperabas esa respuesta de tu pequeña.

—Por Dios, Andrea —dices con dulzura mientras te acercas a ella y tomas el recogedor y la escoba—. Gracias por este gesto, pero se supone que debe ser al revés, ¿sabes? Yo cuido de ti y limpio tu desorden.

Ella abre los ojos y la boca y se pone la mano en el pecho, indignada.

—¿Qué desorden? —pregunta ella.

Sonríes con melancolía.

—Tienes las mismas expresiones que mamá, ¿lo sabías?

La expresión en su rostro cambia por una sonrisa.

—¿De verdad?

Asientes despacio con la cabeza.

—Mamá era hermosa, ¿yo también lo soy?

—Claro que lo eres. Eres la niña más bonita de todo el mundo. Ahora ve a dormir, yo limpiaré esto.

Ella asiente sonriente y se va a su recámara.

Suspiras y barres los trozos de cristal que están por el suelo.

CAPÍTULO 10
Sombras oníricas

Conduces con las ventanas del auto abajo para sentir la brisa fresca de la mañana. Andrea va en el asiento del copiloto con el cinturón abrochado.

—¿Por qué tú no tienes puesto el cinturón, papá?

Miras de reojo sin apartar tu atención del camino.

—Bueno, porque… no lo sé, no lo había pensado.

—Es ilegal conducir sin traerlo puesto, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? Y tú, ¿cómo sabes eso?

—Tommy me lo dijo.

Frunces el ceño.

—¿Tommy? ¿Quién es Tommy?

—Mi novio —responde con naturalidad.

Casi frenas por la sorpresa.

—¡¿Qué?!

Ella te mira y se encoge de hombros.

—Sí, papá, mi novio. Ya no soy una bebé.

—Andrea, ¿de qué diablos estás hablando? Tienes seis años.

—En dos semanas cumplo siete —responde muy segura de tener la razón.

Incrédulo, te quedas pasmado en un alto hasta que el sonido de un claxon detrás de ti te saca de tu trance y aceleras. Llegas a la escuela y ves que un niño un poco más alto que Andrea, de cabello castaño y ondulado casi a la altura de los hombros, está esperando en la entrada con una flor que es muy obvio que acaba de arrancar.

—Adiós, papá —se despide Andrea al acercarse a ti y darte un beso en la mejilla.

—Hey, hey, espera —dices con prisa, mientras haces un gesto con la cabeza, señalando al niño—. ¿Ese es Tommy?

Ella asiente y lo saluda. El niño le regresa el saludo, sonriente.

Después, sin decir nada más, Andrea baja del auto y ves cómo se le acerca a Tommy. Este le entrega la flor y ambos caminan juntos hacia la escuela.

—Increíble —dices en voz baja—.

De camino a la estación, recibes una llamada de un número desconocido. Contestas.

—Hueman.

—Explícame por qué demonios dejaste en libertad a ese muchacho del edificio, Hueman —una voz ronca, autoritaria y molesta suena del otro lado de la línea.

Frunces el ceño, confundido.

—¿Quién habla?

Resopla.

—Soy Matadamas, Hueman. Tu maldito jefe.

—Señor, una disculpa, no sabía…

—Tenemos a los medios hostigando, y, como si eso no fuera suficiente, el alcalde Ritchman está encima de mi trasero porque quiere cerrar este asunto. Y para colmo, teníamos al sospechoso detenido, ¡¿y lo dejas libre?! ¡Mierda, Hueman!

—Señor, no tenemos evidencia suficiente para acusarlo de nada, no teníamos otra opción…

—Escúchame bien, Hueman —te interrumpe en seco—, avanzar con esto es crucial para mí, y, por consiguiente, para ti también. Tú tenías al sospechoso principal, que en lo que a mí respecta, es evidente su culpabilidad, y lo dejaste ir.

—Señor, no podemos simplemente…

—Resuelve esto, detective —te vuelve a interrumpir, ahora con un tono más severo en su voz—. Resuélvelo antes de que termine la semana.

Después de eso, cuelga la llamada.

Suspiras. Aunque tener problemas con Matadamas es algo malo para ti, no vas a arrestar a cualquiera con tal de evitar problemas.

Al llegar a la estación, miras a Diana fumando.

—Hey, ¿te importa si me uno? —preguntas mientras sacas tu propia cajetilla.

—Adelante —responde ella sin mirar.

Enciendes tu cigarrillo, inhalas el humo y miras a Diana.

—Recibí una llamada muy agradable.

Ella te mira con sorpresa.

—Ah, ¿sí? ¿De quién?

—De Matadamas.

Frunce el ceño, extrañada.

—¿Matadamas? ¿En verdad?

Asientes mientras fumas.

—¿Y qué quería?

Sonríes.

—Quiere que encierre a Gun… y que resuelva este asunto antes de que acabe la semana.

Diana ríe, incrédula.

—Parece que tu semana se va a ir a la mierda.

Asientes y ambos se quedan pensativos.

—Oye, ejem… —interrumpes, algo incómodo, el silencio—. ¿A qué edad tuviste tu primer novio?

Ella voltea, sorprendida por tu pregunta.

—¿Qué? ¿De qué rayos hablas, Hueman?

—Solo responde.

Ella mira hacia el frente moviendo los ojos de un lado a otro.

—Dios, no sé… tal vez… ¿trece?, ¿catorce?

Asientes con la cabeza y no respondes nada.

—¿Ahora me vas a decir por qué esa pregunta tan extraña?

—Es… bueno, este… es mi hija, Andrea. Al parecer tiene novio, pero yo creo que es muy pequeña para eso.

Diana ríe.

—¿Cuántos años tiene tu hija?

—Seis.

Diana se queda perpleja con tu respuesta.

—¡Guau, ¿seis?!

Frunces el ceño.

—Sí, seis, ¿por qué esa cara?

—No, nada, es solo que no pensé estar de acuerdo contigo en que está muy pequeña para tener un novio.

—Entonces, ¿no estoy mal?

—No, claro que no, pero quizá su mamá sepa manejarlo mejor; los padres suelen ser más protectores con sus hijas.

Asientes con la cabeza y bajas la mirada al suelo, sacas una bocanada de humo.

—¿Qué? ¿Dije algo malo?

—Su madre falleció en el parto —respondes con frialdad—. Soy todo lo que tiene, y ella todo lo que tengo.

—Ah, lo siento, no sabía —responde con voz suave y arrepentida.

—Sí… —tiras el cigarrillo al suelo y lo pisas—. ¿Tienes alguna idea de cómo manejar esa situación?

—Pues, decirle que no puede tener novio solo va a empeorar las cosas, así que lo que yo haría sería arrestar al niño —dice con naturaleza.

—¿De qué diablos hablas, Diana? Ponte seria, por favor —respondes con una sonrisa.

Ella ríe.

—No, de verdad, piénsalo, un día como cualquier otro, al llegar a la escuela lo esperas entre los arbustos y, justo cuando vaya a entrar, pones un arma de fuego, sin municiones, por supuesto —hace un pequeño paréntesis— y después llamas a la policía para reportarlo y ya, asunto arreglado, ¿no?

—No puedo creer que me haya tomado tanto tiempo darme cuenta de que estás mal de la cabeza —ríes.

Diana hace una mueca, sopesando tu comentario. Apaga su cigarro y ambos caminan hacia la estación. Al entrar, ves a una muchacha de unos diecisiete o dieciocho años sentada en la recepción; tiene el cabello negro y viste un vestido largo color azul marino, con profundas ojeras y los ojos con un color rojizo.

—¿Detective Hueman? —te pregunta nerviosa.

—Sí, soy yo, ¿en qué puedo ayudarte?

—Creo que tengo información sobre el caso de Melissa.

Alzas las cejas sorprendido.

—Claro, por favor, acompáñanos.

Le haces un gesto para que te siga y llegan a una sala privada con una mesita circular y tres sillas. La dejas pasar primero, seguida de Diana, y cierras la puerta detrás de ti.

—Muy bien —dice ella nerviosa—. Miren, hay un tipo llamado…

—Espera, espera —la interrumpes—. Tranquila, empecemos por lo primero, ¿te parece?

Ella asiente con la cabeza.

—Bien, ¿cuál es tu nombre?

—Jessica Müller.

—Muy bien, Jessica. Yo soy David Hueman y estoy a cargo del caso de Melissa. Ella es mi compañera Diana Straut, también detective, y me está apoyando con las investigaciones. Ahora sí, dime, ¿qué tienes que contarnos?

—Uhm… No sé si conocen a un tipo llamado Carlos; bueno, se llama así, pero lo conocen como Gun.

Volteas un poco para ver a Diana y sus miradas se encuentran. Asienten.

—Claro, tuve el placer de conocerlo.

—Bueno —continúa, nerviosa—, ha estado mostrando fotos que tomó de Melissa… de su… cadáver. Son fotos terribles. Se la pasa enseñándolas a todos como si fueran una especie de trofeo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de días. Estábamos en un bar por el Parque Central, se llama El Gato Amarillo; ahí es donde vamos casi todos a pasar el rato los findes.

—¿Tú viste las imágenes?

Asiente en silencio con la mandíbula tensa y la mirada fija en el suelo.

—Es terrible que hayas tenido que pasar por eso —dice Diana —. Hiciste muy bien en acudir a nosotros.

—Pero no solo es eso —continúa—, lo que pasa es que… también se jacta de que él fue quien le hizo daño a Mely.

Diana y tú se voltean a ver. Anotas todo en tu libreta. Jessica se limpia las lágrimas con la mano y Diana saca una bolsita de pañuelos desechables de su chaqueta y le ofrece uno.

—También hay otro sujeto…

—¿Otro? ¿De casualidad su nombre es Jonathan?

Ella niega con la cabeza.

—No, a él sí lo conozco, solo es un *loser* que lleva dos años en el mismo semestre. Este otro no sé quién es. Lo vi solo una vez en El Gato Amarillo con esos dos, pero… —se interrumpe y baja otra vez la mirada.

—¿Qué sucede? —preguntas.

—Algo en él hacía que destacara de los demás, no sé cómo explicarlo, no encajaba en ese lugar.

—¿Puedes describirlo?

—Traía puesta una *hoodie*, así que no pude verle la cara, pero tenía la piel morena y un tatuaje en el antebrazo derecho.

—Pero dijiste que tenía puesta una hoodie —intervienes—, ¿cómo es posible que hayas visto un tatuaje en su antebrazo?

—La llevaba arremangada hasta el codo.

Asientes en silencio.

—¿Cómo era el tatuaje?

—Un sombrero de chef. De esos que ponen en los dibujos animados.

—¿Los blancos altos?

—Sí, de esos.

—¿Y qué te hace pensar que esta persona tenga algo que ver con la muerte de Melissa? ¿Te dijo algo? ¿También mostraba imágenes como las de Gun?

Ella niega con la cabeza.

—No, él… él tenía en la mano un collar con un dije que, estoy segura, era de Mely.

—Este dije, ¿cómo era?

—Una mariposa plateada.

—¿Sabes dónde podemos encontrar a este personaje? —preguntas mientras terminas de anotar lo último que dijo en tu libreta.

—No, pero lo vi una vez junto a Gun en El Gato Amarillo. Fuera de eso, no lo sé.

—¿Qué me dices de Gun? ¿Dónde podemos encontrarlo?

—Por lo general, están en las vías abandonadas a las afueras de la ciudad, drogándose.

—¿Están? ¿Quiénes?

—Los de su grupito: Jonathan y algunos otros perdedores —termina la frase con evidente desdén.

Escribes esa información y vuelves a mirarla.

—¿Cómo sabes que se juntan ahí?

—Todos en el colegio sabemos que es mejor evitar ese lugar para no tener problemas.

—Entiendo, esto nos será de mucha ayuda, Jessica, ¿hay algo más que quieras compartirnos?

Ella niega con la cabeza.

—Perfecto, muchas gracias por esta información.

Te levantas de la silla al mismo tiempo que Diana.

—Disculpen —dice Jessica justo antes de que toquen la puerta—. Estaré bien, ¿verdad? —pregunta temerosa y el llanto la domina—. ¿No me sucederá lo que a Mely?

—Nosotros haremos nuestro trabajo, no te preocupes. Un auto con dos agentes encubiertos estará fuera de tu casa esta noche para garantizar tu seguridad.

Ella asiente con la cabeza. Abres la puerta y le haces una señal con la mano para que pase. Sales después de Diana.

Vuelves tus pasos hacia ella, porque se había quedado absorta en el celular.

—Busca en la base de datos si tenemos información de alguien que haga *match* con el del tatuaje —le dices.

Al verte acercarte, guarda su teléfono.

—Sí, claro, estoy en ello —dice al instante y se dirige a su escritorio.

CAPÍTULO 11

Paredes de piedra, cadenas y lamentos

Conduces por la carretera solitaria que serpentea hacia las afueras de la ciudad. El asfalto agrietado y mojado por la reciente lluvia refleja el cielo plomizo. El aire huele a tierra húmeda y a olvido. A medida que te alejas del bullicio urbano, el paisaje se transforma en un páramo desolado salpicado de maleza seca y estructuras ruinosas. Ves a lo lejos la silueta fantasmagórica de las viejas vías del tren, como cicatrices oxidadas en el rostro de la tierra. El silencio se vuelve casi palpable, roto solo por el susurro del viento entre los hierbajos y el lejano graznido de algún cuervo. Este lugar irradia una atmósfera de abandono, un recordatorio sombrío de un pasado industrial olvidado.

Dos jóvenes ríen despreocupados alrededor de lo que pareciera ser una fogata hecha en un barril. Buscas con la mirada al hombre del tatuaje, pero al acercarte los reconoces de inmediato: Jonathan y Gun.

Una patrulla de policía con las sirenas apagadas se estaciona detrás de ti y dos agentes corpulentos bajan.

Abres la puerta de tu auto y caminas hacia ellos; ambos agentes te siguen de cerca. Al verlos, uno alerta al otro, quien de inmediato se gira para mirarlos de frente.

—¿Qué tal, jóvenes?, ¿cómo están? —preguntas con tono bonachón mientras sigues caminando—. ¿Me recuerdan?

Ninguno responde, aunque Gun da un paso hacia el frente con las manos hechas puños, listo para golpearte.

—Tranquilo, hombre, sé que has tenido ideas tontas antes, pero ¿atacar a un detective? —ríes con ironía.

—¿Qué hacen aquí? —pregunta Gun, nervioso y agresivo.

—Bueno, venimos por ti, claro.

Él te mira confundido. Te pones justo frente a él. Los agentes lo rodean y llevan sus muñecas detrás de su espalda para esposarlo.

—¿De qué hablas? —pregunta mientras forcejea—. ¡¿Qué hacen?!

—Estás bajo arresto por el asesinato y secuestro de Melissa Robledo. Tienes derecho a guardar silencio. Todo lo que digas podrá y será usado en tu contra. Tienes derecho a contratar a un abogado defensor; si no pudieras pagarlo, el Estado te designará uno.

Su mirada, otrora de enojo, refleja temor.

—Parece ser que ir por ahí mostrando imágenes del cadáver de la víctima y jactarse de ser el responsable no es tan buena idea tampoco, ¿no crees, Gun? —dices intentando provocarlo.

—No, no, es un error, no fui yo —comienza a decir mientras los agentes lo llevan casi a rastras hacia la patrulla—. ¡¿Me escuchaste?! ¡Yo no lo hice!

Al entrar a la patrulla, sus gritos bajan de volumen, pero no ceden. Te giras hacia Jonathan, quien mira la escena, perplejo y asustado.

—¿Qué haces aquí con él? —preguntas con firmeza.

—Yo… uhm, nada, solo estábamos pasando el rato.

—¿Sabes qué es lo que acaba de suceder?

—Pues… ¿Arrestaron a Gun?

—Vaya, un chico inteligente —respondes con sarcasmo—. Sí, arrestamos a Gun por el homicidio y secuestro de Melissa. Hasta ahora no me has dado razones para pensar que lo has ayudado de alguna forma con el delito. Dime, ¿hay algo que no nos hayas dicho? Aún estás a tiempo; una vez que lo descubramos por nuestra cuenta, será muy tarde para ti.

—Detective, ¿estoy bajo arresto? —pregunta casi tartamudeando por los nervios.

Entrecierras los ojos.

—No, Jonathan. Aún no.

—Entonces, ¿puedo irme sin responder tus preguntas, cierto?

Le sostienes la mirada con la intención de causarle temor.

—Sí, Jonathan. Es correcto, puedes irte sin responder.

El joven se da media vuelta y corre hacia su bicicleta, se sube y pedalea hasta perderse detrás de los escombros de un edificio en ruinas.

Te das media vuelta y regresas a tu auto. Conduces detrás de la patrulla que lleva a Gun. Al llegar a la estación de policía, los espera una docena de reporteros. En cuanto te ven, se acercan como hormigas a un terrón de azúcar y ponen micrófonos y celulares enfrente de tu cara. Te hacen tantas preguntas a la vez que es difícil distinguir alguna en específico. Entre ese mar de voces logras distinguir unas pocas: "¿Es ese el responsable de lo que le sucedió a Melissa?" "¿Cuál es su nombre?" "¿El alcalde ha estado al tanto del caso, detective?" "¿Qué evidencia han encontrado?

—Entiendo que quieran saber más sobre el caso, pero al ser una investigación activa no me es posible dar detalles. Les puedo asegurar que estamos trabajando día y noche para resolverlo lo más pronto posible.

—¡Detective! El día de ayer la madre de Melissa fue hospitalizada por una lesión en la cabeza, ¿acaso el perpetrador intentó asesinarla a ella también?

—No, no —respondes enseguida y niegas con la cabeza—. Lo que le sucedió a la señora Gauss no tiene relación con Melissa. Ya se encuentra bien y estable.

Te das la media vuelta y dejas a los reporteros haciendo más preguntas a gritos. Entras a la estación y ves a Diana en la recepción, llenando unos papeles.

—Hey, Diana, ¿lograste encontrar algo en los archivos?

Ella voltea sorprendida, como si no esperara encontrarte ahí.

—¿Lograste cruzar a esos reporteros? —chasquea la lengua—. No estoy segura qué es lo que quieran, pero cada vez que alguien sale o entra, lo abordan con preguntas, incluso si es un patrullero que nada tiene que ver con el caso.

Sacas tu teléfono y lo miras frunciendo el ceño.

—Sí, solo están haciendo su trabajo y entre más rápido logremos cerrar esto, más rápido nos desharemos de ellos. ¿Lograste encontrar algo?

Ella niega con la cabeza.

—No, no tenemos archivo de ninguna persona que se ajuste a la descripción.

—Mierda —dices en voz baja—. Esperaba que hubiera algo que pudiera ayudarnos. Nuestro amigo Gun tendrá que decirnos cómo y dónde encontrarlo.

—Supongo que sí.

—Ven, sígueme.

—He logrado hablar con Penélope, la amiga de Melissa —dice Diana tratando de alcanzarte el paso—. Dice que se separó de ella a eso de las dos de la mañana, porque Melissa decidió quedarse en el edificio conversando con un tipo que ella no conocía.

—¿Te dio una descripción?

—Alto, fornido y moreno. No pudo darme más detalles, dijo que estaba oscuro y había tomado un par de cervezas.

—¿Tatuajes?

—No que sepamos, pero vale la pena investigar, ¿no crees?

Llegan a una de las salas de interrogatorio. Carlos está sentado con las manos esposadas sobre una mesa de metal. Te mira con furia contenida.

—Señor Gun —dices mientras cierras la puerta detrás de ti después de haberle cedido el paso a Diana—, ella es la detective Diana Straut.

—¿Qué? ¿Trajiste refuerzos?, ¿te da miedo estar solo conmigo, perro? —responde Gun para provocarte.

Alzas las cejas, fingiendo sorpresa.

—Mierda, este tipo es bueno, ¿lo escuchaste, Diana? En realidad, sabe de psicología analítica. Deberíamos contratarlo, ¿no crees?

Diana sonríe.

—No creo, no solemos contratar criminales, ¿sabes?

—Ah, claro, tienes razón… lo siento, Carlos, me temo que no podremos sumarte a nuestro gran equipo, a pesar de todo el… *talento* que tienes.

—¿Te estás burlando de mí? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Diablos, no eres el más brillante, ¿verdad? —ríes y volteas a ver a Diana por un momento. Regresas la mirada hacia él—. No, claro que no, Carlos. Yo sería incapaz de burlarme de ti, amigo; estoy aquí para que me digas todo lo que necesito para encontrar a alguien.

—¿A quién?

—Bueno, desearía poder decirte su nombre. Verás, algunas personas te han visto en El Gato Amarillo acompañado de una persona que tiene un tatuaje en el brazo, al parecer de tu misma edad, y quiero saber quién es. Alto, de piel morena y en buena condición física.

Gun guarda silencio y te mira por unos segundos, como si estuviera pensando su respuesta.

—No tienes idea, ¿verdad? —dice Gun esbozando una sonrisa.

No le respondes, esperas a que diga más.

—Maldita sea, hombre… si crees que te voy a ayudar en una mierda de esto, estás mal.

—Creo que no entiendes tu situación, Carlos…

—¡No me llames Carlos, cerdo! —te interrumpe gritando—. ¡Soy Gun!

—Ah, claro, Gun… tu situación es así, estás arrestado por el asesinato de Melissa. La recuerdas, ¿verdad? Bueno, claro que sí, tienes sus fotografías en tu teléfono… Si me ayudas a encontrar a esta persona y me das información que me ayude a resolver esto, las cosas podrían mejorar para ti.

—¿Mejorar cómo? —pregunta.

—Bueno, podrías pasar mucho menos tiempo en prisión, ¿no, Diana?

—Muchísimo menos —responde ella sin apartar la vista del joven.

Gun comienza a reír de manera histérica.

—Ustedes, cerdos, deben estar muy desesperados para ofrecerme esto. Miren, aquí está mi respuesta —dice mientras les enseña el dedo medio con ambas manos.

—Tal vez solo te tengamos en buena estima —dices en tono de broma y miras a Diana—. Estábamos investigando este caso y le

dije a mi compañera: "Hey, Diana, ¿recuerdas a nuestro gran amigo Gun? Estoy seguro de que nos ayudará a resolver esto, ya sabes, por lo gentil e inteligente que es".

—Búrlate todo lo que quieras, cerdo, no te voy a ayudar.

—Ah, bueno —dices fingiendo decepción—, supongo que tendremos que encontrar otra forma de saber en dónde encontrar a esta persona, ya sabes, como por ejemplo preguntarle a Jonathan…

Gun te mira en silencio; es claro que no esperaba esa respuesta.

—Pero no… no lo arrestaron. Estás jugando conmigo —ríe nervioso—. Solo quieres confundirme para que hable.

—No lo arrestamos por el homicidio, pero tu amigo pensó que era buena idea intentar salvarte del arresto golpeando a un policía… como te puedes imaginar, no terminó muy bien para él.

—¿Qué? No… eso no es posible, solo había dos policías ahí y son los que me arrestaron. Estás inventando cosas.

Ríes.

—Bueno, supongo que tendrás que averiguarlo pronto.

Te levantas y Diana hace lo mismo. Abandonan la sala de entrevistas y entran a la de observación. A través del cristal, puedes ver la cara de nerviosismo de Gun; lograste hacer que, por lo menos, dude que puedes tener la razón.

—Bien, ¿y ahora qué?, ¿cuál es tu plan? —te pregunta Diana —. ¿O solo buscas jugar con él?

Volteas sorprendido.

—¿Qué mosca te picó? ¿Desde cuándo te indignas por jugar con la mente de un culpable para descubrir la verdad?

Ella cruza los brazos.

—Mira… este tipo confesó haber sido el autor del crimen. Podemos usar eso en un juicio y encerrarlo durante mucho tiempo —hace una breve pausa—. ¿Qué más esperas encontrar?

—No pensarás que… —entrecierras los ojos un poco, incrédulo—. Diana, por Dios, no pensarás en serio que el idiota que está ahí detenido es el verdadero responsable, ¿o sí?

—¿Por qué no? Tiene fotografías del cadáver en su teléfono, lo ha confesado a muchas personas, ¿qué más quieres descubrir

antes de estar satisfecho?

Te le quedas viendo un momento, asimilando sus palabras. Puede que tenga razón, tienes pruebas suficientes para poder encarcelar a Gun, pero algo no cuadra. Hay algo dentro de ti que te grita que en realidad a quien buscas es a la persona del tatuaje del sombrero de cocinero, no al idiota de Gun.

—El tipo que está ahí sentado es un idiota, Diana, tú lo sabes. Jessica dijo que el tipo del tatuaje tenía un dije que le pertenecía a Melissa. Es a él a quien debemos buscar, estoy seguro.

—¿Vas a continuar con esto solo por eso que dijo Jessica? Por Dios, Hueman, tienes a un criminal confeso, ¿cómo sabes siquiera que ese dije pertenecía a Melissa?

—¿Por qué te molesta tanto que quiera continuar? —preguntas confundido.

—El alcalde está presionando a Matadamas para que ya cierre este caso —señala con los ojos hacia donde está Gun—. Ya tenemos al responsable esposado y tú quieres seguir perdiendo tiempo buscando fantasmas.

—¿Fantasmas? —preguntas indignado—. Nadie está buscando fantasmas, Diana. Quiero estar seguro de quién cometió en realidad este crimen. Además, ¿desde cuándo te importa si a Matadamas lo están presionando? Ese es su problema, que él lidie con eso.

—Mierda, David… —dice Diana en casi un susurro—. ¿Qué crees que dirá Matadamas de esto?

—¿Qué dirá la familia de Melissa si llegara a descubrir que estamos cerrando esto por politiquería?

Ella se muerde el labio, ansiosa.

—Mira, David, tienes a una persona que ya confesó el crimen; lo que debemos hacer, para darle paz a la familia de Melissa, es encerrar a este desgraciado.

Suspiras.

—Se lo debemos a Melissa, Diana —respondes con voz solemne—. Debemos estar seguros de que el salvaje que le causó tanto daño esté tras las rejas y no solo arrestar a un idiota que se dejó influenciar por alguien más inteligente que él.

Diana te mira con fastidio, se lleva los brazos a la cintura y pone los ojos en blanco.

—Entonces, ¿seguirás con esto?

Asientes con la cabeza.

Ella suspira y cierra los ojos.

—De acuerdo, de acuerdo, ojalá no sea una pérdida de tiempo.

—Tenemos, ¿qué? ¿Seis meses trabajando juntos? —la miras esbozando una sonrisa confiada—. Dime, ¿cuántas veces ha fallado mi instinto?

Diana vuelve a poner los ojos en blanco.

—Sí, sí, lo que tú digas, Sherlock.

Sueltas un bufido divertido y salen de la estación. Hay algunos reporteros haciendo guardia que, al verlos, se arremolinan gritando preguntas: "¿Ya dieron con el asesino de Melissa Robledo?", "¿actuó solo?", "¿qué dice la familia de la víctima?". Les haces el alto con la palma de la mano en señal de que no contestarán nada. Caminan hacia tu auto.

—¿Qué sigue ahora? —pregunta ella.

—Hoy es viernes —haces una pausa mientras sacas un cigarrillo y lo enciendes—. Si lo que dijo Jessica es cierto, ese cabrón estará hoy en la noche en El Gato Amarillo; podremos hablar con él entonces.

—Muy arriesgado, ¿qué si trae un arma? —pregunta Diana—. Deberíamos pedir refuerzos.

—¿Refuerzos? Por favor, solo vamos a conversar con él, ver si podemos hacer que diga algo con lo que se incrimine, ponerlo nervioso.

Diana suspira.

—Muy bien, te veo ahí entonces.

—¿Qué? —preguntas sorprendido—. ¿A dónde vas?

—A casa, debo atender unos asuntos personales, pero te veré en El Gato Amarillo esta noche —responde Diana mientras camina y, sin razón alguna, le da un manotazo a tu cigarro, haciendo que caiga al suelo.

—¿En serio? —le gritas molesto, ella levanta la mano en señal de despedida y se aleja—. Puta madre —dices en voz baja y apagas el cigarro con el pie.

CAPÍTULO 12

Pasado con aires de futuro

Estás apoyado en tu auto afuera de la escuela de Andrea, esperándola para llevarla a casa.

En el momento en que los niños comienzan a salir, apagas rápido tu cigarrillo con el pie. Ves a Andrea salir, agarrada de la mano de Tommy. "¿Esto lo permite la escuela?", piensas.

—Hola, papá —dice Andrea sonriente y luego se despide de Tommy y le quita la mano.

—Hola, papá de Andrea —dice Tommy también, ondeando la mano sonriente.

—Hey, hola… —respondes sin muchas ganas.

—¡Adiós, Andrea! ¡Nos vemos mañana! —dice Tommy casi gritando.

—¡Sí! —le responde tu pequeña en el mismo tono.

Andrea sube al auto y se coloca su cinturón de seguridad, y poco después tú haces lo mismo.

—¿Qué tal tu día, amor? —le preguntas, sonriente.

—Muy bien, papi —responde sacando algo de su mochila—. ¡Mira! Me lo regaló Tommy hoy.

Andrea te enseña una diadema blanca con una flor del mismo color y botón amarillo.

—¿Huh? —preguntas confundido—. ¿Una diadema?

Ella asiente, emocionada.

—Sí, y cuando me la dio me dijo: "Una flor para otra flor" —te contesta tratando de imitar la voz de Tommy.

Pones cara de desagrado.

—No puede ser… Pero ni siquiera es una flor, es una diadema.

Ella sonríe y se le ilumina la cara al ver la diadema; después señala frenética hacia el parasol.

—¿Qué? —le preguntas—, ¿qué quieres?

Ella continúa señalando con movimientos bruscos.

—Muñeca, ya no eres una bebé, puedes hablar y esto sería mucho más fácil para ambos si me dijeras qué quieres.

—El espejo que está en esa cosa —dice ella señalando al parasol—. Quiero ver qué tan bien se me ve.

—Ah…

En un semáforo en rojo, bajas el parasol para que Andrea pueda mirarse en el espejo.

Sonriente, se arregla el cabello y hace gestos y expresiones distintas, como si posara ante la cámara. No puedes evitar reír.

—¿Estás posando?

Ella asiente.

—Sip, porque se me ve muy bien la diadema.

—Eso es cierto —respondes con una sonrisa.

Paras en un lugar de comida rápida. Al llegar a tu departamento, dejas la bolsa de comida en la barra de la cocina y metes algunas cosas en el refrigerador.

—Andrea —dices desde la cocina y ves a tu hija asomar la cabeza sobre el sofá de la sala—, hoy tendré que salir en la noche; le llamaré a la señora Nervis para que esté contigo. Pórtate bien con ella, ¿de acuerdo?

—¿Irás por los malos? —pregunta ella.

—Sí, iré por los malos.

En ese momento, Andrea enciende la televisión y, por mala suerte, está un canal de noticias hablando sobre el caso en el que estás trabajando.

…El alcalde Ritchman, junto con el capitán de la policía Aarón Matadamas, han confirmado la detención de Carlos N., mejor conocido como Gun, el principal sospechoso del secuestro y asesinato de Melissa Robledo. Carlos N. está esperando su audiencia inicial para determinar los cargos y las medidas cautelares. La brutalidad de las heridas, le recordamos, fue tan severa que…

—Hey, hey —dices acercándote a la mesa de centro para coger el control remoto y cambiar de canal—, no deberías ver esas cosas.

Ella se revuelve en su asiento, con cara de preocupación.

—¿Qué pasa, muñeca?

—¿Estás trabajando en ese caso?

—Sí…

—¿Y es cierto eso? ¿Ya lograste atrapar al culpable?

Aprietas los labios y le acaricias la mejilla con tu mano.

—No lo sé, nena.

—¿Por qué no sabes?

—Es… complicado. Pero papi debe salir y asegurarse de que detuvo a la persona correcta.

—¿Y es peligroso? ¿Perseguir a los malos?

Te sientas al lado de ella y le acaricias con cariño la cabeza.

—No te mentiré, sí puede ser peligroso. Pero tu papi siempre resulta ser más inteligente que esos criminales —haces una breve pausa y, al ver sus ojos cristalizados, decides suavizar el tono y hablar con mayor seriedad—. Amor, no te preocupes por mí. Siempre estaré contigo para cuidarte.

—¿Lo prometes? —suplica más que preguntar.

—Sí, lo prometo.

Recibes un abrazo espontáneo lleno de amor y lágrimas.

—No quiero que te vayas con mamá. No me dejes sola, por favor.

Escucharla te agrieta el corazón y la abrazas con más fuerza para contener las lágrimas.

—Nunca. Siempre estaré contigo.

Al escuchar el timbre, te separas de ella y le das un profundo beso en la frente.

Te levantas y abres la puerta; del otro lado está una mujer mayor, regordeta, con las mejillas encendidas y con un gesto amable.

—Hola, señora Nervis, gracias por tomarse la molestia de venir —le dices invitándola a entrar.

—Oh, para nada es molestia, me encanta estar con la pequeña Andrea —deja su bolso azul en la barra de la cocina y mira con desdén la bolsa de comida rápida—. ¿Dónde está?

Señalas con el dedo hacia el sillón y Andrea, de nuevo, asoma su cabeza sobre él y ondea la mano.

—¡Hola, señora Nervis! —le grita contenta.

Ella le devuelve el saludo con una amplia sonrisa.

—Compramos algo de comer —le dices a la señora Nervis señalando la bolsa de comida.

—¿Comida rápida? Por favor, señor Hueman, ¿cuándo he alimentado a su hija con chatarra? No, no, no, eso no; en este momento veré qué le puedo preparar a esta pequeña.

—Gracias —le dices en voz baja—. Es posible que llegue tarde.

—Claro, no hay problema.

Te giras y ves a tu niña sentada tranquila viendo caricaturas en la televisión. Te acercas a ella y le das un beso en la cabeza.

Cierras la puerta de tu apartamento, bajas las escaleras del edificio pensando en las palabras que escuchaste en las noticias. Matadamas quiere darle carpetazo a esto y acusar a Gun. Algo no te sienta bien con todo eso; el estómago se te revuelve ante la idea de dejar libre e impune a un maldito asesino solo por querer cerrar el asunto sin más, lo más seguro que por fines políticos. Suspiras y enciendes tu auto. Te encaminas hacia el edificio en donde vieron con vida por última vez a Melissa.

Estacionas afuera de un edificio viejo con la fachada otrora blanca, polvorienta, y con algunas grietas como si de arrugas se tratara.

Abres la pesada puerta principal y notas que la manija de cobre te ha dejado un olor peculiar en los dedos.

Al entrar, percibes un aroma a madera antigua y aromatizante barato. Te asombra un poco al notar que el estado del interior del edificio, contrario al exterior, está limpio y cuidado, aunque la madera del suelo refleja el paso del tiempo y los muebles no dan la impresión de modernidad.

Caminas hacia la recepción; el suelo cruje con un sonido sordo con cada paso que das sobre la alfombra gris que cubre la mayor parte.

Un hombre de edad avanzada lee una revista, sentado en una silla.

—Hola —dices—. Soy el detective David Hueman, quisiera hacerle un par de preguntas.

El hombre te mira un instante y regresa a su revista.

—¿Sobre qué?

—Hace dos semanas hubo una fiesta en este edificio, una de las chicas que vinieron fue reportada como desaparecida y, hace poco, su cuerpo fue encontrado sin vida.

El hombre dobla la revista y la coloca frente a él.

—Sí, escuché sobre eso en las noticias. Una cosa terrible.

—¿Cuál es su nombre, señor? —preguntas estrechándole la mano.

—Iván —responde.

—Dígame, don Iván, ¿recuerda algo en particular de esa noche que le haya llamado la atención? ¿Algún conflicto o alguien con actitud sospechosa?

Él entrecierra los ojos, pensativo.

—Era una noche bonita —dice y se recarga en la silla—. Yo me encontraba aquí en la recepción y me sorprendió ver que, alrededor de las nueve de la noche, comenzaron a llegar muchos jóvenes, de dieciocho o veinte años. Nadie me había avisado nada, así que llamé a la gerencia para notificar el asunto, pero me dijeron que, en efecto, la terraza estaba reservada para hacer una fiesta, solo que no habían mandado el aviso a recepción.

—¿Quién la reservó?

—El chico del 1-B.

—¿Sabe cuál es su nombre?

—Ojalá supiera, pero ya a mi edad no es fácil recordar las cosas, mucho menos los nombres, pero estoy seguro de que, si subes al departamento, te abrirá la puerta. Está ahí la mayor parte del día.

—Claro, entiendo —sonríes—. ¿Algo más que recuerde de aquella noche de la fiesta?, ¿algún detalle en particular que considere importante?

—No, en realidad —responde acariciándose la barbilla con los dedos.

—Bien, gracias por su tiempo, don Iván —te diriges hacia las escaleras—. ¿Debo subir por aquellas escaleras para llegar al departamento 1-B?

Iván asiente con la cabeza y regresa la mirada a su revista.

—De acuerdo —dices en voz baja en un suspiro—. Si recuerda algo más, por favor, llámeme —finalizas mientras le entregas tu tarjeta.

Él la toma sin decir nada más.

El crujir de las escaleras de madera y el olor vuelven evidente la edad del edificio.

Al llegar al segundo piso, ves el número de un departamento: 1-A. Asumes que debes seguir caminando en este piso para llegar al 1-B.

El pasillo está iluminado por las grandes ventanas que tiene al costado derecho y por los candelabros de otra época. Notas el trabajo de preservación del edificio en la alfombra del pasillo que, aunque vieja, está cuidada y limpia; lo mismo pasa con las paredes; a pesar de todas las historias que han atestiguado, no presentan manchones ni grietas.

Tus pasos marcan un ritmo sordo; sobresale un sonido que, aunque reconoces, no logras descifrar; pareciera una voz… ¿detrás de ti? Volteas y descubres que el pasillo se alarga hasta no tener fin. Aquel distante sonido persiste, sutil pero constante.

El fondo del pasillo te hipnotiza hasta que, de pronto, una sensación extraña en tus manos hace que las mires y, para tu sorpresa, están cubiertas de sangre. "¿Qué carajo? ¿De quién es esta sangre?", piensas.

Pero la pregunta es absurda desde su propia concepción, y no es nada más que un esfuerzo de distraerte de la respuesta. Tú sabes de quién es, pero aún no es tiempo de reconocerlo, ¿verdad? No estás listo aún.

Tu corazón se acelera tanto que, por un momento, te parece que está a punto de estallar. El tubo goteante que te ha perseguido está en el techo, imponente. Jamás dejó de estar frente a ti, igual de oxidado y goteando con la misma cadencia de siempre, de manera coordinada con el sonido del paso del tiempo y que, poco a poco, se vuelve a hacer presente.

Estás absorto en tus propios pensamientos cuando un choque inesperado te logra sacar de tu trance. Es un anciano, molesto contigo porque estás parado en medio del pasillo.

—¿Me vas a contestar o no? —pregunta el señor, a simple vista molesto.

—¿Eh? —contestas confundido y volteas rápido hacia el final del pasillo, que ahora pareciera muchísimo más pequeño e iluminado, justo como debería de ser.

—Muchacho, ¿qué te has metido? —pregunta el hombre con desdén—. Hoy en día los jóvenes se drogan mucho —continúa sin importarle siquiera si estás escuchándolo—. En mis tiempos todo era más sano y divertido. Recuerdo aquella vez cuando Fred y yo estábamos en la cantina La Jarra Brava y nos encontramos con la mujer más bella que jamás hubiéramos visto, ¿sabes? Era el verano de 1943.

Confundido, te limitas a ver al anciano, que está muy emocionado de tener un escucha para su historia.

—… tenía el cabello rojizo, ¿sabes? No era muy común en esos tiempos, muchacho —ríe con nostalgia—, pero ella era así, adelantada a la época. En ese momento supe que tenía que hacerla mi esposa.

—Señor, disculpe, pero tengo prisa —dices cortando de manera tajante el relato.

—¿Prisa? —dice y ríe—. ¿Qué prisa podrías tener si estabas de pie en medio del pasillo como un tarado?

El hombre se va sin decir nada más. Sorprendido, no puedes evitar pensar: "¿Qué demonios acaba de suceder?".

Vuelves a voltear hacia el pasillo que ha recobrado su forma normal y corriente. Miras tus manos; están limpias. No hay ningún rastro de sangre sobre ellas.

Alzas la mirada hacia el techo para cerciorarte si sigue ahí aquel pedazo de tubería oxidada que pareciera seguirte a donde vayas. No está. Casi acostumbrado a que te sucedan estas cosas, sueltas un largo suspiro y continúas caminando.

Llegas a una puerta negra, un poco deteriorada por el tiempo y marcada con el numeral 1-B.

CAPÍTULO 13

Huellas pisadas

Tocas a la puerta. Los golpes generan un eco que pronto se desvanece. Miras hacia el fondo del pasillo, piensas en lo que te ha estado sucediendo y en si puedes, con todo ello, confiar en que eres capaz de ver la realidad tal cual es, o si estás perdiendo la cabeza.

Perdido en tus propios pensamientos, te sobresaltas cuando abren. —¿Sí? —pregunta con molestia un joven que se asoma abriendo un poco la puerta—. ¿Hola?

Aunque todavía un poco sorprendido, lo observas: tiene alrededor de veinte y su aspecto es andrajoso. Trae una camisa de botones abierta hasta por encima del ombligo, un cigarro en la boca y una lata de cerveza en la mano, que tiene recargada contra el marco de la puerta. Tiene el cabello desaliñado y con trozos de papas fritas o alguna otra botana.

—Soy el detective David Hueman, ¿tú vives en este departamento?

Los ojos del tipo se abren como platos, y se yergue poco a poco.

—Uh… no, yo solo estoy de paso…

—¿Podrías llamar a la persona que vive aquí?

Él asiente y se aleja despacio de la puerta, aunque no la cierra. Te asomas y ves muchas latas de cerveza vacías, basura y comida tiradas por todas partes. Al fondo se alcanza a ver una pequeña mesa de madera con un bong enorme y una bolsita de plástico transparente con lo que asumes que es marihuana.

Al poco tiempo, el sujeto que te abrió la puerta trae casi a rastras a otro, que tiene una sudadera roja manchada y con el gorro cubriéndole la cabeza. Notas que está somnoliento y cuando llega a

la puerta, su cara choca con esta y con mucha calma se lleva la mano sobre su rostro.

—¿Qué quieres? —pregunta amodorrado.

—Soy el detective David Hueman, tengo un par de preguntas que hacerte sobre la fiesta que hiciste en este edificio hace un par de semanas atrás.

El sujeto suspira.

—Mira, no sé nada de la zorra que desapareció, ¿de acuerdo? —el tipo se frota las sienes.

—¿Y qué sí sabes? —preguntas, desafiante.

El sujeto te mira aún con un ojo descubierto.

—Nada. No sé nada, viejo —dice y trata de cerrar la puerta, pero pones el pie para impedirlo.

—¿Estás seguro de querer ir por esta ruta? Créeme que te puedo hacer la vida muy difícil por las drogas que tienes ahí —dices señalando con la mirada—. Apuesto a que debes tener cosas más… interesantes por aquí también, ¿verdad?

El sujeto te mira, preocupado.

—Mira, voy a quitar mi pie y podrás cerrar la puerta sin ningún problema, por lo menos, sin problemas inmediatos, ya que dentro de poco regresaré con una orden de cateo, con perros policía y es muy probable que te lleve a prisión… pero, hey, es tu decisión, yo puedo ir por cualquiera de las dos rutas.

Quitas tu pie y el hombre no cierra la puerta, solo te mira con la boca medio abierta.

—Buena elección —dices con una sonrisa cínica—. Ahora, ¿podría entrar para que podamos conversar?

El hombre traga saliva, mira hacia todos lados, menos a ti.

—Hey, hombre, no estoy aquí por tus drogas. Estoy buscando información que me pueda ser útil sobre el caso de Melissa Robledo.

Él asiente y abre la puerta poco a poco para dejarte pasar.

Al entrar, te llevas la mano a la nariz y evitas una arcada. Desde afuera podías ver la suciedad e inmundicia del apartamento, pero dentro el olor es casi insoportable; el fregadero está lleno de platos llenos de comida podrida, moscas y cucarachas corriendo por doquier. Tus zapatos se adhieren al suelo pegajoso y a cada paso

hacen un sonido que te provoca más náuseas. Las ventanas están cubiertas con cinta adhesiva, así que la única luz que hay es la poca que logra atravesarlas y la de la televisión.

Haces un gran esfuerzo para no reaccionar al olor, pero es demasiado; para contrarrestarlo, sacas un cigarro y lo enciendes; intentas con todas tus fuerzas concentrarte en él.

—Hey, no puedes fumar aquí —dice el sujeto de la sudadera roja—. Es ilegal o una mierda así.

Lo miras fijamente a los ojos con incredulidad y volteas hacia donde está la droga. Él se encoge de hombros.

—¿Cuál es tu nombre, amigo? —preguntas forzando una sonrisa.

—Claude.

—¿Claude? Un nombre muy exótico. Te queda bien.

Claude se limita a mirarte.

—Mira, Claude, hace un par de semanas hiciste una fiesta aquí, ¿verdad? Vinieron muchas personas.

Él asiente con la boca entreabierta.

—Necesito que me des una lista con los nombres de las personas que vinieron.

—Sí, claro —dice Claude riendo.

De nuevo, fijas tu mirada en él con un semblante serio.

—Ah, no mames, perro, ni de pedo podría hacer eso —responde riendo.

—¿Por qué no? —preguntas con seriedad.

—¿Sabes cuánta gente estaba aquí esa noche? Miles, perro, ¿o no, mi Cinco? —pregunta sonriente hacia el sofá.

De una pila de cojines y porquería se levanta una cabeza, que no habías visto, y asiente. Notas que el cuello es muy corto, casi como si no tuviera.

—Te dije, perro. Un éxito.

—¿Cinco?, ¿por qué te dicen Cinco? —preguntas mientras se vuelve a recostar en el sillón.

Claude ríe.

—Es el Cinco… el Cincoello —dice Claude mientras suelta una risa boba.

Suspiras.

—Necesito nombres, Claude —respondes molesto.

Él niega con la cabeza.

Te coges el entrecejo, frustrado.

—Dime qué recuerdas de esa noche, entonces.

—Nada —ríe de nuevo—. Estaba drogadísimo, perro.

Aprietas los labios.

—¿Nada en absoluto?

Él niega con la cabeza con una media sonrisa.

—Hey, deberías decirle sobre lo que pasó con Gun, ¿me entiendes?

Dice desde la cocina otro hombre, también desaliñado, mugroso y con un piercing de toro en la nariz. A este tampoco lo habías visto. Se levanta del suelo y se recarga sobre la basura que está encima de la barra que separa la cocina de la sala.

—¿Cuál Carlos? —pregunta Claude—. Estás drogado, perro. Vete a la mierda.

—Yo no dije Carlos, imbécil, dije Gun —dice mostrando los dientes de un tono amarillento verdoso.

Tus ojos se abren mucho.

—¿Qué de Gun? —preguntas ansioso.

—Ignóralo, hombre… —dice Claude.

—¿Qué hay con ese Carlos? —insistes.

—Que fue él quien le metió la idea a este tipo de hacer la fiesta; de hecho, fue más que nada fiesta de él que de este, ¿me entiendes? —dice el tipo de la cocina.

—Claro que no, perro —responde enseguida Claude, molesto —. Fue mía.

—¡Cierra la boca! —le gritas a Claude y regresas la mirada al hombre del piercing—. ¿Conoces a Gun?

—Claro, todos conocen a ese desgraciado enfermo en estos rumbos.

—¿Enfermo? ¿De qué hablas? —preguntas confundido.

—Vaya detective —dice Claude en un tono burlón mientras se acerca a la barra de la cocina, junto al hombre del piercing—. ¿No lo sabes? No quisiera que me buscaras a mí.

Decides ignorar su comentario.

—Ya sabes… tiene cierta… fama, ¿me entiendes?

—¿Fama de qué?

—Hombre, cállate —le dice Claude.

—Hey, ¿de qué tiene fama Gun? —preguntas desesperado y agresivo.

El otro hombre se muestra inseguro y nervioso, como si se acabara de dar cuenta de que cometió un error.

—Bueno, yo no, ejem… ya sabes, no es como que lo conozca muy bien, solo sé los rumores, ¿me entiendes?

—Escúchame —le dices enojado—. Escúchenme ustedes dos. Estoy investigando el asesinato de Melissa Robledo. La última vez que se le vio con vida fue en esa fiesta. Carlos está detenido y estoy juntando evidencia, ustedes dos, perros… —Intentas pronunciar con el mismo acento de Claude, pero te sale fatal—. Tienen en este momento una oportunidad única, no solo para evitar la prisión, sino para poder darle paz a una familia en sufrimiento. Si eso no es suficiente motivación, puedo acusarlos de posesión de narcóticos y obstrucción a la justicia y llevarlos a ambos presos en este momento. Tengo suficiente evidencia para hacerlo —dices señalando con la mirada la droga en el cuarto contiguo.

—Hey, ¿qué hay de mí? —dice el tipo que está acostado en el sofá.

Suspiras y te masajeas el entrecejo, impaciente.

—¡A todos los que estén aquí, en este departamento de mierda!

—Bien hecho, mi Cinco —le dice Claude con una risita, orgulloso de su amigo.

El hombre del piercing te mira, nervioso.

—Los rumores… dicen que Gun tiene cierto gusto ilegal, ¿me entiendes? Cosas que no están bien, ¿me entiendes?

—Deja de darle vueltas y dilo —respondes ya desesperado.

—Ejem… Él tiene ciertos videos, ¿me entiendes? Videos de esos que no deberían existir, de gente sufriendo, siendo… —hace una breve pausa mirando a todos— torturados, ¿me entiendes?

—¿Videos *snuff*? —respondes en un susurro y abres los ojos al imaginar el terror de lo que eso significaría para Melissa.

—Sí, viejo, cosas horribles… ese perro dice que él mismo ha grabado algunos… Te digo, viejo, está enfermo.

—¿Qué saben de Melissa Robledo? —preguntas con urgencia —. ¿Hay un video de ella? ¡Díganme!

Ambos dan un paso hacia atrás, igual de asustados que sorprendidos por tu enojo.

—No, no, viejo, no —dice Claude una y otra vez.

—Es muy pronto para saberlo —responde el otro tipo.

—¿De qué hablas?

—El perro los edita, ¿me entiendes? Si grabó algo, es probable que lo esté editando para después vender el video —termina de decir el hombre del piercing.

Claude lo voltea a ver, incrédulo y acusador.

—¿Vende…? —interrumpes tu propia pregunta—. ¿A quién? ¿Cómo?

El tipo se encoge de hombros.

—Eso no lo sé, ¿me entiendes? Solo él sabe dónde vende esa mierda, ¿me entiendes?

Tragas saliva e intentas calmar tus nervios.

—¿Dónde guarda esos videos?

—En su computadora, perro —contesta Claude atropellando las palabras—. O ahí es donde nos los muestra, por lo menos.

—¿En su departamento?

Él asiente, ansioso.

—Sí, perro, vive cerca de la salida sur de la ciudad.

—Esto es… inesperadamente útil, gracias a ambos. ¿Hay algo más? —ambos niegan con la cabeza—. Si tienen algo más que decirme, les dejo mi tarjeta.

Sales dejando atrás por fin ese olor asqueroso. Iván sigue en la recepción, leyendo la misma revista y en la misma posición. Te despides de él con la mano y te regresa el gesto.

El sol se ha ocultado y el cielo se pinta de los anaranjados del atardecer. Mientras caminas apresurado hacia tu auto, sientes tu teléfono vibrar; es Diana

—¿Dónde estás? —preguntas con urgencia—. Te necesito en El Gato Amarillo, ¡ya!

—¿Qué sucedió? —pregunta con tono de preocupación.

—Te lo diré allá.

Llegas a tu auto, lo enciendes y conduces hacia El Gato Amarillo.

CAPÍTULO 14
Sombras danzantes

Llegas a El Gato Amarillo cuando el sol se ha ocultado por completo. Por afuera, algunas bancas en la acera y una sola puerta de entrada. Te estacionas en la acera de enfrente y esperas oculto en las sombras. El bar ha abierto sus puertas no hace mucho tiempo, todavía no está lleno y poco a poco llegan más y más jóvenes que le dan vida al lugar. Al poco tiempo, Diana abre la puerta de copiloto y entra al auto.

—Vaya —dice Diana nostálgica—. ¿Recuerdas tener esa edad y solo querer divertirte?

Enciendes un cigarrillo.

—Están viviendo lo mejor de sus vidas… y no lo saben.

Diana aprieta los labios y asiente despacio, entonces se acerca a ti y te olfatea con cara de desagrado y frunce el ceño.

—Mierda, apestas, Hueman, ¿qué te pasó?

Suspiras.

—¿Qué descubriste? —pregunta ella al notar tu mirada.

Das una bocanada de humo.

—Fui al departamento del tipo que dio la fiesta en donde Melissa fue vista con vida por última vez; el lugar es lo más asqueroso y repugnante que haya visto en mi vida, de verdad, el olor que traigo encima —tiemblas un poco por los escalofríos al recordar el lugar—. Lo que supe fue que Gun fue el que organizó aquella fiesta…

—¿Gun? —pregunta Diana, sorprendida—. ¿Estos tipos estarían dispuestos a testificar?

—Ni idea, pero no me arriesgaría a tanto; son un grupo de drogadictos que se la pasan dopados todo el tiempo… no hay forma

en que un juez o un jurado les crea una sola palabra.

Ella guarda silencio y te mira.

—Hay… otra cosa…

Diana alza la mirada para verte.

—Gun, ese bastardo desagradable… ¿Has oído sobre los videos *snuff*?

Ella niega con la cabeza.

—No, ¿qué son?

—Son videos en donde alguien graba cómo… —tragas saliva —, torturan o le hacen daño a otra persona hasta asesinarla… ¿Sabes a dónde voy con esto?

Ella abre los ojos como platos y asiente.

—La familia… no hay forma de que ellos sepan sobre esto.

—Tranquilo, Hueman, ni siquiera sabes si en realidad existe un video sobre Melissa.

Le clavas la mirada en silencio, su semblante se ensombrece.

—¿Lo hay? —pregunta, temerosa.

—No lo sé, pero esos tipos dijeron que Gun tiene todos estos videos en su computadora y que los vende al mejor postor… Enfermo, hijo de perra.

—Entonces, ¿qué esperamos? —pregunta Diana—. Acusemos a este hijo de puta, cateemos su casa y revisemos su computadora. Eso debería ser más que suficiente para encerrarlo.

—Pero estaríamos confiando a ojos cerrados en el dicho de un grupo de drogadictos, ¿qué pasa si cateamos su casa y no encontramos nada? Arruinaríamos todo. Además, quiero saber qué tan involucrado está el cabrón del tatuaje en el brazo en todo esto.

—De acuerdo —dice Diana resignada—. Solo espero que no nos quite mucho tiempo hacer todo esto que quieres.

—¿Qué? —preguntas con molestia—. ¿Tienes algo mejor que hacer?

Ella te ignora y, en ese momento, ves llegar a Jonathan al lugar. Camina despreocupado, fumando.

Le das un leve golpecito en el hombro a Diana para llamar su atención.

Lo ves dar la vuelta hacia la parte trasera del bar hasta perderlo de vista.

—Vamos —dices enseguida.

Bajan del auto y caminan hacia donde entró Jonathan.

Lo ven detrás de un contenedor verde de basura, sigue fumando y está en compañía de otros dos chicos que no reconoces.

—Hey, ¿me recuerdas? —saludas a Jonathan con una sonrisa cínica.

Él, que está de pie, se le congela la expresión al verte.

—¿Qué hacen, amigos? ¿Pasándola bien?

Los otros jóvenes que acompañan a Jonathan se sobresaltan y se ponen en pie.

—Tranquilos, no vengo aquí a arrestarlos; de hecho, vengo porque necesito hablar con un hombre que, asumo, es amigo suyo… tiene un tatuaje en el brazo, tez morena y complexión atlética. Sé que tiene algo que ver con Gun, y quiero que me digan qué.

Los chicos se miran nerviosos.

—¿Quieres hablar con Marco? —pregunta Jonathan.

—¿Marco? ¿Ese es su nombre?

Él asiente.

—¿Dónde está?

—No ha de tardar en llegar —responde uno de los jóvenes, a todas luces nervioso—. Siempre está aquí los viernes en la noche.

De repente, notas algo extraño a tus espaldas, justo por donde llegaron, detrás de la pared, un sujeto que viste una sudadera negra y pantalones para correr. Está recargado sobre la pared, muy tranquilo. Por la pose y la iluminación, no alcanzas a ver sus facciones, pero tu instinto te lo grita: es él.

—¡Hey! —le gritas—. Soy el detective Hueman, quiero hablar contigo —caminas hacia él.

En ese momento, Jonathan y los demás aprovechan que tu atención está en otro lado y se van corriendo.

—¡David! ¡Los otros dos! —grita Diana.

—Déjalos —respondes firme—. Este es el que importa.

Diana lo mira, preocupada y con la respiración agitada.

De pronto, el sujeto lanza algo hacia ti que cae cerca de Diana. Es una roca… pero tiene algo encima, algo extraño.

—Diana, ¿qué es eso?

Diana se acerca y recoge la roca.

—Es… oh, no —dice en voz baja.

—¿¡Qué mierda es?! —preguntas de nuevo, gritando.

—E… es una blusa… con manchas de sangre.

Te abalanzas a toda velocidad hacia el tipo, pero él reacciona rápido y se aleja.

Rodea el negocio y pasa de manera ágil entre las personas que rodean el bar buscando entrar. Tú las empujas con torpeza, aunque logras abrirte paso hasta llegar a la calle, donde él corre por la banqueta.

Al verlo correr por la calle, te das cuenta de que es rápido, de hecho, muy rápido. Se aleja de ti cada vez más, aun cuando estás corriendo con todas tus fuerzas.

Gira hacia la derecha y lo sigues, decidido a atraparlo, aunque las cosas no parezcan ir a tu favor.

El tipo avienta un bote de basura hacia el suelo para bloquear el paso, pero no te da mucho problema saltarlo y continuar con la persecución. Aceleras con las fuerzas y energía que te quedan, sin pensar en nada más que atraparlo, y ves que poco a poco te acercas más y más.

El tipo gira hacia un callejón; lo ves cada vez más cerca. Estiras la mano y puedes sentir su sudadera en las puntas de tus dedos. Ya lo tienes. Casi. De repente, voltea y, como si lo tuviera todo planeado, te da un contundente golpe en la cara y te desplomas de espaldas. Caes en una oscuridad total y pierdes la conciencia.

CAPÍTULO 15

El hastiado caminar de la verdad

Una voz te llama a la distancia, pero la oscuridad no te deja ver. Es una voz inconfundible: es Andrea.

—¡Papá!

Te llama, una y otra vez, asustada y entre llantos. Tu corazón se acelera, pero no logras ver nada. Sus gritos parecieran alejarse y tu desesperación se desboca.

—¡Andrea! —gritas con todo el aire de tus pulmones.

Sientes que te caes, te arrastras e intentas levantarte para llegar a ella, pero ¿cómo hacerlo? No sabes para dónde ir y sus gritos son cada vez más lejanos, hasta que se disipan en la distancia.

Pero tú no te rindes, corres desesperado a través de la penumbra, te caes y te vuelves a levantar. Tus gritos de angustia también se distancian de ti mismo con el paso del tiempo.

De pronto, ves una pequeña luz a la distancia y distingues una voz familiar que te llama.

—¡David! ¿Puedes oírme?

La luz crece más y más, hasta que reconoces un rostro familiar frente a ti. Hay luces rojas y azules que parpadean.

—¡Mierda, David!

—¿Diana? —preguntas, desubicado y confundido—. ¿Qué pasó? ¿Dónde está el sujeto?

—Huyó —responde—, pero no sin antes darte un regalo.

—Sí… me golpeó, el muy bastardo.

Intentas ponerte de pie, pero Diana te lo impide.

—Hey, hey, tranquilo, Hueman. Los paramédicos no deben tardar en llegar; deberías quedarte recostado en lo que llegan.

Te mofas.

—Por favor —te levantas con esfuerzo—. ¿A dónde fue?

—¿Qué? —pregunta Diana—. Tú lo ibas persiguiendo, tú dime hacia dónde se fue.

—¿No venías detrás?

—No es por nada, pero para ser un vejete, corres rápido. No pude seguirle el paso a ninguno de los dos.

—Mierda —respondes frustrado—. Entonces escapó, así nada más. Vaya detectives que somos —toses y escupes sangre que se ha acumulado en tu boca.

—Debimos haber traído apoyo —dice Diana.

—Lleva eso a que lo analice el Departamento Forense —le dices señalando la prenda que arrojó el sujeto y que ella todavía sostiene.

Ella asiente.

—Los patrulleros se quedarán en el área, seguirán buscando… No podrá huir lejos.

Suspiras.

—Supongo que ya estoy muy viejo para este trabajo; antes los golpes no dolían tanto.

—No me digas que estás pensando en cambiarte de profesión por un golpe pequeñito —responde Diana burlándose.

—¿Qué? ¿Sería tan malo? Creo que vender fruta sería algo pacífico.

—¿Pacífico, dices? —Diana se mofa—. Claro, hasta que alguien intente asaltar tu tienda.

—Puede ser, ¿qué tal jardinero? Eso sí sería tranquilo.

Ella sonríe.

—Mejor deberías tomarte unas vacaciones. Dejar esto atrás un tiempo, un par de semanas, tal vez.

—Por favor —niegas con la cabeza—. Cuando resolvamos este asunto, tal vez me tome una cerveza.

—Por Dios, tú sí que sabes cómo festejar, ¿eh?

Sientes tu teléfono vibrar en tu pantalón. Al mirarlo, te sorprende ver el nombre de la señora Nervis y contestas nervioso.

—Señora Nervis, ¿qué pasa?

—Papá —suena la voz de Andrea somnolienta.

—Amor, ¿qué haces despierta? Ya es tarde.

—Es que te extraño, papi —dice con una voz suave como un hilo de seda y, al mismo tiempo, tambaleante como si estuviera a punto de quebrarse.

Escucharla te rompe un poco el corazón.

—Y yo a ti, pero papi está trabajando, ¿recuerdas? Atrapando a los tipos malos.

—Bueno… —responde resignada.

—Por favor, pon a la señora Nervis al teléfono.

Después de que se escucharan algunos ruidos sordos, contesta la señora Nervis.

—Yo sé que es tarde, señor Hueman, pero la niña insistió en llamarlo, ¿cómo decirle que no?

Suspiras.

—No, está bien, no hay problema, solo, por favor, que no se quede despierta mucho tiempo más.

—Claro.

—Gracias, señora Nervis.

Cuelgas la llamada y volteas a ver a Diana, que te mira.

—¿Qué? —preguntas.

—Nada, nada —responde ella—, solo… no esperaba que le hablaras tan bonito a tu hija, es todo.

—¿Tan bonito? —respondes en un tono incrédulo—. ¿Qué pensabas?, ¿que le hablaba como un ogro?

Ella ríe.

—No lo sé, Hueman, solo no creí que fueras tan… delicado con ella.

—Pues claro, es mi pequeña princesa…

Una punzada súbita en el rostro te obliga a hacer una breve pausa. Haces un gesto de dolor.

—Mierda —dice Diana mirándote el rostro—, debe de haber sido un fuerte golpe, ¿eh?

—En realidad no fue tan fuerte, nada más que no tenía mi pie bien apoyado y me caí de espaldas… Fue más que nada mala suerte; si hubiera podido apoyar mi pie, seguro la historia sería otra.

Diana te lanza una mirada de burla.

—Claro, Hueman, claro.

—Necesito un cigarro, ¿tienes? —dices moviendo los hombros, estirándote.

—No, los dejé en casa.

Respiras hondo, cansado.

—Yo tengo en mi auto, pero esperaba no tener que ir hasta allá solo para fumar, ¿vienes?

—Hey, si con esto no te das cuenta de que eres un adicto a esa mierda, nada lo hará entonces —dice Diana en tono bromista—. Yo me quedaré aquí para estar cerca de los patrulleros, pero tú deberías ir a que te revise eso un doctor —dice refiriéndose a tu rostro.

—¿Qué?, ¿esto?, por favor, si no es nada —respondes y te diriges hacia tu auto.

Caminas por la acera pensando en aquel tipo y la arrogancia en su actuar, como si ya supiera que los encontraría ahí y tuviera planeado todo: ocultarse detrás del bar, lanzarte esa prenda ensangrentada y después huir. Maldita sea, ¿esa prenda pertenecía a Melissa?, ¿o es una víctima nueva? Asumes que el forense te dará la respuesta, eso o un cadáver nuevo que se descubra por la mañana.

Llegas a El Gato Amarillo y ves a los jóvenes tomando cerveza y jugando al billar, conversando y riendo. Claro, a esa edad, ¿qué tan consciente eras tú mismo de lo que sucedía a tu alrededor? Lo más seguro es que solo estén enfocados en emborracharse y divertirse un rato, conocer a personas nuevas, incluso… Por lo menos, la mayoría de ellos, ya que algunos otros piensan en cosas más… siniestras. ¿En qué momento se fue a la mierda el mundo? ¿Qué clase de monstruos vivirán junto a Andrea? Cuando iniciaste como policía, creías que sentirías tranquilidad al atrapar criminales. Sentir que estás limpiando la ciudad, pero la fantasía duró poco, porque, al estar en contacto diario con los criminales, has entendido que no importa a cuántos atrapes, siempre habrá otro debajo de la siguiente piedra.

Te subes a tu auto, que tiene una vista clara al callejón que a la parte trasera del bar. Justo antes de encenderlo, ves a una

persona caminando hacia allá. Aunque por la distancia y la oscuridad no puedes reconocerlo, su complexión no es de alguien joven. Intrigado, decides seguir al sujeto.

Entras al callejón y lo ves que se para en el mismo lugar en donde estaban Jonathan y Brian cuando llegaste. El hombre voltea hacia todos lados, como si estuviera buscando a alguien. Te ve venir entre las sombras y, confundiéndote con alguno de los jóvenes, camina hacia ti.

—¿Dónde está Gun? —pregunta molesto—. Escuché que…

Cuando te reconoce, abre los ojos, sorprendido de verte ahí. Tú también te asombras; a esta distancia es inconfundible, sabes quién es este sujeto.

—¡Dave Whittaker! —dices de manera firme—. Tienes muchas preguntas que responder.

CAPÍTULO 16

La inevitabilidad de las eventualidades

—Debo admitir, señor Whittaker, que de todas las personas que esperaba ver hoy, tú no eras una de ellas.

Tu voz resuena con una acústica particular por la falta de eco de la habitación. Una mesa de metal te separa de Dave Whittaker; están sentados frente a frente en sillas del mismo material. Él se mece y se frota las manos, nervioso. Tu edad se ha evidenciado más en estos días y te recuerda a diario que ya no tienes veinte años; sin embargo, agradeces no verte como Dave, que viste con una camisa de manga corta a cuadros fajada en un pantalón de mezclilla. A tu lado, sentada con los brazos cruzados y con cara de pocos amigos, está Diana.

—Es un malentendido, estaba buscando entrar al bar.

—¿Por detrás? —preguntas—. No es como si el lugar fuera tu novia de la preparatoria, señor Whittaker; dejemos de hacernos tontos, ¿te parece?

—Yo, ejem… me perdí —dice esquivándote la mirada, tú alzas una ceja—. Sí, me equivoqué y cuando me di cuenta de que la entrada no era ahí, te vi.

—Entiendo, y ¿es coincidencia que me hayas llamado Gun? ¿De dónde salió ese nombre?

—Yo… bueno, fue lo primero que se me vino a la mente, ¿sabes? Querer encajar con los jóvenes en el lugar, sé que tú me entiendes —responde con evidente nerviosismo.

—No, de hecho, no te entiendo, Dave, pero hay algo que me parece extraño —te recargas hacia delante y susurras—. Verás, resulta que hemos detenido a un sospechoso de feminicidio, un caso terrible que conoces muy bien, pues es el de tu hijastra… y esto es

en particular extraño: su nombre real es Carlos, pero en las calles lo conocen como… Gun —te recargas confiado y añades en tono normal—. Ahora, estoy seguro de que entiendes por qué esto me resulta extraño, y sé que debes tener una explicación razonable de por qué el padrastro de la víctima de feminicidio estaba buscando al presunto responsable agresor.

El hombre palidece y sus ojos se abren a más no poder.

—¿Qué? —pregunta, sorprendido—. Yo… yo no sabía, ¿de qué hablas? ¿Por qué no nos habían dicho?

Esbozas una sonrisa burlona.

—Le hicimos saber a Helena, Dave.

Él se encoge en su silla, con la boca entreabierta, procesando lo que le acabas de decir.

—¿Qué clase de padrastro actúa como si no sucediera nada cuando su hijastra es asesinada? —preguntas en tono acusador.

—No, no es así, yo no…

—¿Sabes qué creo? Que tienes algo que ver con lo que le sucedió a Melissa, que conspiraste con Gun para hacerle daño.

—¡¿Qué?! ¡Claro que no! —grita Dave, ofendido y asustado.

—¿No? Entonces, explícame qué hacías en El Gato Amarillo, ¿para qué buscabas a Gun?

—Mierda —dice Dave cubriéndose el rostro con las manos—. Hay… —baja las manos y te mira.

—No puede ser —interrumpe Diana de manera abrupta y señalando a Dave—. Tú eres cliente de Gun, ¿verdad? Le compras esos videos asquerosos de los que todos hablan.

Él los mira en silencio con la boca entreabierta.

—Sí —confiesa bajando la mirada—. Gun… él me vende esos videos.

El estómago se te revuelve, mientras sientes las manos calentarse al formar puños. Te das cuenta de que estás apretando los dientes.

—¿Qué videos, Dave? —preguntas con la mandíbula trabada.

—*Snuff* —dice rendido—. Son videos *snuff*… —aclara y rompe en llanto.

Le clavas la mirada entrecerrando los ojos.

—Entonces, ¿qué? ¿Descubriste que había un video de Melissa y lo quisiste comprar? —pregunta Diana.

—¡Claro que no! Yo no haría eso… No sabía.

—Tal vez si hubieras despegado tu atención de tu teléfono, sabrías más; al parecer no tienes idea de nada. A todo respondes con un "no sabía" —termina ella en un tono de molestia.

—¿Qué le pasó a Melissa? —preguntas con frialdad—. Confiesa, ¿qué le hiciste a tu hijastra, Dave?

Dave alza la cabeza y ya no puede contener el llanto.

—Yo… Tuve un altercado con Gun… Él me vendió un video, por una gran cantidad de dinero, pero… no era lo que prometió, así que fui con él y lo confronté, pero me insultó y me golpeó. Yo… —se limpia la nariz con la mano—. Le dije que iría con la policía… y eso no le gustó para nada. Me amenazó. Me dijo que no lo hiciera si sabía lo que me convenía.

—¿Y fuiste con la policía?

Él niega con la cabeza.

—¿Qué les iba a decir? —suspira—. Fui a la estación, pero no para acusar a nadie, solo entré a la recepción para que Gun y sus amigos me vieran ahí y se asustaran, pregunté algo muy tonto, no recuerdo qué, y después salí… no creí que…

—¿Asesinaron a tu hijastra y no nos dijiste nada de esto hasta ahora? —preguntas conteniendo tu enojo—. ¿Por qué?

—Si yo decía algo, mi esposa… ella se enteraría de todo y me dejaría en ese mismo instante. Además, cuando eres parte de esto… tú sabes, no quería problemas con nadie, ni con la policía ni con Carlos.

Diana ríe, incrédula, mientras tú te llevas la mano a la boca para calmarte antes de responder.

—Mierda… —dices al fin, recargándote en el respaldo de la silla—. Mira, Dave, no sé si creerte o no, pero si sabes algo que pueda ayudarnos con esto, ahora es el momento de decirlo todo. Por Melissa.

—Ya les dije todo… Fue ese cabrón de Gun. Él me amenazó, él me hizo daño. Incluso escuché que les ha dicho a todos en El

Gato Amarillo que él fue, pavoneándose como si… —forma un puño con su mano y lo pone frente a su boca—. ¡Deben arrestarlo!

Asientes con la cabeza.

—¿Dónde tienes guardados los videos que compraste?

—En mi computadora personal, es una laptop negra.

—Esto es lo que sucederá, Dave —le haces un gesto a Diana que entiende a la perfección y sale de la habitación—. Te vamos a arrestar por comprar esos videos; iremos a tu casa y buscaremos esa laptop que dices; mi compañera, Diana, vendrá con un formato de consentimiento de búsqueda; allí deberás escribir que consientes la búsqueda que estamos por hacer y escribirás al reverso la contraseña de la laptop.

—¿Arrestar? —pregunta con resignación. La mirada apagada y fija sobre la mesa frente a él—. ¿En serio?

—Comprar y tener ese tipo de material es un delito grave. Décadas, cuando menos —dejas que el silencio repose por un par de segundos frente a él—, pero si estás dispuesto a declarar, podríamos buscar una forma de reducir la sentencia un par de años.

Dave baja la mirada y aprieta los labios. Asiente con la cabeza

—Ese cabrón pagará por lo que le hizo a Mely. Se pudrirá en prisión —dice entre dientes.

—Déjanos hacer nuestro trabajo, Dave —respondes mientras Diana entra en la habitación sosteniendo una hoja y una pluma y le entrega ambas a Dave—. Escribe que nos das autorización para ingresar a tu casa y confiscar tu laptop, junto con la contraseña.

—Okey, okey —responde, resignado, y anota lo que le has pedido—. Está oculta dentro de mi oficina. Debajo del escritorio hay un compartimento; ahí podrán encontrarla.

Tomas la hoja de papel y te levantas; Diana te espera de pie junto a la puerta.

—¿Qué le dirán a mi esposa? —pregunta Dave con un tono de urgencia—. ¿Qué le dirán a Helena?

Lo miras sobre tu hombro y sales de la habitación sin decir una palabra. Diana te sigue y cierra la puerta detrás de ella.

—¿Puedes creerlo? —le preguntas a Diana, molesto—. Qué maldito mundo tan asqueroso.

—Es duro —responde ella—, pero no puedes tomarte personal el caso, David. Lo sabes.

Le clavas la mirada.

—¿Me lo estoy tomando personal? —dices intentando contener tu enojo—. No, Diana, solo soy una persona funcional que está presenciando uno de los actos más degenerados que ha visto la historia moderna.

Ella aprieta los labios.

—Hey, ¿estás bien? —pregunta ella.

Haces una pausa y suspiras. Con un hueco en el estómago, tratando de contener las palabras que nacen del fuego que sientes ahora mismo y amenaza con carcomer las entrañas. La furia. Justo como lo has hecho toda tu vida.

—Sí, estoy bien, solo fue… olvídalo, ya estoy bien. Vayamos por la computadora de Dave.

Al llegar a casa de Dave y Helena, notan que hay una patrulla apostada en frente y Edgar está parado en el jardín frontal.

—Detectives —los saluda Edgar haciendo un gesto con la mano—. No esperaba su llamada.

—Es bueno contar con su ayuda, oficial —respondes estrechando su mano.

—Es nuestro trabajo… Hueman, pero por favor, dime que todo esto es legal, no quiero tener que atender un reporte de abuso policial el día de mañana.

—Sí, todo legal —dices mostrándole el consentimiento firmado por Dave.

Edgar asiente, satisfecho.

—¿Qué buscamos? —pregunta mientras caminan hacia la puerta principal.

—Una laptop; es propiedad del señor Whittaker.

—¿Whittaker? ¿Qué no es el padrastro de la víctima más reciente?

Asientes con la cabeza.

—¿Por qué estamos aquí? —de repente abre mucho los ojos —. No me digas que él…

—No, no creo que haya sido él, pero tiene unos videos *snuff* en su computadora.

—¿¡Qué?! —pregunta, sorprendido—, ¿él?

—Sí.

—Qué hijo de perra tan enfermo —finaliza Edgar y te da una bolsa de evidencia para la computadora.

Llaman a la casa y abre Helena, confundida.

—¿Detectives? ¿Qué sucede? ¿Han encontrado algo acerca de mi Mely?

Aprietas los labios.

—Necesitamos una computadora que es propiedad de su esposo, señora Gauss. Aquí está el consentimiento de Dave —finalizas mostrándole la carta con su firma.

Ella lo mira frunciendo el ceño.

—No entiendo, ¿dónde está Dave?

—En la estación, señora. Está detenido.

Se alarma al escuchar esas palabras.

—¡¿Detenido?! ¿Por qué?

—Señora Gauss, mi compañera Diana le dará una explicación de lo que ha ocurrido. ¿Me podría decir en qué habitación guarda Dave su laptop?

Ella niega con la cabeza.

—No, no… tiene una computadora en su oficina, pero es de escritorio, no una laptop.

—Entiendo. ¿Sería tan amable de guiarme hacia la habitación en donde tiene su computadora?

Helena te guía hacia una puerta de madera cerrada. La abre y muestra un lugar ordenado. Una silla frente a un sencillo escritorio de madera debajo de un gran ventanal que da hacia el patio. Ella se marcha, preocupada, mientras tú revisas el lugar. Ves el escritorio del que habló Dave, buscas debajo y, tal y como dijo Dave, debajo de una de las patas del escritorio, un compartimento oculto en el suelo. Mueves el escritorio y abres el espacio; dentro encuentras la laptop negra.

En ese instante, sientes tu teléfono vibrar. Es un correo desde una dirección extraña con el asunto que dice "Un pequeño regalo;

diviértete”. Hay un archivo adjunto con el título “MR”. Un video. Presionas sobre él.

Bajas apresurado y dando tropezones en cada escalón. Movimientos erráticos, con una mano sobre tu boca. Sientes el palpitar de tu corazón sobre tu pecho; en la entrada principal, ves a Helena y Diana conversando.

—No puedo creerlo —dice Helena a Diana con la mirada destrozada—. ¿De verdad? Él… él no sería capaz. Debe ser un error.

—No hay error, Helena. Lo siento.

Pasas frente a ellas casi corriendo, dándoles un leve empujón.

—¿David? —te llama Diana, preocupada.

No puedes pensar en nada más; tu mente está en blanco y, al mismo tiempo, manchada de manera irreparable. En este momento, no escuchas nada más que los gritos agonizantes y súplicas de Melissa, los ruidos ahogados con su propia sangre y la risa. La maldita risa.

Sales de la casa, a duras penas te recargas en un árbol y vomitas.

—David, ¿qué pasó? —pregunta Diana, preocupada.

No respondes, no porque no quieres, sino porque ver ese video ha tenido un precio a pagar. Un pedazo de tu alma, corazón y mente. Se lo ha llevado para siempre. Escuchas todo como si lo estuvieras viendo en este momento. Los golpes, las cadenas, los gritos sordos, la risa, el motor. Y la mirada de Melissa… suplicante, bañada en lágrimas, sangre y terror absoluto. Se te revuelve el estómago, las ideas se arremolinan en tu cabeza, junto con las imágenes que acabas de ver. Incapaz de procesar lo que acabas de mirar.

Diana te toca el hombro y saltas.

—Mierda, David, ¿qué pasó? —pregunta Diana.

Quieres decir mil cosas, pero todas y cada una de ellas se atoran en tu garganta. Te asfixian.

Más tarde, cuando llegas a tu departamento, te recibe Andrea con una gran sonrisa. Caes de rodillas, la abrazas y rompes en llanto.

CAPÍTULO 17

Una chispa que provoca un incendio

Despiertas en tu cama de nuevo; el abanico de techo gira sobre ti, hipnotizándote. Dudas si todo lo que viste ayer fue real o una pesadilla, aunque, sin importar la respuesta, puedes sentir las cicatrices que te han dejado las imágenes que viste.

Respiras y, aún aletargado, te sientas al borde de tu cama, te cubres la cara con ambas manos. Casi no dormiste, ¿cómo podrías? Los gritos te persiguen, incluso en sueños.

Te levantas, te pones una camiseta y sales de tu habitación; ves a Andrea en la cocina, mezclando algo en un tazón con un delantal tan grande que arrastra la parte de abajo con el suelo.

—¿Qué haces, amor? —le preguntas tallándote un ojo.

Ella voltea sorprendida y sonríe al verte.

—¡Panqueques, papá! —dice emocionada y comienza a batir más rápido.

—Puedo verlo —te acercas a ella y le das un beso en la cabeza—. ¿Algún motivo en particular por el que estés haciendo panqueques?

Ella asiente con la cabeza.

—Ayer estabas triste, así que quise sorprenderte con esto para ponerte feliz —responde muy natural, sin dejar de batir. Después se detiene de manera abrupta y te mira con el ceño fruncido—. ¿Quién te golpeó, papá?

—¿Qué? ¿Esto? —preguntas señalándote el ojo—. Nadie me golpeó, me caí y me pegué.

Tu corazón se conmueve y te acercas a ella y la abrazas.

—Gracias, amor —le dices en un susurro antes de darle otro beso en la cabeza.

Le ayudas a verter la mezcla en un sartén caliente para hacer los panqueques. El desayuno te ayuda a que los pensamientos y alaridos que te persiguieron toda la noche desaparezcan.

Esa calma y la risa de tu pequeña mientras juegas con ella, piensas: "¿Por qué salir?, ¿por qué no quedarme aquí con ella?", pero sabes que solo te haces daño al pensar eso, tienes que salir; si no, ¿quién pagaría por la renta del departamento?, ¿la escuela de Andrea?, ¿la comida? La idea de quedarte en casa con tu hija es… utópica.

Poco después de comer los panqueques preparados por tu hija, llega la señora Nervis para quedarse con Andrea.

Te despides de tu pequeña, dándole un largo y profundo beso en la frente. Sabes que no tiene forma de dimensionar la ayuda que te ha dado, pero, aun así, se lo agradeces en silencio con ese gran beso. Sientes tu teléfono vibrar y solo suspiras al reconocer el número.

—Capitán Matadamas.

—¿Quién maldita sea crees que eres? —pregunta Matadamas, furioso—. Tengo al alcalde, a los medios de comunicación y a media ciudad encima por este asunto; por fin logramos apaciguarlos un poco. ¡¿Y tú vas y detienes a otra persona?! Debería despedirte en este momento.

—Señor, con todo respeto, Carlos Gun no es el culpable. Entiendo que necesiten cerrar este asunto lo más rápido posible, pero encarcelar a la primera persona que fue detenida es algo… deleznable.

—Escúchame bien, Hueman. El alcalde está muy interesado en hacernos ver como un departamento de policía eficiente. Que hacemos bien nuestro trabajo. El chico es culpable; lo ha señalado una testigo de manera directa y tiene fotografías en su teléfono. Deja de buscar fantasmas.

Chasqueas la lengua.

—Capitán, hay más que eso. Hay una red de comercio de videos *snuff*.

Un silencio brota en la llamada.

—Gun no es nada más que un dealer local; hay alguien más que graba esos videos, al parecer a petición de personas adineradas.

—No voy a seguir con esto, Hueman. Cierra esto. Ya tenemos al responsable detenido. Haz las paces con eso.

Sin permitirte contestar nada, Matadamas cuelga la llamada.

Sin pensarlo dos veces, conduces a la estación de policía. En la entrada hay una docena de personas con carteles encima, pidiendo justicia para Melissa, y algunos reporteros tomando fotografías. Entre gritos y personas enfurecidas, logras entrar y caminas hacia el guardia en turno; te identificas y él te acompaña para guiarte. Vas hasta donde se encuentran las celdas provisionales para aquellas personas acusadas, pero que esperan su juicio. Caminas hasta una en la que ves a una persona acostada bocarriba en el suelo, moviendo el pie de manera despreocupada. Al escucharte llegar, sube la cabeza para verte y suspira.

—¿Qué quieres? —pregunta Gun, molesto.

Sin responder, pides al guardia que abra la puerta y entras en su celda.

Él, confundido, intenta levantarse, pero lo tomas de la camisa y lo jalas hacia arriba con fuerza, forzándolo a ponerse en pie para después estrellarlo contra la pared.

—Detective, ¿qué hace? —pregunta el guardia detrás de ti, nervioso, pero sin entrometerse.

—Ayer vi a tu amigo, un tipo amigable, ¿sabes? Me dejó este regalo —dices señalándote la cara.

Gun ríe.

—Vaya, deben ser buenos amigos, ese cabrón no le da regalos a nadie —responde con cinismo.

—Sí, y tú me dirás dónde encontrarlo. Verás, quiero agradecerle el gesto en persona.

Gun frunce el ceño.

—¿Qué? —hace una pequeña pausa y después comienza a reír—. No me digas que se te escapó, detective.

Lo azotas contra la pared.

—¡Detective! —grita el guardia, alarmado por tu comportamiento.

—No estoy de humor para tus juegos, Gun, tú me dirás dónde encontrar a ese bastardo o te la pasarás toda tu vida encerrado en prisión.

Él chasquea la lengua.

—Por favor, perro, no puedes hacer eso, soy inocente. No hice nada.

—En verdad eres idiota —dices entre risas desesperadas—. Hay testigos que dicen haberte escuchado confesar que tienes un video de Melisa. ¿Necesitas que te explique cómo se ven las cosas para ti? Soy el único que piensa que en verdad no lo hiciste, imbécil, pero sería muchísimo más fácil encerrarte y terminar con todo esto de una buena vez. Darle un cierre a la familia.

Él abre los ojos, sorprendido.

—Pero… pero eso es ilegal, no puedes inculparme así sin más.

Ríes con cinismo.

—Tú no tienes idea de lo que es legal y de lo que no. Aunque tu abogado te asegure otra cosa, podemos dejarte en esta prisión por más tiempo, antes de moverte al penal de máxima seguridad y, créeme, no es un lugar al que quieras visitar… un pequeño cuarto con una potente luz blanca encendida. Perderás el sentido del tiempo, tu paladar se acostumbrará a la comida de porquería y estarás en soledad. Los únicos momentos en los que no estés solo serán cuando abusen de ti los guardias y los otros reos. Y pasarás ahí el resto de tu miserable vida y ni siquiera podrás terminarla tú mismo, ya que se aseguran de que eso no suceda… Estarás arruinado por completo, Gun, soy tu única opción aquí, pero eres demasiado idiota como para darte cuenta —dices la última frase en voz baja y lo sueltas.

Él te mira, con una expresión de sorpresa y temor.

—Entonces, dime, ¿qué eliges? ¿Me vas a ayudar a atrapar al verdadero responsable?, ¿o prefieres que la culpa caiga sobre ti y perder tu vida por eso?

Él te observa sin responder, con el miedo invadiendo su mirada.

—Mira, no… no sé dónde encontrarlo.

—Mentira, cabrón, ¿cómo es entonces que hacen este esquema para vender los videos que tienen? En algún momento lo tienes que ver para que te entregue el material.

—¿Tú… sabes de los videos?

—No quieras verme la cara de idiota. Lo sé todo; Dave Whittaker confesó todo. Lo atrapamos detrás de El Gato Amarillo la misma noche que me encontré a nuestro amigo.

Gun aprieta con fuerza los labios, furioso.

—Si ya confesó, ¿qué quieres de mí?

—Lo que te he dicho desde el inicio… quiero saber quién es el verdadero responsable. Quiero saber quién lastimó a Melissa y a tantas otras. Quiero regresarle el regalo que me dejó en la cara.

—¿Melissa? ¿La hija de Dave? —pregunta Gun.

Frunces el ceño, extrañado por su comentario.

—Sí… el cuerpo que encontramos en el edificio Longwood.

Gun no responde. Aprieta los puños, y la tristeza en sus ojos se mezcla con una amarga culpa. Lo acorralas con tu voz baja y venenosa.

—No te hagas el sentimental, Gun. Tú la viste. ¿Crees que esto es un juego?

—¡Claro que no! —responde Gun con voz ronca y el rostro retorcido en una mueca de dolor. Su mirada, llena de un profundo arrepentimiento, se desvía como si la imagen de Melissa fuera demasiado insoportable. —¿Crees que me divierto con estas mierdas?… No tenía idea… No pensé que fuera capaz de hacer algo así.

—No me vengas con excusas, Gun. Tú eres parte de esto. Dave amenazó con delatarte, así que te encargaste de enviarle un mensaje, ¿eh? Lo que no entiendo es por qué dejarlo vivo a él…

Gun cierra los ojos y un temblor recorre su cuerpo. Entre el miedo y el remordimiento por lo que sabe, el conflicto es palpable.

—Él… No entiendes… No entiendes en absoluto. Yo no quería que le hicieran daño a nadie. Pero si no le dejaba saber de su amenaza… Si el imbécil de Dave iba en verdad con la policía y decía todo… Lo que él me haría… —su voz se quiebra en un susurro desesperado. —Pero, maldita sea, juro que no quería nada de eso.

No soy como él. Necesitaba el dinero, mierda, aún ahora, pero ya no tengo cómo salir. Si te ayudo… me matará. Si hablo, se enterará y me matará. Si me descubren, lo perderé todo… no puedo.

—¿Por qué dejó vivir a Dave, Gun? —preguntas con frialdad.

—Es de los mejores clientes de la región. El muy bastardo compra cada video nuevo.

—¿Me vas a decir que compró el video de su propia hijastra?

—¿De Melissa? No, perro, debe ser un error, no hay video de ella. Yo no he editado un video de ella. Debes estar confundido.

—¿Confundido dices? —respondes mientras sientes burbujear la rabia dentro de ti al recordar la mirada de Melissa en el video, los sonidos y, sobre todo, la risa—. Yo vi todo el atroz video, vi su rostro, escuché sus gritos durante los malditos seis minutos con treinta y cuatro segundos, ¿y tú me dices que estoy confundido?

—Hombre, si es real, lo debe de haber editado Marco.

—¿Marco? ¿Ese es el nombre del tipo con el tatuaje?

Él asiente.

—Sí, perro, pero el cabrón es muy desconfiado, no lo vendería a nadie.

—Entonces, dime, ¿por qué es que me envió el video por un correo?

Él piensa por un par de segundos.

—¿Te lo mandó? Mierda, no tengo idea por qué haría eso, es un hijo de perra muy inteligente, ¿me entiendes? Si lo hizo, es porque sabía que se saldría con la suya.

—Pero ¿por qué hacerle daño a ella? ¿No sería más fácil matarlo a él y ya? Así aseguraba su silencio.

—Yo qué sé, perro, te digo lo que sé… además, tú eres el detective, dime tú.

Suspiras.

—Sea como sea, me vas a llevar con él.

Él niega con la cabeza.

—Nah, hombre, ese cabrón es peligroso. Si llegara siquiera a oler que intento traicionarlo, no dudaría dos veces en hacer un video conmigo, eso sí te digo.

—Hablas como si tuvieras opción, perro —terminas poniendo énfasis en la palabra perro—. De hecho, sí la tienes; puedes hacer esto o irte a prisión por el resto de tu vida.

—¡Jódete! Me estás pidiendo que me suicide, cabrón de mierda. No soy una puta rata. Prefiero pudrirme en la cárcel.

Te acercas a él, lo coges de nuevo por la camisa y lo lanzas contra la pared.

—¿Crees que esto es un puto juego? Ese cabrón me lanzó una prenda ensangrentada; es probable que sea de una nueva víctima. Hay personas sufriendo por este cabrón y tú estás aquí lloriqueando porque no quieres ser una rata. Arrastrándote por el suelo diciendo que eres una víctima en todo esto… Si es verdad lo que dices, tienes una oportunidad única de redimirte.

Él te mira en silencio.

—Bien, si así lo quieres… —o sueltas de manera abrupta y te volteas para salir de la celda—. Púdrete en prisión entonces.

Sales y justo cuando el guardia está a punto de cerrar la puerta, escuchas la voz de Gun.

—¡Espera!

Te detienes y volteas para mirarlo; él se acerca a los barrotes que los separan.

—Si hago esto —pregunta Gun, nervioso—, ¿quedaré libre?

Te encoges de hombros.

—No… pero podrás dormir con la conciencia más ligera.

Aprieta los puños en un arrebato de ansiedad.

—¡Tienes que encerrarlo! No puedes fallar… si lo haces estaré jodido.

Lo miras en silencio y dejas que se desahogue.

Él asiente con la cabeza mientras se muerde los labios.

—Todas las semanas, Marco va al edificio abandonado por las vías del tren; no sé bien qué haga ahí, pero siempre va. Mañana podrás encontrarlo ahí.

Asientes con la cabeza, satisfecho por haber conseguido, por fin, una forma de acercarte a él.

CAPÍTULO 18

El camino por seguir

Sentado en tu auto con un cigarro en la mano y mirando hacia la distancia, no puedes evitar preguntarte si esta es la opción correcta. Confiar en un drogadicto para resolver un caso nunca ha sido tu estilo, pero circunstancias extremas ameritan acciones extremas. Coges tu celular para llamar a Diana, pero te manda directo a buzón. Frustrado, guardas tu teléfono en el bolsillo de tu chaqueta.

De pronto, un sonido te sobresalta.

—¿Todos listos? —pregunta Edgar a través de la radio.

Escuchas varias voces que no reconoces afirmando.

—Listo —confirmas por la radio y volteas a ver unos departamentos viejos, vandalizados y descuidados. De no ser por las personas dormidas por los alrededores, asumirías que el edificio está abandonado.

—Qué pocilga —escuchas decir a Edgar—, ¿quién puede vivir aquí?

—Está claro que no has visitado la casa de Gómez —dice alguien más—. Esto parece un palacio en comparación.

—Cállate —le responde quien solo puedes asumir que es Gómez.

—Silencio —dices por la radio—. Pongan atención, el sujeto no debe tardar en llegar.

Escuchas a Edgar soltar una risilla burlona.

—Si es que tu "amigo" no ha jugado contigo, Hueman.

—Confiamos en ese drogadicto porque es la única conexión que tenemos con el tipo del tatuaje de chef —respondes con firmeza.

Miras de nuevo hacia el edificio. Nadie camina por la banqueta, no hay autos circulando, solo los descuidados árboles de los alrededores y la maleza que crece en las banquetas y en las grietas del edificio.

—Veo al sujeto —dice una voz por el radio.

Volteas rápido para buscarlo, pero no lo ves.

—¿Dónde? —pregunta Edgar.

—Detrás del edificio, va caminando hacia la entrada principal.

Y, justo cuando el agente termina de hablar, puedes ver la silueta del tipo que perseguiste y te golpeó caminando hacia la entrada principal.

Tu instinto inicial es salir corriendo tras él, pero lo resistes. Sabes que es mejor si entra al edificio y entonces lo atrapan como a una rata. Sin salida.

—Tú da la señal, Hueman, después de todo, es tu sujeto —dice Edgar por la radio poco después de verlo entrar al edificio.

Tu respiración se agita y sientes el latir de tu corazón. Sabes que esta puede ser la última oportunidad que tienes para atrapar a este tipo y hacerlo pagar por todo.

En contra de todos tus instintos, no das la orden de inmediato; esperas durante lo que sientes que son horas, pero en realidad solo son un par de minutos. Una gota de sudor frío recorre tu espalda y tu respiración se siente pesada.

—Vamos —dices al fin por la radio, abres la puerta de tu auto y caminas deprisa hasta la puerta con tu arma en las manos.

Entran al edificio; es increíble que sea más feo por dentro que por fuera. Plantas muertas en macetas viejas y rotas en la entrada, en el pasillo una persona desmayada con una jeringa en el brazo y un olor a podrido que es imposible ignorar.

No hay una puerta principal; en su lugar, una cortina caída, detenida del marco donde alguna vez estuvo la puerta, intenta dar la ilusión de privacidad.

Subes por las escaleras sin barandal; hay agujeros enormes en las paredes destrozadas. Parece una zona de guerra. Llegas al segundo piso, el último al cual es posible subir: ya no existen las escaleras que llevan más arriba. Caminas apuntando con tu arma

por el único pasillo, hasta que por fin logras ver una puerta de madera blanca vieja entreabierta; del otro lado, escuchas algunos ruidos. Te colocas en la pared junto a la puerta, con tu espalda y cabeza recargadas contra ella. Te preparas para el momento.

Das un profundo suspiro, giras rápido y empujas la puerta con fuerza para abrirla de par en par.

—¡Quieto! ¡Policía! —gritas apuntando el arma hacia dentro de la habitación.

Ves como una figura se levanta con rapidez del sillón, a todas luces sorprendido.

—¡Se acabó, Marco! —gritas—. ¡Levanta las manos y tírate al suelo!

Él se queda quieto un momento, lo suficiente para que puedas ver algunas de sus facciones. Su piel es un poco oscura y el cabello, revuelto, de color negro.

De repente, esboza una sonrisa confiada.

—No intentes nada, estúpido niño —le ordenas con seriedad.

En ese momento, Edgar y otros dos agentes entran a la habitación apuntándole con sus armas.

Marco sonríe, confiado, y alza los brazos frente a él, haciendo un ademán para que lo esposes.

Confundido, te acercas con cautela, aun con el arma desenfundada; alcanzas las esposas que traes en tu pantalón. Cuando te acercas, te das cuenta de que es un niño. No puede tener más de veinte años, igual que los demás.

—¿Qué? ¿No vas a intentar huir esta vez? —preguntas en un intento de provocación al esposarlo, pero él solo te mira en silencio desafiante. Notas que tiene un tatuaje peculiar en su antebrazo, a la altura del doblez del codo. Un sombrero de chef.

Lo coges por el brazo y caminas junto a él hasta salir del edificio. Marco no dice palabra alguna.

Lo subes a la parte trasera de una patrulla y cierras la puerta.

—¿Qué carajos? —pregunta Edgar en voz baja, acercándose a ti—. Lo atrapamos metido en medio de todo esto, ¿y el cabrón sonríe?

—Lo sé, es extraño, debe creer que sigue teniendo todo bajo control.

—Eso o es un genio del crimen —dice un policía que no conoces.

—¿Genio del crimen? —pregunta Edgar con el ceño fruncido —, ¿de qué mierda hablas, Gómez?

—Sí, lo vi en televisión, hay algunas personas que son como genios del mal, así les dicen en ese programa… ejem… —el tipo se rasca la barbilla, pensativo—, no recuerdo su nombre.

—¿Cerebros malignos? —responde Edgar sin cambiar el semblante.

El rostro del oficial se ilumina.

—¡Sí! Ese mismo. ¿Tú también lo ves, jefe?

—Deja de hacernos perder el tiempo y continúen revisando el lugar, busquen drogas, armas, computadoras, memorias extraíbles… lo que sea que podamos usar en su contra para ponerlo en prisión —grita Edgar.

Se gira para mirarte, te jala del brazo con amabilidad y te aleja de la patrulla.

—Sé que es tu caso y no debería meterme, pero huelo algo raro en todo esto. Hueman, algo no encaja del todo bien.

—Maldita sea —respondes—. Es casi como si ya esperara esto.

—Sí… casi como si tu amigo hubiera dado un pitazo, ¿no crees?

¿Será posible? ¿Cómo pudo informar a Marco sobre esta redada?

—Llévenlo a la estación —dices y miras a Edgar—. No importa si ya lo esperaba, lo tenemos y le sacaremos toda la información que podamos.

Edgar se voltea y le da una señal al oficial que maneja el auto de policía donde está Marco.

Con la sensación de que algo no está bien, suspiras satisfecho de haber logrado dar un paso en la dirección correcta.

CAPÍTULO 19

Didascalias

—Marco, podemos hacer esto por las buenas o por las malas, tú decides —le dices al muchacho que está sentado y esposado frente a ti—. ¿Por qué lastimaste a Melissa?

Él te mira sin emoción alguna, como si fuera un robot, sin responder nada en absoluto.

—No tienes muchas ganas de conversar, ¿eh? —dices recargándote en tu silla—. Entiendo que estés en *shock*; después de todo, debe ser difícil entender que todo terminó, que no tienes escapatoria y que, por fin, tendrás que responder por todo lo que has hecho… Debe ser mucho que asimilar, ¿no?

No hay respuesta.

—Vaya… Mira, lo que menos quiero es hacerte perder el tiempo; solo tengo un par de preguntas que quisiera que me respondieras. La verdad es que no entiendo cómo un niño como tú comete actos tan… terribles y encuentra diversión en ello. Recibí el video que me mandaste. Por cierto, lo recibí justo cuando estaba confiscando la computadora del señor Whittaker, uno de tus mejores clientes. Tenía en su posesión ocho videos tuyos, increíble, ¿no crees? Deberías enviarle una tarjeta de agradecimiento por su lealtad como cliente.

—¿Video? ¿De qué hablas? —responde Marco, con una evidente sorpresa fingida.

—El que me enviaste por correo.

—De verdad que no tengo idea de qué me estás hablando; seguro me estás confundiendo con otra persona.

Ríes incrédulo.

—No tiene sentido seguir fingiendo, Marco, ya te he dicho que se acabó, no tienes a dónde huir; mejor coopera con nosotros y veremos que te traten bien en prisión.

Él suelta una risita en un suspiro y niega con la cabeza.

—¿Qué es tan gracioso? —le preguntas con seriedad.

—Bueno —Marco se inclina hacia delante—. Hay un asesino suelto en la ciudad que, al parecer, graba videos terribles con sus víctimas y tú, bueno —se vuelve a recargar en el respaldo de su silla —, estás perdiendo el tiempo hablando conmigo, un estudiante de universidad.

—Un estudiante al que sorprendimos recibiendo un pago por parte de Gun por la venta de videos *snuff*.

Marco parpadea en repetidas ocasiones, disimulando su asombro, pues no esperaba esas palabras. Pero pronto cambia el semblante.

—¿Gun? Qué nombre tan curioso. ¿Y cuál pago? Detective, lo invito a revisar mi cuenta bancaria; ahí se podrá dar cuenta de que, si alguien me hubiera hecho algún pago, mi cuenta no tendría ese saldo.

Te acercas a la mesa de la sala de interrogatorio y pones tus manos abiertas sobre ella.

—Ya te dije que no tiene sentido seguir mintiendo, Marco. Estabas ahí para recolectar el dinero que Gun te deja cada semana, tu parte de la venta de esos videos *snuff*.

—¿Qué es un video *snuff*? Lo siento, detective, pero no sé de qué está hablando. Le pido una disculpa.

Azotas tus manos en la mesa metálica.

—¡Maldita sea, Marco! ¡Se acabó! ¡Entiéndelo! Tu socio, Gun, te traicionó. Sabemos que Dave Whittaker amenazó con ir a la policía. Te regaló a nosotros. ¿Cómo crees que sabíamos que estarías en ese edificio? Nos ha contado todo. No tiene sentido seguir con esta farsa, así que hazte a ti mismo un favor y coopera conmigo. Sabemos que le hiciste daño a Melissa.

Marco te mira en silencio mientras esboza una pequeña sonrisa.

—Detective, lo último que quisiera es hacerle perder su valioso tiempo, pero está cometiendo una equivocación. Yo no soy quien cree y no estoy involucrado en eso que dice.

—Ah, ¿no? Explícame, entonces, ¿qué hacía un estudiante de universidad en un edificio que es un foco de infecciones y drogas? No es un destino que frecuenten los jóvenes, como, digamos, El Gato Amarillo, ¿cierto?

—Ese es mi lugar para pensar y estudiar tranquilo —responde Marco calmado.

No puedes evitar que una sonora carcajada se te escape.

—¿Estudiar?, ¿en serio? ¿Recorres toda la ciudad solo para estudiar?

—Bueno, estoy dedicado por completo a mis estudios.

—Sí, bueno, a eso y a lastimar mujeres, ¿no? —respondes para provocarlo.

Marco, de nuevo, decide no responder y se queda en silencio, con la espalda recargada en la silla y de brazos cruzados. Con una incipiente sonrisa de satisfacción en su rostro. Un gesto que te hace enfurecer, pero no puedes mostrarle tu enojo; significaría darle el control de la situación. A un maldito niño de veinte años.

—Sabes, Marco, creo que iré por un café, ¿quieres uno? O tal vez tengas hambre, ¿quieres algo para comer?

Él se limita a mirarte en silencio.

—Excelente, eso creí. Regreso en breve.

Al levantarte, sientes la tensión acumulada en tus hombros. Caminas despacio hacia la puerta, sin quitarle la mirada de encima. Su silencio confiado es una burla, un desafío silencioso que te crispa los nervios. Cierras la puerta detrás de ti.

Te diriges a la pequeña sala de descanso. La cafetera burbujea a todo volumen, un sonido que contrasta con el silencio tenso de la sala de interrogatorios. Sirves un vaso de café negro; el aroma amargo te ayuda a centrarte. Te coges el entrecejo y das un profundo suspiro antes de regresar. Coges una botella de agua.

Regresas a la sala de interrogatorios con el vasito desechable humeante en la mano. Marco sigue en la misma posición, la sonrisa

apenas perceptible en sus labios. Dejas el vaso sobre la mesa; el sonido seco rompe el silencio.

—¿Sabes, Marco? —dices, tu voz ahora más tranquila, casi casual mientras colocas la botella de agua frente a él—. Estaba pensando en Gun. En lo arrepentido que parecía. Dijo que te apreciaba, que eran como hermanos. Es una lástima que esa hermandad no haya sido suficiente para evitar que te señalara de manera directa.

Te acercas a la mesa y te inclinas un poco, apoyando las manos sobre ella.

—También pensé en las chicas, en el miedo en sus ojos… en el dolor que les causaste.

Haces una pausa, dándole espacio para responder, pero su silencio persiste.

—¿Sabes qué, Marco? —tu voz comienza a elevarse poco a poco—. Pensé que eras más listo. Que al menos tendrías la decencia de afrontar tus actos. Pero veo que solo eres un cobarde.

Él parpadea despacio, sin inmutarse.

—¿Cobarde? —repite con un tono plano, casi aburrido.

—Sí, cobarde —insistes, acercándote a su rostro—. Te escondes en ese cuchitril, en donde lastimas a mujeres inocentes, que tenían toda una vida por delante, ¿y te atreves a llamarlo tu lugar para pensar? ¡Patético!

Su mandíbula se tensa apenas, pero aún no hay una reacción significativa.

—¿Sabes qué más es patético, Marco? —la rabia comienza a nublar tu juicio—. Que alguien como tú, con la vida por delante, elija este camino de mierda. ¿Tus padres saben en qué te has convertido? ¿Saben que su "dedicado estudiante" es un…? —te detienes al ver el cambio en sus ojos. La sonrisa se desvanece y es reemplazada por una furia helada. Aprieta sus puños sobre sus muslos, y sus nudillos se ponen blancos.

—No menciones a mi familia —masculla, su voz está ahora cargada de una amenaza contenida que te hiela la sangre.

Ahí está. La grieta en su fachada. Tocaste un nervio sensible. Una sonrisa triunfal quiere dibujarse en tus labios. La paciencia se

ha agotado, pero la provocación parece haber dado resultado.

—¿Tu familia? Quienes seguro creen que estás en la biblioteca hasta tarde, estudiando para ser alguien en la vida. ¿Se imaginan que su "niño prodigio" es el animal que estamos buscando?

—¡Cállate! —grita Marco de pronto.

No lo puedes seguir conteniendo. Una sonrisa de satisfacción agrieta la máscara que portas. Sabes que de un momento a otro se tropezará y dirá algo que lo incrimine. El sentimiento ha invadido su mente y, ahora, tú tienes la ventaja. Tienes el control de esta conversación. Ahí está la reacción que buscabas. La verdad, furiosa y a punto de explotar.

—¿Qué sucede, Marco? ¿Te da miedo que sepan la clase de…?

A punto de terminar tu pregunta, el sonido de la puerta abriéndose de manera abrupta te interrumpe y te obliga a girar la mirada hacia allá. Es Edgar, con cara de preocupación.

—Detective Hueman, por favor, venga conmigo. Tenemos que hablar.

Frunces el ceño y, sin responderle, te levantas y caminas hacia la puerta. Edgar la cierra detrás de ti.

—Hueman, tenemos un problema —dice Edgar en tono de alarma—. Acabo de recibir una llamada del capitán Matadamas. Ordena la liberación inmediata de Marco.

Tu mandíbula se tensa.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Pero si estábamos a punto de…

Edgar niega con la cabeza, incrédulo.

—Está furioso, Hueman. Amenazó con despedirnos, a ti y a mí… Quiere verte en su oficina de inmediato.

—¿Desde cuándo le interesa a ese cabrón alguien detenido? Nunca le ha interesado, ¿y de pronto, por arte de magia, le interesa liberar a este?

—No sé qué esperas que te responda, Hueman. Dio una instrucción y no la podemos desobedecer.

—Mierda, Edgar —le dices en voz baja en tono de súplica, acercándote a él—. Estoy tan cerca de hacerlo confesar, solo

necesito un par de minutos. Dile al mamón de Matadamas cualquier cosa, que no pudiste decirme antes de que lo hiciera confesar, o algo.

—Lo siento —responde Edgar mientras se da la media vuelta y abre la puerta de la habitación donde está Marco.

Suspiras resignado y entras detrás de Edgar, quedándote detrás de la ventana de la sala de interrogatorio, cruzando los brazos.

Miras a Marco. Su respiración es agitada, pero en sus ojos comenzaba a brillar una mezcla de sorpresa y una incipiente satisfacción. Era como si una soga invisible que lo estrangulaba se hubiera aflojado de repente.

—Puedes irte, Marco. —dices resignado.

Dirige su mirada satisfecha hacia ti a través de la ventana unidireccional, como si pudiera verte a través de ella.

La frustración te golpea como un puñetazo. Sientes cómo la verdad se te escapa de entre los dedos por una interferencia inexplicable. Lo observas en silencio, tu mente trabajando a mil por hora. ¿Quién estaba moviendo los hilos? ¿Por qué esta repentina intervención?

Marco se levanta, estira los brazos con una falsa sensación de alivio. Y esta vez la pequeña sonrisa que esboza no es de confianza, sino de victoria.

Sin decir nada más, Edgar lo escolta hacia la puerta. Los ves alejarse, dejando tras de sí un silencio cargado de preguntas sin respuesta y una rabia fría que te recorre las venas.

Caminas a la oficina de Matadamas, decidido a averiguar qué ocurre y llegar al fondo de todo, pero algo sucede: tus piernas se sienten pesadas, como si tuvieras encadenadas a ellas dos grandes y pesadas rocas. El tiempo pareciera transcurrir más lento, y logras escuchar, a la distancia, el sonido de gotas de agua cayendo al suelo en un ritmo muy determinado, una por cada segundo que transcurre, cual reloj.

Te apoyas sobre la pared, intentas recuperar el equilibrio y las fuerzas para mantenerte en pie, pero es muy difícil; cada segundo que pasa, tu cuerpo se siente más y más pesado. Miras a los policías

a tu alrededor y ninguno pareciera darse cuenta de que algo te está ocurriendo. Con la mirada borrosa, ves a la distancia la figura de Marco que camina hacia afuera de la estación escoltado por Edgar.

Tu vista se nubla, sientes el corazón palpitar con fuerza, hasta que, de pronto, todo se torna completamente negro.

Escuchas tu propia respiración y nada más. Silencio absoluto y una oscuridad tan profunda que sientes que la podrías palpar con tus manos.

"¿De nuevo aquí?", piensas. Esperas escuchar aquella voz que siempre llega cuando tienes estos… ¿lapsus?, ¿sueños? Difícil decirlo, pero, en esta ocasión, al parecer, no hay voz.

—¿Hola? —preguntas, temeroso.

No hay respuesta. Tus palabras suenan con un eco amplio y profundo, como si estuvieras hablando en una gran habitación vacía.

Esfuerzas la vista, tratas de enfocar un punto en el vacío, quizá tus ojos se acostumbren a la oscuridad y puedas ver algo, lo que sea. Pero el tiempo pasa y no lo logras; solo hay una espesa y absoluta oscuridad que te envuelve.

—¿Te arrepientes de esto? —pregunta de manera súbita la voz detrás de ti.

—¿De qué hablas? ¿Arrepentirme de qué?

—De haber dejado ir a Marco, claro —replica la voz, como si la respuesta fuera lo más obvio.

—¿Qué? No… No, fue una orden directa de Matadamas, no había nada que pudiera hacer para mantenerlo ahí.

La voz calla.

—No encontramos nada en ese edificio… la única evidencia que tenemos es lo dicho por un drogadicto que lo pone justo en el centro del crimen, pero, por favor, nadie le creería en un tribunal. No tenemos nada contra él.

—El video —dice la voz con firmeza—. Debes poner más atención.

—¿El video? —preguntas sorprendido—. ¿Te refieres al video de Melissa?

La voz vuelve a callar.

—Te queda poco tiempo, detective Hueman. Hazlo valer.

De nuevo, una luz frente a ti comienza a hacerse más y más grande hasta que te ciega por completo.

CAPÍTULO 20
Ídem

Abres los ojos y otra vez el abanico de techo girando sobre ti y la tenue luz que se filtra por la ventana a través de las finas grietas de las cortinas que intentan cubrirla. Señal del inicio de un nuevo día. Te levantas y suspiras, cansado de sufrir de estos episodios. Vas al baño y te lavas la cara. Miras en el espejo cómo el agua fría recorre tu cara y las gotas rebotan, algunas en tus manos apoyadas contra el lavabo y otras en el suelo. Notas las profundas y oscuras ojeras debajo de tus ojos, las arrugas que parecieran estar más pronunciadas que antes y tu cabello revuelto con tintes de gris. Te sientes cansado, más de lo que nunca habías estado. "¿Cuánto tiempo ha pasado?", piensas.

Sin prisa, caminas a la mesa de noche y coges tu teléfono. Lo enciendes. Hace una semana del incidente de Marco. No puedes creerlo; apenas unos momentos estabas hablando con él. Con Edgar y todos.

De pronto, un pensamiento punza tu cabeza con urgencia: "¿Dónde está Andrea?". Te diriges apurado a su recámara, abres la puerta y descubres que su cama está destendida y vacía. Buscas debajo de la cama, atrás de las cortinas, mueves todos los juguetes dejando un desastre en su habitación… No está.

El pánico comienza a apoderarse de ti, acelera tu pulso y tu respiración.

—¡Andrea! —gritas desesperado—. ¡Andrea!

De pronto, el sonido del baño se escucha desde la sala del apartamento. Sales apresurado, pero te tropiezas con uno de los mismos juguetes que tiraste y caes con un estruendoso golpe.

Desde ahí, alzas la cabeza y ves la puerta del baño abrirse. Andrea sale confundida y asustada.

—¿Papá? ¿Qué pasa?

Un alivio inconmensurable recorre tu cuerpo y suspiras. Te levantas con mucho esfuerzo y gruñendo de dolor, corres hasta ella y le das un abrazo.

—Me estás asustando —dice Andrea en una voz de seda.

—Perdón, amor —dices sin soltarla de tu abrazo—. No pasa nada, solo… solo tuve una pesadilla.

—¿De esas malas? —pregunta ella.

—De esas malas.

—Está bien, papi, todo está bien —dice—. Lo bueno es que ya salió el sol, entonces no tendrás que estar a oscuras con miedo.

Una pequeña sonrisa temblorosa se dibuja en tus labios. Su dulzura es un bálsamo en medio de la confusión y el miedo que aún te atenazan.

—Sí… tienes razón, mi niña. El sol… siempre vuelve, ¿verdad? —tu voz suena un poco insegura, como si necesitaras reafirmar esa verdad simple.

Ella se acerca un poco más; su pequeña mano cálida se posa con suavidad sobre la tuya.

—Siempre, papi. Y yo estoy aquí contigo. No tienes nada que temer.

Sus palabras, aunque sencillas, tienen un peso enorme. En ese momento, su presencia es tu ancla, la luz que disipa las sombras que danzan en los rincones de tu mente. El miedo no desaparece por completo, pero su agarre se afloja y se reemplaza poco a poco por una sensación incipiente de seguridad, frágil, pero real.

—Gracias, mi amor —logras decir y aprietas su mano con suavidad—. Supongo que un poco de sol siempre ayuda a espantar a los monstruos, ¿no crees?

Ella asiente con una seriedad adorable.

—A los monstruos no les gusta el sol. Se esconden en la oscuridad. Y ahora no hay oscuridad.

—Eres muy sabia, ¿sabes? —dices, sintiendo una oleada de cariño y gratitud hacia ella—. Mucho más que yo a tu edad.

Su sonrisa brillante ilumina su rostro y, por un momento, disipa por completo las sombras en la habitación.

—Solo digo la verdad, papi. Ahora, ¿desayunamos? Tengo mucha hambre.

La idea de algo tan normal y cotidiano como el desayuno es un alivio. Una señal de que la vida, a pesar del miedo y la confusión, sigue adelante.

—Sí, mi amor. Vamos a desayunar. Y gracias… por recordarme que el sol siempre vuelve.

Tomas tu teléfono y llamas a Diana.

—Diana, ¿lograste encontrar algo sobre Marco?

—¿David? ¿Estás bien? —pregunta ella preocupada, después de un breve silencio.

—Claro que estoy bien, ¿qué es esa pregunta? ¿Qué pasa con Marco?

Ella se aclara la garganta.

—David, sabes que no tengo permitido discutir eso contigo —responde en un tono algo triste.

—¿De qué hablas? Soy el detective a cargo del caso; si no puedes hablar de eso conmigo, ¿con quién sí?

De nuevo, un silencio sigue a tu pregunta.

Diana suspira.

—Sé que esto debe ser difícil, pero es momento de aceptarlo. Tus acciones tuvieron una consecuencia, aun cuando tus intenciones hayan sido buenas.

—¿De qué hablas? —tu corazón comienza a acelerarse.

—David… ¿Estás bien? No es normal que no recuerdes…

—Maldita sea, Diana, solo dime qué sucede —la interrumpes en un arrebato de enojo.

—¡Matadamas te despidió, David! ¡¿Cómo no recuerdas eso?! —responde—. El día en que detuviste a Marco, él… te despidió.

—¿Qué? —preguntas, confundido— Eso… yo no…

—Entiendo que es difícil, David. Pero estoy segura de que, una vez se resuelva todo este asunto y Gun esté de manera oficial tras las rejas de por vida, podrás hablar con Matadamas para recuperar tu empleo.

Escuchas las palabras de Diana resonar en tu teléfono y, aunque entiendes bien, no te hacen ningún sentido. ¿Cómo es posible lo que dice? Debe ser mentira… Pero el lapsus, justo en ese momento. Cierras los ojos, desesperado, para intentar encontrarle el sentido a lo que está sucediendo, y respiras hondo.

—Mierda —susurras al teléfono—. Esto es… —suspiras—. Diana, ¿por lo menos me dirás qué pasará con Marco y Gun?

—Ya han fijado fecha para la audiencia.

—¿Audiencia? ¿Atraparon a Marco también?

—¿Qué? —pregunta ella confundida—. No. La audiencia es de Carlos, ¿recuerdas? El tipo que arrestamos por la venta de esos videos *snuff*.

—¿Y qué pasó con Marco?

Diana se toma un par de segundos para responder.

—¿Sigues con eso? —contesta en un suspiro—. Mira, ya te lo hemos explicado antes, no tenemos pruebas para ir contra él. De hecho, ni siquiera hay indicios contra él. Está limpio.

—¿De qué hablas? —respondes en un tono de completa indignación—. ¿Y qué hay del dinero que tomaba de Gun? ¿Qué pasó con el hecho de que huyó de mí y me golpeó en la cara? ¿Qué pasa con esa prenda manchada en sangre que nos lanzó esa noche? ¿No crees que son indicios suficientes?

Diana suspira.

—No encontramos ningún dinero en efectivo en su posesión, ni en sus cuentas bancarias, más allá de depósitos que concuerdan con gastos diarios, nada fuera de lo común.

—¿Qué? —preguntas en un susurro, que al parecer Diana no logra escuchar.

—No sabes si en realidad fue él quien te golpeó esa noche, ¿o sí? ¿Pudiste verle la cara, Hueman?

—No… no en realidad, pero su complexión y piel son idénticas a las de él.

—Sí, eso es verdad, a las de él y a las de cientos de miles de personas más que viven en esta ciudad. —responde ella de forma tajante.

—Pero… ¿Y la prenda? ¿Eso…

Antes de que puedas terminar tu pregunta, te interrumpe con brusquedad.

—Incluso si pudiéramos probar que fue él quien huyó esa noche, que no podemos, solo para estar claros; pero en el hipotético caso de que así fuera, esa prenda estaba manchada con mioglobina y agua. Han llegado los resultados del laboratorio.

—¿Mioglobina? ¿Hablas de sangre animal?

Ella hace un ruido afirmativo.

—Sí. Es probable que sea el mismo de la carne empaquetada que venden en el supermercado.

—Maldita sea, Diana, ese cabrón está jugando con todos, por eso sonreía de esa forma cuando lo estaba interrogando.

—Mira, David, no perdamos más tiempo, ¿sí? Solo te respondí por el respeto que te tengo como detective y como favor a un amigo. Ya no puedo darte más detalles. Lo siento.

—No, no, Diana, tienes que seguir investigando a Marco…

—¿Y terminar sin trabajo también? —responde ella exasperada—. No quieras arrastrarme al mismo agujero que te cavaste tú mismo. Las pruebas son claras, Matadamas está de acuerdo con esto y así procederemos.

—Entonces ya está, ¿no? —respondes furioso—. Dejamos en libertad a ese otro animal solo porque el maldito de Matadamas no quiere hacer su puto trabajo, ¿eh? ¿Y tú qué eres? Creí que eras una detective, no el perro faldero de Matadamas.

—Cuidado, David —responde Diana con seriedad—. Estamos del mismo bando, no tienes por qué atacarme de esa forma.

—Por favor, el mismo bando, dime, ¿cuál es ese? ¿El bando de lamerle el culo a Matadamas para que te dé un ascenso? ¿Ese lado? Porque yo estoy del lado de la verdad, Diana, de arrestar a ese cabrón y hacerlo pagar.

—Estás mal, David. Desde hace tiempo solo ves lo que quieres ver —responde ella en un tono de preocupación—. Piénsalo, todas las pruebas apuntan a Carlos, incluso lo confesó ante varios testigos. Este es el responsable y, más importante aún, podemos probar ante un tribunal que es culpable, Hueman.

Aprietas los labios, conteniendo todo lo que en verdad le quieres decir.

—Haz lo que quieras, Diana, si tú no quieres descubrir la verdad, yo sí. Yo voy a arrestar a Marco.

Diana masculla con frustración.

—¡David, no seas terco! Estás dejando que tu obsesión te ciegue. ¿Por qué te aferras tanto a Marco? ¿Qué tiene ese chico que te hace ignorar la verdad evidente? Gun confesó, ¿entiendes? ¡Confesó! Y tenemos testigos que lo corroboran. El caso está cerrado.

Tu mandíbula se tensa. Cada palabra de Diana es un golpe a tu convicción, pero no estás dispuesto a ceder. Sientes en tus huesos que Marco está involucrado, que Gun es solo una pieza de un juego mucho más grande.

—No está cerrado, Diana. No hasta que yo lo diga. Ese chico tiene algo que ver. Lo vi en sus ojos, su reacción. No es un simple estudiante asustado.

—¿Sus ojos, David? ¿En serio? ¿Cuándo fue la última vez que dormiste bien? Estás viendo fantasmas donde solo hay un criminal confeso.

Su tono se suaviza sutilmente; la preocupación se asoma a su voz.

—Por favor, David. Confía en mí esta vez. Confía en las pruebas, en los testigos. No te desgastes persiguiendo sombras. Ya tenemos a nuestro hombre.

Tu mirada se fija en la pared frente a ti.

—No es *mi* hombre, Diana. Es *tu* hombre. Yo voy a encontrar al verdadero responsable.

—Pues estás solo en eso, David —dice molesta y, al mismo tiempo, suplicante—. Si sigues por este camino, no esperes que te cubra las espaldas. No voy a arriesgar mi placa por una corazonada tuya.

No dices nada. Ves cómo tus nudillos se blanquean al formar un puño y sientes la desesperación caer sobre tus hombros. La certeza de que Marco está involucrado es más fuerte que cualquier advertencia.

—Entonces no lo hagas, Diana. No necesito que me cubras la espalda; sé que estoy en lo correcto.

Cuelgas con brusquedad la llamada. Sabes que estás yendo contra la corriente, que estás arriesgando tu credibilidad. Pero en tu mente, la imagen de la sonrisa confiada de Marco y la certeza de su culpabilidad son la brújula que guía tus pasos. Vas a arrestarlo, cueste lo que cueste.

CAPÍTULO 21

Inmaculada e inevitable tragedia

Caminas en un bosque a la hora del crepúsculo, justo cuando el cielo se torna de un azul profundo y lo que te rodea se convierte en siluetas oscuras. Las ramas y rocas crujen bajo tus pisadas. No es claro por qué estás ahí, pero lo que sí es evidente es la desesperación que sientes, como si estuvieras nadando bajo el agua y se te estuviera acabando el aire. Necesitas llegar a la superficie. Escuchas una voz, no sabes de quién. No le das importancia y sigues tu camino, apresurado. Algo buscas, no sabes qué, pero de lo que sí estás seguro es de que debes encontrarlo porque tu vida depende de ello.

La angustia es tal que hasta respirar te resulta difícil; estás cansado, muy cansado, pero tus piernas se mueven solas, como si tu instinto fuera llevarte donde debes ir. Tu respiración es agitada y brusca. Las ásperas ramas de los arbustos rozan tus manos y, después de mover una de ellas, se despeja el camino. Los árboles se abren en un pequeño valle y revelan una cabaña a lo lejos. Al acercarte, escuchas un fuerte sonido, como una explosión. De pronto, no ves nada, pero sabes que estás en el suelo. Todo a tu alrededor se sume en oscuridad y lo único que puedes ver frente a ti es aquel tubo oxidado que gotea. El golpeteo del agua se sincroniza con el claro sonido del paso del tiempo, que ahora pareciera provenir dentro de tu cabeza.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac…

De pronto, la inconfundible voz de Andrea susurra, o tal vez es un grito ahogado por una gran distancia.

—Por favor.

Abres los ojos de golpe y te sorprendes al encontrarte a ti mismo sentado en tu auto, en el asiento del conductor. El carro está detenido y la brisa fresca entra por la ventana abierta. Es un día gris; los truenos se oyen a la distancia. Al parecer, todo ha sido un sueño. Aliviado, suspiras profundo y te frotas los ojos con las manos; te acomodas en tu asiento. ¿Cuánto tiempo has dormido? No, lo que quieres saber en realidad es cuándo llegaste aquí. Confundido, revisas tu teléfono, pero, para tu sorpresa, no tiene batería. A tu derecha, en el asiento de copiloto, hay una laptop negra.

Maldices en voz baja y miras a todos lados, buscas algo que te diga qué diablos haces aquí. Reconoces el lugar; estás en la parte trasera de la estación de policía. De repente, se abre una puerta del edificio; es Edgar, quien camina hacia ti sosteniendo algo.

Sin decir nada, te extiende la mano para ofrecerte lo que tiene en ella: una memoria extraíble.

La recibes confundido.

—¿Me vas a decir para qué quieres volver a ver estas grabaciones, Hueman? —pregunta Edgar con preocupación en su mirada—. ¿O siquiera quiero saberlo?

Guardas silencio y respondes negando con la cabeza, sin decir nada en absoluto.

—Bueno —dice Edgar mientras le da un golpecito a la puerta de tu auto con la mano—. Entiendo tu frustración, en serio, lo que hizo Matadamas es una estupidez, pero debes actuar con cuidado. Si Matadamas se entera de que sigues detrás de este tipo… Y de que yo te estoy ayudando.

—No se enterará —respondes con firmeza y lo miras a los ojos con gratitud—. Gracias por esto, Edgar.

Él asiente con la cabeza, se da la media vuelta y entra a la estación.

Enciendes el auto y conduces hasta llegar a tu departamento. Por la hora, asumes que Andrea está en la escuela.

El viento comienza a soplar con mayor intensidad y el cielo se oscurece aún más. Una tormenta se acerca, pero, de momento, es agradable sentir el viento pegándote en la cara y escuchar el ruido

de las hojas de los árboles revolotear. No hay ni una sola alma caminando por el parque o la banqueta.

Coges la computadora y subes a tu departamento. Miras la memoria que te dio Edgar y la conectas. Hay ocho videos; ocho personas que sufrieron el mismo destino a manos de Marco.

Abres el primer video y se te revuelve el estómago al instante. Una mujer que no reconoces está encadenada a una silla. Intentas no prestar atención a la víctima y buscas algo que puedas reconocer del lugar, pero no hay nada que pueda servirte. El suelo y las paredes son de cemento; todo el lugar está cubierto de manchas que oscilan entre marrón, negro y rojo, pero predominan en el suelo. Las paredes muestran, además, marcas de humedad. Observas que hay tuberías gruesas y oxidadas, de las que gotea agua sucia. De vez en cuando, alguna cucaracha o alimaña atraviesa el espacio, indiferente a lo que sucede. No puedes ver mucho más, porque la luz está enfocada solo en la víctima. De repente, aparece una persona con guantes de látex negros que le cubren todo el antebrazo, un mandil y botas del mismo material. Tiene una camisa blanca debajo y una máscara de plástico negro. La voz del sujeto, distorsionada, apenas se puede oír debajo de los gritos aterrados de la mujer.

Pones atención a los detalles de la ropa del tipo y las herramientas que usa para lastimarla, pero no hay nada que pueda ayudarte. Ningún detalle que pueda incriminar a Marco.

Después de la sexta reproducción, decides que no hay algo de utilidad y pasas al siguiente video. En todos, el tipo está vestido de la misma manera y el lugar es el mismo; todo es igual, a excepción, claro, de las mujeres que lastima. Todas tienen alrededor de veinte años, algunas de complexión más robusta, otras más altas. No se parecen entre sí. ¿Por qué, entonces, las elige? Dudas que sea puro azar; este tipo tiene una metodología para seleccionarlas, solo que no puedes verla. En cada video te resulta imposible encontrar algún detalle, por más mínimo que sea. Con cada reproducción, los gritos, la sangre y el dolor de las víctimas se graban más en tu cabeza, matando una parte de ti, pudriéndote por dentro un poco cada segundo. Un grito tras otro y otro, hasta que no puedes más.

Cierras la computadora de golpe. Aprietas los ojos con fuerza y te cubres el rostro con las manos.

Sales a la pequeña terraza de tu habitación y enciendes un cigarrillo. Lo que has visto es demasiado. Miras el cielo nublado, ¿qué estás pasando por alto? ¿Por qué estás tan seguro de que hay algo en esos videos? ¿Ahora crees que la voz quiere ayudar? Escúchate, debatiendo contigo mismo sobre si una voz que oyes durante esos lapsus quiere ayudarte o no. Si un psiquiatra te escuchara, te internaría de inmediato. Tal vez sería más fácil seguir con la narrativa de Matadamas, aceptar que Gun sea el verdadero responsable y quitarte un peso de encima. Claro, si tan solo fuera tan fácil. Si hicieras eso, tú sabes que no podrías dormir jamás; la culpa que cargarías sería tan grande que no podrías erguirte de nuevo.

Suspiras, fumas y tiras el cigarro a la calle antes de acabarlo; abres de nuevo la computadora y reproduces ese video una vez más: Melissa, con los mismos ojos de súplica y terror que recuerdas, mira fijamente a la cámara, como si te estuviera viendo a ti, suplicándote ayuda.

En un momento, el hombre enmascarado se acerca a Melissa para provocarle más dolor, y ella trata de morderlo; aunque no parece conseguirlo, en el forcejeo el guante del hombre se baja, dejando ver una parte de su antebrazo. Fijas tu atención en ese punto, pausas el video y rebobinas, fotograma por fotograma, hasta tener el momento justo en que se puede ver solo ese pedazo de piel del verdugo. Y es todo lo que necesitas, pues ahí se ve con claridad un tatuaje muy curioso.

—Chef —susurras esbozando una sonrisa incrédula—. Un puto sombrero.

Tomas una captura de pantalla y la guardas en tu computadora mientras coges tu teléfono y llamas a Diana.

—¿Qué pasa, Hueman? —contesta ella.

—Diana, ¡lo tengo! Tengo evidencia de que Marco es el verdadero culpable.

—¿Qué? ¿Cómo? —pregunta, sorprendida—. ¿Sigues investigando?

—En uno de los videos *snuff* que obtuvimos de Dave hay una parte en donde se puede ver la marca que Marco tiene en su antebrazo.

Diana suspira.

—David… tienes que dejar eso. Matadamas fue muy claro, no quiere que sigamos persiguiendo a Marco. Quiere que nos enfoquemos en encerrar a Gun una buena temporada, ¿no entiendes eso?

—Yo no podría dormir en las noches sabiendo que el verdadero culpable sigue libre, Diana, ¿tú sí?

—No voy a perder mi trabajo por eso, David.

—No lo perderás si hacemos lo correcto.

Surge un corto, pero profundo silencio.

—De acuerdo, Hueman —responde Diana por fin—, pero si Matadamas se llegara a enterar, le diré que me obligaste bajo amenazas.

Ríes satisfecho.

—Me parece justo.

—Maldita sea, más te vale que no me arrepienta. ¿Dónde te veo?

—No podemos ir a la estación, Matadamas se enteraría de lo que estamos haciendo.

—¿Qué tal en ese edificio abandonado? En donde arrestaste a Marco, ¿es seguro?

—Sí, es buena idea —respondes—. Te veré allí.

Conduces a través de la ciudad hacia aquel edificio con la esperanza latiendo en tu pecho. Al fin, después de todo, podrás darle un cierre real a la familia de Melissa y de las otras víctimas, después de que logren identificarlas.

Llegas al lugar y estacionas frente a lo que solía ser la entrada principal. Después de unos momentos, llega Diana en su auto y sube al tuyo.

—De acuerdo —dice—. Veamos qué encontraste.

Le muestras a Diana el video pausado en el fotograma en donde se alcanza a ver la marca en el antebrazo del verdugo.

Ella entrecierra los ojos y se acerca a la pantalla.

—Hueman, dime, por favor, que esto no es a lo que te referías por teléfono.

—¿De qué hablas? —preguntas sorprendido—. Es la misma marca que tiene Marco en su antebrazo. Solo tenemos que cotejar la fotografía del archivo de cuando lo ingresamos a la estación de policía y verás que es la misma.

—Maldita sea, David, no se alcanza a ver nada aquí.

—Por favor, Diana —dices quitándole la computadora y miras la imagen—. Claro que se alcanza a percibir, y aunque no fuera así, es una marca en el mismo lugar exacto donde la tiene Marco; lo mínimo que conseguiremos con esto será levantar las dudas de Matadamas.

Ella voltea con los ojos abiertos como platos.

—¿Tienes pensado llevarle esto a Matadamas?

—¿Qué? Claro que no, es solo una idea en el hipotético caso de que todo se vaya a la mierda y Matadamas se entere de lo que estamos haciendo —miras a Diana y vuelves a girar la pantalla hacia ella—. Dime que esto no es algo que debamos seguir, Diana. Dime que con esto no tenemos con qué arrestar al bastardo. Los genios del departamento de tecnología podrán ampliar este fotograma para que podamos analizarlo.

Diana te mira pensativa.

—Es un comienzo sólido… aún podemos evitar que un inocente pague mientras el verdadero responsable se sale con la suya —afirmas.

—¿Y cuál es tu plan? —pregunta Diana.

Miras la pantalla, meditabundo, pero determinado a terminar con esto.

—Primero, tendré que conseguir algo más, lo que sea, mierda, incluso una infracción de tránsito si fuera necesario. Una vez que esté bajo nuestro control, le diré de este pequeño error, que descubrimos quién era en uno de los videos, y caerá por sus propios nervios. No lo verá venir, se va a equivocar.

—Mierda, Hueman, tu plan en serio es una mierda, ni siquiera sabes cómo harás para cuestionar a Marco —responde Diana en un tono burlón.

—¿Tienes una mejor idea?

Ella te mira un momento.

—¿Recuerdas a ese drogadicto, amigo de Gun, que interrogamos al iniciar con esta investigación? —pregunta Diana—. Deberías hablar con él, ver qué puedes conseguir para inculpar a Marco.

Asientes con la cabeza.

—Mierda —susurras sonriendo—. Ahora debo admitir que tuviste una mejor idea que yo; debe ser un gran día para ti, ¿eh?

Diana se ríe.

—Al fin te diste cuenta de que soy mejor detective, ¿no? —dice en tono de burla—. Sé que eso te picará durante un tiempo.

Lleno de expectativas, listo para continuar con la cacería de Marco, te decides a bajar del auto para buscar a Jonathan, el amigo de Gun, pero la última inhalación parece haber durado una eternidad. Cuando parpadeas, todo se oscurece por mucho más tiempo del que debería. De repente, te das cuenta de que estás dentro de tu auto; no ves el de Diana. El cielo sigue nublado. Las llaves aún puestas en el cilindro de ignición.

Desconcertado, miras a tu alrededor, tratas de identificar en dónde estás. Pero el lugar es el mismo, aunque todo está un poco más oscuro sin llegar a ser de noche; no parece que te hayas movido en lo absoluto.

Un sudor frío te resbala por la sien. ¿Qué demonios acababa de pasar? El silencio en el auto era abrumador, interrumpido solo por el latido desbocado de tu propio corazón. Diana… ¿Se había esfumado? ¿Habías alucinado toda la conversación? Te llevas las manos a la cara y te frotas los ojos con la esperanza de borrar la pesadilla, de que, al abrirlos, todo regresará a la normalidad, pero no, la misma calle, el mismo cielo plomizo. La urgencia por atrapar a Marco choca de frente con esta nueva y aterradora incógnita. Tu mente, entrenada para buscar patrones, para resolver lo inexplicable, se siente ahora como un nudo apretado.

Miras la hora en tu teléfono, son las siete y media de la tarde, cinco horas después de haber hablado con Diana. Lo mejor será ir a casa y ver cómo está Andrea. No has hablado con la señora Nervis,

pero estás seguro de que está con ella; siempre ha sido así. Marcas, pero manda a buzón. Algo está mal, lo sientes en tus huesos. Con urgencia, enciendes el auto.

Llegas a tu edificio. El cielo, teñido de azul marino, anuncia el inicio del anochecer, pero las nubes plomizas lo oscurecen un poco más, dándole un aire que te hace sentir extraño. El viento sopla con fuerza, con advertencia de tormenta, los árboles se agitan con brusquedad y el eco del rugido de los truenos suena a la distancia.

Al sentir el aire frío en tu cara, piensas que momentos como estos siempre presagian algo malo. Adviertes que, además de los sonidos provocados por la naturaleza, no percibes ningún otro; no hay personas caminando ni autos en la calle, solo el viento y los truenos. Alzas la mirada hacia el frente y ves, a la distancia, una luz de un poste de alumbrado que titila. Se te eriza la piel y vuelves a sentirte ese niño pequeño que se agazapa en su cama durante la noche, acechado por un monstruo, de esos que le juras a tu hija que no existen, pero que sabes de primera mano que son reales.

El corazón se te acelera y apresuras el paso hasta llegar al edificio. Atraviesas la recepción, te extraña encontrarla vacía y con las luces apagadas. Intentas subir al elevador, pero no funciona, así que tomas las escaleras hasta llegar al piso de tu apartamento y caminas deprisa a través del oscuro y largo pasillo. Quizá sea la atmósfera que crean las nubes de la tormenta, con los ocasionales relámpagos que rompen el cielo en un grito e iluminan todo por un instante, pero el pasillo tiene un ambiente que te eriza los pelos.

Llegas a tu departamento, tocas la manija, pero, para tu sorpresa, no fue necesario girarla: la puerta está abierta.

El alma se te cae al suelo, los latidos de tu corazón se aceleran a cada segundo y la respiración se entrecorta. Entras y notas que el departamento está ordenado y limpio; no hay nada fuera de su lugar, a excepción de un conejo de peluche que le pertenece a Andrea, colocado justo frente a la puerta, como si estuviera vigilándola.

—¡Andrea! —gritas, intentando disimular tu nerviosismo.

No hay respuesta.

—¡Andrea! —vuelves a gritar, ahora con el pánico en tu voz, pero aún con la intención de controlarte.

Corres hacia su habitación, abres la puerta e intentas encender las luces; es inútil, no encienden. No hay nadie. Quitas la sábana de la cama, mueves las cortinas y buscas detrás del juguetero de madera, aunque no haya espacio en realidad para que estuviera allí. Sales del cuarto y vas al tuyo, tampoco está ahí. Buscas en el baño y por todos lados; no hay nadie.

—¡Andrea! —gritas de nuevo, ahora con desesperación, terror y pánico.

Tus gritos llaman la atención de algunos vecinos, que se acercan a la puerta de tu apartamento para ver qué está sucediendo.

Te quedas de pie mirando al conejo de peluche y lo tomas con tus manos. Al agarrarlo, notas una pequeña nota de papel prendida con lo que parece ser un alfiler. "Déjalo", lee la nota, seguido de la fecha: veintitrés de septiembre de dos mil veinticinco, una semana después del día de hoy.

CAPÍTULO 22

Un laberinto sin salida

—Mira, Hueman, hemos intentado revisar las cámaras de seguridad, pero el edificio no cuenta con un generador de emergencia y no hay nada grabado —te dice Edgar, sentado en el sofá de tu departamento, con el conejo entre sus manos—, pero la vamos a encontrar, no lo dudes.

Sus palabras cayeron en oídos sordos; tu atención y mente están enfocadas en recordarla y en sentirte mal por haber permitido que sucediera algo así.

—Entrevista a todas las personas que viven en este edificio, alguien debió notar algo extraño, quiero una descripción de quien sea que haya hecho esto —le dice Edgar a un policía cercano.

—Yo puedo describirlo, Edgar —dices con voz rota—. Es un masculino de veinte años, atlético, con piel ligeramente oscura y con un puto tatuaje de un sombrero de chef en el antebrazo derecho.

—¿Lo viste? —pregunta Edgar con seriedad—, es decir, ¿viste cuándo se llevó a tu niña?

Volteas con la mirada llena de furia.

—Andrea —le respondes a Edgar sosteniéndole la mirada—, se llama Andrea.

Edgar alza las cejas, sorprendido.

—No… no lo vi, pero ¿qué?, ¿no es obvio? —preguntas levantándote del sillón—. Ese cabrón dejó esta nota, quiere que deje de investigarlo y que procesemos a Gun para salirse con la suya. Escribió la fecha de la audiencia de Gun en la misma nota. ¡¿Qué más necesitas, cabrón?! ¿Que venga el pendejo a decirte que fue él? —la desesperación toma el control de tus palabras—. ¿De verdad no me ayudarás?

Edgar te mira y aprieta los labios.

—Mira, David, yo entiendo esto, de verdad, lo entiendo, pero necesito más que una nota para arrestarlo, lo sabes. Matadamas nunca…

—¡Matadamas se puede ir a la mierda, Edgar! ¡Que se joda! Y tú también, yo iré por mi hija y si tengo que pasar por encima de Matadamas o de cualquier otro cabrón, así será y lo haré sin dudarlo.

—Sabes que estoy de tu lado, Hueman. Te aseguro que pondremos todo nuestro esfuerzo en encontrarla.

Sin responderle, sales de tu apartamento empujando a los vecinos chismosos que se han arremolinado a la entrada.

Furioso, enciendes tu auto y conduces con un objetivo claro: El Gato Amarillo. Si alguien te puede dar respuestas, lo más seguro es que esté allá.

Conduces a alta velocidad, llegas al Gato Amarillo, donde hay un montón de jóvenes, como esperabas. Todos bebiendo y, uno que otro, drogándose. Bajas del auto y caminas directo al callejón que da a la parte trasera del lugar, donde es probable que esté Jonathan. Pero no hay nadie, solo botellas de cerveza vacías y colillas de cigarro. Ves a una pareja de jóvenes besándose detrás del tambo de basura; ni siquiera se dan cuenta de que estás ahí. Recorres el lugar con la mirada, pero no encuentras nada de lo que buscas. La angustia comienza a ebullir dentro de ti; puedes sentir cada latido de tu corazón y la sangre recorrer tus venas con cada uno de ellos.

Entras a El Gato Amarillo. Con desesperación, preguntas a quien te topas sobre Marco. Si lo reconocen o si saben algo de él. Lo único que logras es que la gente se moleste contigo y que se aleje. Has estropeado a tal punto cualquier oportunidad de obtener información, que hasta el gerente te pide que te retires y amenaza con llamar a la policía.

Regresas a tu auto, golpeas el volante con todas tus fuerzas y sueltas un grito desgarrador, desde lo más profundo de tu alma. Sabes que solo te queda una opción, una oportunidad: Gun. Enciendes el auto y manejas a toda velocidad hacia la penitenciaría donde está ya esperando su juicio.

—Por favor, Gun, necesito tu ayuda para encontrar a Marco —suplicas.

Gun, vestido con un traje naranja y esposado, te mira sin hacer ningún gesto.

—¿Dónde está? ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Sabes?, tú me dijiste que creías que yo era inocente y toda esa mierda —suelta una breve risita—. Y mírame, vaya trato preferencial, ¿no? Hasta me regalaron este lindo traje naranja, ¿te gusta? Me dicen que pasaré toda mi vida aquí… —Gun se reclina hacia delante, casi toca la mesa de metal con su barbilla—. ¿Por qué mierdas te ayudaría, cerdo? —regresa a recargar su espalda contra la silla.

—No, no entiendes. Soy el único aquí al que en realidad le importa atrapar a Marco. Como te dije, todo el departamento de policía quiere cerrar el caso, y tú eres el perfecto candidato para dejar a todos satisfechos —te reclinas hacia delante, imitando el movimiento que hizo Gun hace un momento—. Podemos ayudarnos mutuamente.

—Vete a la mierda, perro —responde de manera tajante y se pone de pie.

—No, no, por favor…

Gun camina hacia la puerta y le da un golpe, como señal a los guardias para que vengan por él.

—Tiene a mi hija —dices con lágrimas en tus ojos.

Gun voltea de repente y te mira con angustia.

—¿Qué? —pregunta.

—Se llevó a mi hija. Solo tiene seis años, por favor, necesito encontrarla lo más pronto posible; tú sabes qué hace ese animal, Gun, y sé que eran cercanos o socios, pero también sé que no eres un sádico como él.

Gun te sigue mirando y, después de un momento, regresa a sentarse.

—Mierda —dice él—. Siempre habló de… —alza las cejas, dándose cuenta de que no debería decirte eso.

—¿De qué?, ¿de qué habló?

Gun hace algunas muecas, deliberando si decirte o no lo que iba a decir.

—Él… hablaba sobre una… solicitud que le había hecho un cliente importante, pero que era muy arriesgado de hacer. Mierda… algo impensable. No puedo creer que lo vaya a hacer…

—¿Qué cosa, Gun?

—Él pidió específicamente una… niña.

—¿De qué mierda hablas?

—Ya, no pidió una niña en sí, lo que pidió fue… uno de esos videos con una niña, ¿sabes?

Tu respiración se agita, sientes el aire pesado en tus pulmones.

—Mira, no sé dónde está, pero…

—¿Dónde? —preguntas con urgencia.

Gun se limita a mirarte en completo silencio. Después de un par de segundos así, responde.

—¿Qué gano yo de todo esto?

Tragas saliva.

—Buscaré la forma de hacerte quedar libre.

Él ríe.

—¿Por qué habría de creerte, cerdo? Ya me has visto la cara de imbécil antes.

—Te daré una garantía. Un documento que especificará cómo me has ayudado para atrapar al responsable.

—¿Y también mencionará que me perdonarán todo?

Asientes.

—Sí, pero es importante que tu información nos permita dar con Marco y encerrarlo.

Sonríe, satisfecho.

—Este cabrón… sé que tiene una cabaña en el bosque, ahí es… donde comienza. No sé dónde está, pero seguro que mantendrá a tu hija ahí por unos días, por lo menos, hasta que pueda concretar su… negocio.

—Dame información concreta, Gun, ¿dónde lo puedo encontrar?

Gun se queda pensativo un momento.

—Como dije, no sé dónde está la cabaña… pero sé cómo podrías encontrarla. Deberás ir a mi casa y entrar a mi recámara. Vivo a las afueras de la ciudad, cerca de las vías del tren, donde me arrestaste, perro. La calle es Sigma y el número 32; es una casa de mierda. Debajo de mi cama tengo una caja de madera; ahí encontrarás un teléfono de prepago. Tiene un solo contacto guardado bajo "Plomero"; envíale un mensaje que diga… y pon atención, cabrón, que esto es importante. El mensaje debe decir: "Tengo los repuestos de la cañería. Te espero en el área de trabajos a la hora de siempre". Debes firmar con las letras JS, Jonathan Smith… ¿Me entendiste? Es crucial que el mensaje diga tal cual lo que te acabo de decir.

—¿Creí que vivías en el edificio abandonado cerca de los rieles viejos?

Él niega con la cabeza.

—No, perro. Ahí es donde paso el rato.

Asientes con la cabeza mientras terminas de anotar lo que te dijo Gun en tu libreta de notas.

—Lo tengo. ¿Pero qué significa?

—Significa que deberás ir al edificio Longwood, ese donde dejó a Melissa.

—¿Cuándo?

—En ese mismo momento, perro. Envías el mensaje y te vas para allá de inmediato.

—Bien…

—Otra cosa —te interrumpe Gun—, mi padre… Haz lo que necesites para pasarlo. Es la única forma.

Asientes y te levantas deprisa. Llegas a tu auto, lo enciendes y pisas el acelerador a fondo. Poco tiempo después llegas a las afueras de la ciudad y encuentras la casa de Gun. Como bien dijo, el lugar es una mierda. Una casa con agujeros y grietas por todos lados. El césped largo y desatendido, con muchísima basura dentro y alrededor. Los perros callejeros ladran cuando pasas a su lado. Si no te hubiera dicho Gun que era su casa, hubieras pensado que estaba abandonada. Eso y la luz del televisor que se filtra a través de la ventana y por la puerta principal. Te acercas a la ventana, pero es

imposible ver algo. Llamas a la puerta, pero nadie contesta, así que vuelves a tocar. Un hombre corpulento y a todas luces ebrio abre la puerta con agresividad.

—¿Qué carajos quieres? ¡¿No puedes esperar putos cinco minutos, cabrón?!

—Soy David, amigo de Gun. Me pidió entrar a su habitación a recoger unas cosas.

El hombre te mira con sospecha.

—¿Amigo de Gun? Ese pendejo no tiene amigos.

Te encoges de hombros e intentas entrar a la casa, pero el hombre te da un golpe en el estómago.

—¡Perro desgraciado! Vuelve a intentar algo así y te mato, ¿escuchaste? ¡¿Quieres robarme?! ¿Es eso? Te voy a matar, hijo de perra.

El hombre te da la espalda para entrar a su casa; no sabes si lo que dice es una amenaza vacía; sin embargo, no te puedes dar el lujo de averiguarlo. Tomas un pedazo de tubo viejo que hay en el suelo y te abalanzas sobre él; le das un golpe en la nuca con todas tus fuerzas. Cae al suelo, quejándose del dolor, pero al ver que no ha quedado inconsciente, le propinas otro tubazo. Lo noqueas.

Sueltas el tubo y entras a la casa. El lugar es muy pequeño. La sala y la cocina forman una sola habitación, que solo está dividida por una pequeña barra que, supones, hace las veces de comedor. Al fondo, unas escaleras de caracol que dan hacia el segundo piso. Subes a una habitación oscura. Enciendes la linterna de tu teléfono y recorres el lugar. Ves la cama sucia, vieja y destendida en la esquina. Te acercas y miras debajo, pero no hay nada. Sales y abres la puerta de la izquierda. Es otra habitación igual de oscura y sucia; vas a la cama y debajo de ella encuentras una pequeña caja de madera. Tal y como dijo Gun, dentro hay un teléfono con un solo contacto. Coges el teléfono y sales corriendo de inmediato del lugar, temeroso de que aquel hombre despierte y tenga un arma de fuego con él. Coges tu teléfono y miras tus notas para transcribir el mensaje tal como Gun te dijo. Mientras escribes, miras a través de la ventana del auto para asegurarte de que el hombre no salga. En ese momento, el teléfono de Gun suena con la llegada de un mensaje.

Entendido. Te veo allí.

Enciendes el auto y arrancas a toda velocidad. Te extraña que las calles estén vacías; no hay ni una sola persona conduciendo; agradeces que llegarás a tiempo. Mueves las cintas amarillas de la policía y entras al edificio Longwood. Entras en la habitación donde arrestaron a Marco. Y ahí, sumido en la oscuridad, esperas. El paso del tiempo te parece eterno; puedes sentir cada segundo latiéndote en el cuello. El sudor cae por tu espalda y tu respiración es entrecortada.

A altas horas de la madrugada, justo cuando piensas que la espera fue inútil, escuchas unos pasos por las escaleras. Crees que el corazón se va a detener, te levantas y te escondes detrás de la columna. Escuchas a alguien entrar a la habitación.

—¿Jon? —pregunta Marco en un tono alegre—. Maldito bastardo, ¿tienes un negocio conmigo? No esperaba que tomaras el puesto de Gun tan rápido, pero me alegra. Necesitamos seguir con el negocio.

Esperas un par de segundos para salir de tu escondite, pero Marco no te reconoce.

—¿Y bien? ¿Encontraste a una que encajara con la solicitud?

Avanzas hacia él, lento pero decidido.

—¿Jon? —pregunta Marco, nervioso, sospechando que algo anda mal.

Cuando estás muy cerca de él, abre los ojos como platos al reconocerte y se da la vuelta para huir. Pero lo embistes y choca contra la pared de enfrente.

—¡¿Dónde está, maldito?! —le preguntas mientras forcejean —. ¡¿Dónde está mi hija?!

De un cabezazo te golpea la nariz; la sangre te escurre.

—Hijo de perra —maldices mientras recoges una varilla.

Con un contundente golpe en la nuca, logras dejarlo inconsciente. Te pones de pie, miras a todas las direcciones para asegurarte de que no haya nadie. Lo coges del suéter y lo arrastras hacia la misma habitación donde encontraron el cuerpo de Melissa. Cierras la puerta detrás de ti.

El lugar está completamente oscuro; la luz nocturna se cuela por algunos de los huecos que dejan las vigas que tapan las ventanas. Huele a humedad, a polvo y a viejo. Cada paso que das resuena con eco. Arrastras a Marco hasta la columna en donde fue atada Melissa, donde solo queda un círculo ennegrecido sobre el suelo, en señal de lo que alguna vez estuvo ahí. Enciendes la linterna de tu teléfono y buscas en los alrededores algo para atarlo; encuentras una gruesa y oxidada cadena en una esquina y con la varilla haces un candado improvisado.

Encadenas a Marco a la columna de la misma forma en que estaba Melissa y esperas frente a él a que recobre el conocimiento. Después de un par de minutos puedes escucharlo.

—Perro bastardo, ¿sabes qué acabas de hacer? —pregunta Marco molesto.

—¿Dónde está? —preguntas con una ferocidad que jamás habías sentido—. ¡¿Dónde está mi hija?!

Él esboza una cínica sonrisa.

—Te lo advertí, hombre, lo único que tendrías que hacer era esperar hasta la fecha de la audiencia del imbécil de Gun y la tendrías de vuelta… pero decidiste hacerte el héroe y ya no la volverás a ver.

Lo sujetas con fuerza de la camisa.

—No lo volveré a preguntar, Marco, ¿dónde la tienes?

—¿O qué, exactamente? —pregunta desafiante—. ¿Qué vas a hacer, detective? Oh, es verdad, ya no eres detective. Tendrás que dejarme ir, yo podré denunciarte —ríe con descaro—. Perdiste, acéptalo.

Mientras la risa de Marco resuena a través de la fábrica, tu mente maquila a mil por hora; sabes que no hay vuelta atrás, te está obligando a esto y no tienes oportunidad de pensar en las repercusiones. Así que giras y tomas la varilla oxidada y caminas hacia Marco.

—¿Qué harás con eso, detectiv…?

Antes de que pueda terminar su pregunta, le das un fuerte golpe con la varilla en las costillas. Marco gime de dolor.

—¡¿Qué mierda te pasa?! ¡Eres un detective, no puedes hacer esto!

—Mírame. Tienes razón…

Marco te mira con los ojos llenos de sorpresa.

—Tienes razón en que ya no soy detective.

Le das otro golpe más en un brazo; esta vez, podrías jurar que sentiste un hueso romperse. Marco grita de dolor. Te acercas y le das un puñetazo en la cara y después otro y otro. La sangre le brota de la nariz y la boca; te mira con miedo.

—¿Dónde está, Marco? —preguntas mientras recuperas un poco el aire—. ¿Dónde está Andrea?

—Vas a ir preso por esto, te quedarás encerrado toda tu vida, maldito anim…

Antes de que termine, de nuevo, coges la varilla y le das una lluvia tremenda de golpes con ella. Por supuesto, evitas la cabeza; necesitas su información y no puedes arriesgarte a dejarlo de nuevo inconsciente.

—¡Ya!, ¡para, por favor! —suplica Marco.

—¿Dónde está mi hija? —preguntas mientras le echas la cabeza hacia atrás jalándole el cabello.

—Está… está en una cabaña, en el corazón del bosque Whitterwood —dice casi en un susurro.

La furia dentro de ti sigue gritando violencia, así que le das un par de golpes más en el estómago.

—¿Dónde está eso, imbécil? —le preguntas.

Marco necesita un par de segundos para volver a recuperar el aire y poder hablar.

—¿Cómo mierda quieres que te diga dónde está, imbécil? No es como que tenga una dirección.

—Me vas a llevar a ella.

Él te mira con un ojo entrecerrado, por la hinchazón a raíz de los brutales golpes que le has dado.

—Sí, sí, claro, yo te llevo, solo desátame.

Frunces el ceño, tomas la varilla y le das un fuerte golpe en una de sus rodillas; se oye un crujido y Marco aúlla de dolor.

—¿Qué mierda? —pregunta Marco en agonía.

—Si te desato, intentarás correr. Con la rodilla rota, no podrás ir muy rápido. Es mi forma de asegurarme de que no te volverás a escapar, bastardo.

Te mira jadeando, como si estuvieras loco.

—Esa cabaña, ¿ahí fue donde tuviste a Melissa también?

Él asiente.

—¿Por qué ella? ¿Cómo eliges a tus víctimas?

Gira la cabeza de lado a lado, negando.

—Yo no las elijo… los clientes lo hacen.

—¿Cómo las eligen? ¿Quiénes son tus clientes?

—Yo no sé quiénes son. No es como que vengan conmigo y muestren su identificación. Todo es en línea.

—Hey —le das una cachetada suave para ganar su atención de nuevo—. ¿Cómo las eligen?

—Ellos me dan una descripción, después Gun busca a alguna que encaje con ella. Yo me encargo después de… llevarla.

—Melissa fue la única de las víctimas que ha sido encontrada, ¿por qué? ¿Dónde están las demás?

Marco recarga su cabeza en la columna, somnoliento.

—Hombre, necesito agua…

Antes de que pueda seguir hablando, le propinas un puñetazo. Él escupe sangre.

—Responde.

—Dave, hombre. Me dijeron que planeaba ir con la policía. Dio la casualidad de que su hija encajaba con una solicitud, así que… le mandamos un mensaje.

—¿Cómo sabías que la encontrarían ahí?

—Tuve… información de que el municipio compraría ese lugar. Le dije a Gun que ahí encontraría el cadáver. Lo usé de chivo expiatorio. Fue una buena idea la de ese perro.

—¿De quién? ¿Hay más gente involucrada?

Marco sonríe.

—Estás jodido. No tienes ni…

Le golpeas las costillas con la varilla y lo vuelves a agarrar del cabello.

—¡¿Quién más está involucrado?!

—¡Todos! —responde él con un grito—. La idea fue de un policía con un nombre gracioso, Matadamas. Él sabía sobre Gun y sus antecedentes. Era perfecto para cubrirnos y mandar el mensaje al mismo tiempo.

Abres los ojos, sorprendido.

—¿Matadamas? ¿Cómo…? No es posible.

—Sí, tu querido jefe es nuestro socio.

—¿Quién más está involucrado?

—El alcalde Ritchman, él mencionó el edificio. Dijo que sería el lugar perfecto para dejarla. Se aseguró de enviar al equipo del municipio a hacer las revisiones del lugar justo cuando Gun se encontraba ahí. Los demás pensaron que era la mejor idea.

—¿Quiénes son los demás?

—Otros políticos, empresarios, algunos de fuera del país. Gente en verdad poderosa.

Antes de que puedas decir algo más, escuchan un auto que se frena, casi derrapando. Después, silencio.

—¡Ayuda! ¡Me tiene aquí! —comienza a gritar Marco con desesperación.

Ante este grito, le propinas un brutal golpe en la cara. Marco escupe sangre y queda inconsciente, con un hilo de sangre chorreando.

—¡Quietos! —se escucha una voz inconfundible detrás de ti.

Ves a Diana de pie, justo debajo del marco de la puerta de la habitación con el arma desenfundada y apuntando hacia ustedes.

—¿Diana? —preguntas, incrédulo—. ¿Cómo… ¿Cómo nos encontraste?

No te responde; aún tiene el arma apuntándoles.

—¡Hueman! ¡Al suelo! —grita Diana clavándote la mirada.

CAPÍTULO 23
La vida es sueño

Antes de que te des cuenta, Diana avanza rápido hacia ti, empuñando el arma, y te da un fuerte golpe con ella, haciendo que sangres de la frente y caigas al suelo.

Sientes la sangre escurrir por tu rostro hasta llegar a tus labios, goteando.

De inmediato, Diana mira a Marco, le coge la cara y comienza a evaluar sus heridas.

—¡¿Qué mierda, David?! ¿Ahora eres un criminal? ¡Maldita sea! —grita Diana furiosa—. Esto no debería ser así.

Sin decir una palabra, volteas a verla.

—¿Ahora torturas niños, David? ¿Así terminaste? —Diana hace una leve pausa y voltea a ver a Marco—. ¡Mira! Esto es lo que obtuviste, preso por secuestro y tortura.

No puedes hablar, es casi como si una fuerza sobrenatural te lo impidiera; miras al suelo y ves tu sangre caer en pequeñas gotas al suelo.

Diana empieza a liberar a Marco de la cadena que lo ata a aquella columna.

—Diana —hablas mientras te pones de pie con lentitud, y ves cómo las gotas de sangre siguen cayendo al suelo—. No, por favor… la cabaña, tiene a mi niña en la cabaña.

Diana se detiene, voltea a ver un instante a Marco y luego a ti.

—¿Qué? —pregunta, sorprendida.

—Me dijo que la tiene en una cabaña dentro del bosque Whitterwood… Lo confesó, Diana.

—¿Una cabaña? —dice ella con un tinte de inseguridad en su voz—. ¿Sabes en dónde está?

—No, pero haré que me muestre.

Diana no habla y sigue desencadenando a Marco.

—¡No lo hagas! —gritas desesperado—. ¡Diana!

Logra soltar a Marco, quien se queda sentado, con el rostro ensangrentado y con hematomas multicolores; es irreconocible en este punto. Te levantas con esfuerzo para impedir lo que Diana está haciendo.

—Diana —dices acercándote a ella—. Se llevó a Andrea, entró en mi departamento y dejó la nota. Lo confesó todo, me amenazó para que dejara de investigar hasta que pasara la audiencia de Gun y así quedar libre.

Diana se voltea hacia ti, con el arma aún desenfundada, y te apunta con ella.

—David, tírate al suelo, estás bajo arresto por el secuestro de Marco y su tortura.

—Mierda, Diana, ¡escúchame! —gritas desesperado.

Diana sigue inmóvil apuntándote.

—Te di una orden, David, al suelo —dice con frialdad.

—No me vas a arrestar, Diana.

Diana suelta un disparo de advertencia al suelo.

Con el sonido del disparo, Marco se trata de levantar, pero la herida en su rodilla no le permite hacerlo muy rápido. Arrastrando una pierna, comienza a caminar hacia la salida de la habitación. Al verlo, te levantas para ir tras él, pero Diana te lo impide. Sigue apuntándote.

—¡Quédate donde estás!

—¡Va a huir! ¡Debemos ir tras él!

—Tú no vas a ir a ningún lugar —dice Diana.

En un acto de desesperación, das un manotazo haciendo que el arma de Diana caiga al suelo. Empujas a la que fuera tu compañera con fuerza y sales corriendo detrás de Marco.

—¡David, detente! —grita Diana.

Sales de la habitación y después del edificio. Al llegar a la calle, ves a Marco tratando de alejarse. Aunque se encuentra muy

malherido, avanza bastante rápido en dirección al bosque.

Corres detrás de él.

Es difícil verlo en la oscuridad; sabes que, si logra entrar al bosque, lo más seguro es que lo pierdas de vista.

Escuchas la voz de Diana gritar a la distancia.

—¡David!

Como un eco distante, suena en tu cabeza, pero no le prestas atención; en este momento, tu único objetivo es alcanzar a Marco y hacer que confiese todo, rescatar a Andrea. Lo único que ves es la figura de Marco que huye delante de ti.

Piensas en todo lo que ha sucedido, en los extraños desvanecimientos que has tenido, aquel lugar oscuro y la promesa que le hiciste a Andrea de que no permitirías que nada malo le sucediera. Con todas las fibras de tu ser, debes cumplir tu palabra.

Ves que Marco cruza la barda protectora y entra al bosque Whitterwood. Poco después, entras tú.

Las ramas te lastiman el rostro con pequeñas cortadas, pero no le das importancia; atrapar a este miserable es lo único que tienes en mente en este momento.

De pronto, pierdes de vista a Marco, escuchas pisadas, pero al mismo tiempo, la voz de Diana a la distancia.

—Mierda, mierda —te susurras a ti mismo.

No puedes perderlo de nuevo, no después de todo lo que ha pasado, no puedes permitir que vuelva a escapar. La oscuridad que los rodea es absoluta. Nunca habías estado en el bosque a tan altas horas de la noche. Ni siquiera puedes ver tus propias manos.

Escuchas la voz de Diana más cerca; pareciera que está justo detrás de ti, así que decides esconderte detrás de unas rocas y un árbol. Al poco tiempo, escuchas unas pisadas apresuradas y ves los círculos de luz de una linterna.

Esperas poco tiempo hasta que ya no escuchas nada. Sales de tu escondite con la respiración agitada e intentando forzar la vista para ver algo entre tanta oscuridad. No te atreves a encender la luz de tu teléfono por miedo a que Diana te vea.

Con el corazón golpeando tu pecho y el aliento entrecortado, sientes que te has topado con un muro. No sabes el rumbo, estás

perdido en un bosque; tus opciones, si alguna vez las tuviste, han desaparecido por completo.

Lleno de pánico, miras para todos lados, pero no logras discernir hacia dónde debes ir. La desesperación te ahoga.

Cierras los ojos y, para tu sorpresa, escuchas una voz que pareciera llamarte como si fuera un susurro que lleva el viento, ininteligible.

—Ven.

Volteas, confundido y asustado. Crees que se trata de Diana o de algún otro policía, pero no hay nadie o, por lo menos, no logras ver a nadie.

No recuerdas haber escuchado pasos acercándose.

—Por aquí.

De nuevo la voz. Un eco distante que, por algún motivo, identificas de dónde viene. Por instinto o por mera desesperación, decides caminar hacia allá, a ciegas, guiándote por el golpeteo de las ramas contra tus brazos y piernas. Aunque te tropiezas un par de veces, tu determinación te ayuda a levantarte de manera inmediata, casi en automático.

—Ven.

Paso a paso, sigues el sonido de la voz, sin estar seguro de a dónde vas. Es como si estuvieras hipnotizado. Después de un rato, llegas a lo que asumes es un gran árbol. Te quedas estático, ya no escuchas nada; respiras hondo y te concentras en el sonido de la brisa agitando los árboles. Sientes mucha paz.

De pronto, vuelves a oír un susurro en el viento.

—Cierra los ojos.

Lo haces; aparece la imagen de Andrea sonriéndote. Un mar de emociones te toma desprevenido.

Lloras.

—¿Andrea? Perdóname, no tengo idea de dónde encontrarte.

Ella se acerca, te toma la cara con gentileza y, al contemplarla, notas su inmaculada sonrisa y su mirada que te dice que no tienes de qué preocuparte, que todo está bien, que puedes dejarte ir.

—No entiendo, Andrea, dime, ¿en dónde estás? Déjame encontrarte.

La mirada de Andrea se torna de confusión, pero sigue sin decir una sola palabra.

—Te prometo que te encontraré y no dejaré que te haga daño este tipo.

—Sigues sin tener idea, papi, ¿verdad?

Una voz inconfundible suena detrás de ti; sabes que es la voz que siempre has escuchado en tus lapsus. Enseguida, volteas, pero no logras ver nada; la imagen de Andrea también ha desaparecido.

—¿Qué? —preguntas, aterrado—. ¿Qué es esto?

—No te preocupes, estás a punto de entenderlo todo, amigo mío —dice la voz con un tono triste, como si tuviera lástima de ti—. ¿Lograste tu cometido?

—¿Mi cometido? Ni siquiera sé cuál es mi cometido, nunca me ayudaste, ni me dijiste cuál era la razón de todo esto, ¿recuerdas? En este momento, necesito encontrar a mi hija.

—Es curioso, todo este tiempo has creído tener libre voluntad sobre las cosas que haces o que no haces, pero todo está predestinado. No tenías otra opción más que estar aquí en este momento, y no pudiste ver más allá, no prestaste la suficiente atención —la voz suspira—. Hubiera sido todo mucho más fácil.

—¿Qué hubiera sido más fácil?

—Tu hora de la verdad, el momento cuando, al fin, debas abrir los ojos y reconocer la verdad que ha estado frente a ti todo este tiempo, pero te has rehusado a aceptar y reconocer.

—No entiendo.

—Claro que no entiendes, pero lo harás.

—¿Quién eres? ¿Por qué está pasando todo esto? ¿Dónde está Andrea?

La voz ríe.

—Esas… son buenas preguntas, debo decir, aunque incorrectas en este momento.

—¿Incorrectas?

—Sí, de hecho, no deberíamos estar conversando, tienes el tiempo contado, ¿recuerdas? Hazlo valer.

—Maldita sea, dime, ¿dónde está Andrea?

—Está justo frente a ti, ¿no lo ves?

Confundido, miras hacia todos lados, pero todo es oscuridad; no logras ver nada.

—Abre los ojos —dice la voz, resonando con un extraño eco que no tenía antes.

De pronto, abres los ojos, como si alguien te estuviera forzando a hacerlo.

La realidad de tu entorno te golpea. Confundido, caminas despacio hacia delante, moviendo las ramas con tus manos, hasta que, de pronto, la luz de la luna logra iluminar un poco el frondoso bosque y, frente a ti, una cabaña en medio. Ha de estar vacía, porque no tiene ninguna luz encendida.

Sientes que los nervios se encrespan y tu corazón late hasta en las puntas de los dedos.

Quieres echar a correr, pero aún debes tener cuidado; es probable que Diana siga por ahí o, incluso, Marco. Caminas cauteloso.

En medio de un torbellino de desesperanza, rodeas la cabaña buscando una entrada. El miedo late en tu garganta, como si tu corazón amenazara con salir por ahí.

Las ventanas están tapadas por dentro con periódico. En uno de los costados hay una puerta entreabierta. La empujas con cuidado y notas que la cabaña es antigua; está amueblada solo con un par de sillas y una mesa. La chimenea no tiene leña y todo está cubierto de polvo; pareciera abandonada.

Caminas un poco hasta que tus pies tropiezan con algo que hace un ruido metálico; es una larga cadena oxidada. La tomas con tus manos y notas que es de hierro sólido, pesada y muy resistente.

Un ruido que proviene de la chimenea te saca de tus cavilaciones.

Tomas tu celular y miras la pantalla. Por supuesto, no hay señal, pero por suerte, tienes algo de batería aún. Activas la linterna y te acercas a la chimenea, te asomas por la rejilla y aluzas.

Para tu sorpresa, Marco está intentando salir por la chimenea. Al verse descubierto, se queda paralizado y te mira fijamente.

Enseguida alcanzas a tomar uno de sus pies y le das un fuerte tirón, que lo hace caer con fuerza. Furioso, lo jalas hasta sacarlo de la chimenea y lo lanzas hacia atrás. Marco se queja de dolor.

—¿Dónde está? —preguntas con tono firme, y tomas la pesada cadena en tu mano.

Marco mira la cadena y, con los ojos de alarma, intenta calmarte.

—Tranquilo, hombre, suelta la cadena y te digo todo.

Lo golpeas con ella. Marco pone el brazo para cubrirse la cara.

Jamás habías escuchado algo semejante al sonido que hizo la cadena al impactar con el brazo de Marco, un sonido sordo y fuerte, de huesos destrozados.

Marco grita de dolor mientras se coge el brazo.

—¿Dónde está, Marco? —dices elevando el tono de voz, sin llegar a gritar.

Marco, llorando, te mira e intenta guardar silencio, pero el dolor es tanto que no puede callar los sollozos lastimeros.

Te acomodas la cadena, decidido a golpearlo de nuevo y, justo cuando levanta su otro brazo por instinto, para protegerse, grita.

—¡No!, por favor, no, espera, te diré, te diré.

Con los ojos fuera de órbita y las venas de la frente a punto de reventar, miras a Marco, listo para propinarle más golpes si es que intenta cualquier cosa.

Él, muy despacio, y sin quitarte la aterrorizada mirada de encima, con su brazo izquierdo que no está roto, toma algo de uno de sus bolsillos y lo saca: una llave.

Te acercas y la tomas.

—¿Qué es esto? —preguntas, desesperado.

—Una llave —responde Marco.

—Yo sé que es una llave, idiota, pero ¿qué abre?

Marco, temblando, apunta hacia la vieja mesa de madera que viste al entrar a la cabaña.

—¿La mesa? —preguntas, confundido.

—Debajo de ella.

Justo cuando estás a punto de girar sobre tus pasos, te detienes y tomas conciencia: sería estúpido darle la espalda a Marco, podría escapar o atacarte.

—Ponte de pie —dices aun sosteniendo la cadena.

—P… ¿Por qué?

—Quiero que me enseñes qué es lo que abre esta llave.

Marco no puede moverse. Tal es tu desesperación, que lo coges y lo obligas a levantarse. Lanza un grito de dolor y de terror al creer que le harás daño. No está equivocado; estás dispuesto a todo con tal de encontrar a Andrea.

Marco se detiene justo en frente de la mesa y la intenta mover, pero es muy pesada.

—Necesito ayuda —dice nervioso—, no puedo moverla, así como estoy.

—Pues más te vale que puedas, porque no pienso darte la espalda y si no me enseñas qué es lo que abre esta llave, te mato a golpes con esta cadena —respondes con agresividad.

Marco te mira nervioso y comienza a empujar con todas sus fuerzas, sin éxito alguno.

—N…No puedo.

—Empuja —dices levantando la cadena.

Marco al verte, emite un grito ahogado y se voltea hacia la mesa. Vuelve a intentarlo, ahora con la pierna buena mientras mantiene la espalda apoyada contra la mesa. Hace un ligero rechinido al moverse; Marco suelta un alarido de dolor.

Ves algo en el suelo, no logras distinguir qué es; aluzas con tu teléfono para descubrir una puerta en el suelo.

—¿Qué es esto? —preguntas, sabiendo que la respuesta te asustará.

Marco, sentado en el suelo, te mira llorando.

—Ella…

—Marco, ¿qué es esto?

—Donde grabo todo. Es mi estudio.

Se te hiela la sangre, te agachas y buscas la ranura para la llave. La encuentras en una esquina, apenas perceptible.

Insertas la llave y giras. Te sorprende lo pesada que es la puerta. Tienes que hacer mucho esfuerzo para poder abrirla: debajo de la madera que la camufla con el piso, hay una placa de metal. La levantas. Debajo de ella, unas escaleras iluminadas con una tenue luz amarilla y un olor a químicos, sangre y muerte.

Volteas y arrastras a Marco del brazo, haciendo que caiga por la trampilla.

—Vienes conmigo —le dices, todavía con la linterna de tu teléfono encendida.

Marco se queja del dolor.

—Ya te dije todo —suplica entre lágrimas—. Por favor, no me lastimes más.

Lo ignoras y lo obligas a seguir adelante. El túnel es estrecho y corto, con paredes ásperas de tierra, iluminado con una hilera de focos parpadeantes que corre por el techo junto a tuberías oxidadas, de las cuales caen pequeñas gotas de agua sucia formando charcos. Las ratas deambulan por doquier y el olor es mucho más fuerte de lo que esperabas; te provoca arcadas. Puedes saborear la humedad en tus labios y el ambiente es pesado y asfixiante.

Al final del túnel hay una puerta de acero oxidada. Marco la abre de un jalón, a pesar de sus múltiples heridas.

Entran a una habitación con la misma iluminación titilante. A diferencia del túnel, el piso y las paredes son de cemento, y tienen manchas rojizas y cafés. A los lados hay tuberías oxidadas y rotas, una caldera vieja que es claro que no funciona desde hace mucho tiempo. Cucarachas e insectos caminan a sus anchas, y quizá alguna rata.

El único sonido sale de un reloj análogo blanco colgado en la pared; resuena con cada segundo que marca.

Al fondo, logras ver un colchón corroído, sucio, viejo y roto. Y, sobre él, la figura de una niña pequeña acostada boca abajo, inmóvil.

Marco voltea y te mira, en silencio con los ojos muy abiertos. Lo empujas a un lado, tirándolo

Te acercas a la niña y le tocas el hombro. Pero no responde.

—¡Andrea! Soy yo, papá, mírame, tranquila, estás bien —dices con voz gentil—. Ahora estás bien.

No hay respuesta. Revisas su pulso y es muy tenue, pero sigue estando.

La sostienes en tus brazos y te levantas.

—¿Qué le hiciste? —preguntas con furia.

—Nada, nada —responde él aterrado alzando las manos—. Solo la he sedado, pero estará bien en unas horas.

La abrazas y suspiras de alivio al sentirla en tus brazos.

Le lanzas una mirada de desprecio a Marco, quien está tirado en una de las esquinas de la habitación.

—Vas a pagar por todo esto, maldito bastardo —le dices de manera contundente.

Marco se cubre con las manos y suplica que te alejes.

—No, por favor, tienes que entender, yo necesito el dinero, y esos tipos… ellos pagan muy bien por los videos, sobre todo si les cumples lo que piden.

—Me dirás los demás nombres. Todos y cada uno de ellos —dices amenazante.

—¡Suéltalo!

Antes de poder terminar, una voz inconfundible te interrumpe. Volteas y ves que Diana está parada justo en la puerta, apuntándote con un arma.

—David, suelta a la niña.

Abres los ojos con asombro. Te cuesta trabajo reaccionar por la sorpresa.

—Diana, arresta a este tipo, mira lo que ha hecho, esta habitación —haces una leve pausa—. ¡Mira a Andrea! ¡Está claro que es el responsable!

Diana te clava la mirada, ni siquiera voltea a ver la habitación.

—¿Qué es esto? —pregunta Diana, mientras continúa apuntándote.

Volteas a ver a Marco.

—¿Qué es esto? —le preguntas a Marco—. ¡Díselo, cabrón!

—Tranquilízate, David —dice Diana desde la puerta y vuelve a apuntarte.

Respiras para calmar tu ira. Te rehúsas a bajar a Andrea.

—Suelta a la niña, Hueman —te ordena Diana sin desviar su arma.

Diana se acerca a Marco, lo toma del brazo y le da un jalón para traerlo hacia ella.

—Diana —dices en voz alta, con la respiración agitada—. Matadamas, Ritchman, todos ellos están coludidos. Esto es una red de negocio rojo. Él me lo confesó. Podemos detenerlo y asegurarnos de que nunca vuelva a suceder algo así.

Un denso silencio se hace presente en la habitación; Diana mira a Marco y le suelta el brazo.

—¿Diana? —preguntas, confundido—. ¿Qué pasa? ¿Por qué lo sueltas? Arréstalo.

Te ignora y comienza a analizar con suavidad las heridas del rostro de Marco. Con una mirada cargada de tristeza, se voltea hacia ti y, de nuevo, te apunta con el arma.

—Mierda, Diana, ¿qué haces? —dices y te giras el torso para proteger a Andrea con tu cuerpo.

—Perdóname, David —dice Diana en lágrimas—. Esto no tenía por qué acabar así.

—¿De… de qué hablas?

—Yo solo quiero protegerlo —solloza—. No es su culpa, nació así —dice casi en una súplica.

Tu corazón se acelera.

—Diana, ¿de qué mierda estás hablando?

—No tenías por qué involucrarte en esto. Después de encarcelar a Gun, todo debió quedar en orden. Esta nunca fue la idea, tienes que creerme, por favor, todo esto es tu culpa. ¡Maldición, David! ¡Si tan solo hubieras dejado esto en paz!

Tu respiración comienza a agitarse.

—Te lo advertí, David. Maldita sea, te lo advertí. Tenías que ser el puto héroe. No podías callarte la puta boca —dice Diana llorando—. ¡Todo esto es tu culpa!

Las piernas te flaquean cuando entiendes que Diana no está aquí para ayudarte.

—Deberías entenderme —dice mirando a Andrea—. Tú harías lo mismo por tu hija, ¿no? Rompiste la ley y fuiste más allá de lo que tenías permitido por ella; yo entiendo eso, por favor, entiéndeme tú.

—¿Marco es tu hijo? —preguntas, con casi susurros—. ¿Tu hijo es… un asesino?

—¡No le digas así! —grita Diana.

—Por eso sabía que íbamos a ir por él al edificio abandonado. Le advertiste y se deshizo de toda la evidencia. Él sabía qué responder y cómo actuar cuando lo interrogué… porque tú le dijiste.

—Ya te he dicho que no es culpa suya, necesitamos el dinero que viene de esos videos, David.

—¿Te estás escuchando? —preguntas, furioso—. ¡¿Estás escuchándote?! ¿Dices que no es su culpa? Bueno, ¿qué culpa tenía Melissa?, ¿eh? ¡¿Qué culpa tiene Andrea?! —gritas, desesperado—. Tienes la oportunidad de detener esto, Diana.

—¡Ninguna! —grita Diana—. Nadie tiene la culpa, aquí todos somos víctimas, David, ¿no lo ves? Incluyéndote…

—Mierda, Diana, mierda —susurras—. No, no, no, no —repites aferrándote a Andrea con tus manos.

—Esto es culpa solo tuya.

—No, Diana, la culpa es tuya y de esa rata asesina que llamas hijo.

—No debía terminar así, David, lo juro —hace una pausa para intentar dejar de llorar, sin éxito—. Por favor, créeme. Nunca quise hacerte daño.

—Por favor, no le hagan daño a Andrea… hagan lo que quieran conmigo, pero déjenla ir, por favor —suplicas desesperado.

Diana te mira en silencio; su semblante te dice que no hay nada que la haga cambiar de opinión.

Abrazas y besas a Andrea, para luego lanzar una mirada suplicante a Diana. Aprietas los ojos, lleno de impotencia y miedo, esperando lo peor… pero nada sucede; de hecho, dejas de escuchar ruido alguno, y el olor a humedad y sangre también desaparece. No hay eco. Temeroso, abres los ojos poco a poco, aprietas con tus brazos a Andrea, o lo que creías que era ella, pues al abrir los ojos te das cuenta de que estás estrujando una almohada.

—¿Qué? —susurras confundido y te incorporas con rapidez en tu cama.

La familiar vista del abanico de techo girando sobre ti es reconfortante. La luz cálida del mediodía entra por la ventana y la brisa ondea con suavidad las cortinas. De repente, notas con extrañeza que en la almohada del otro lado de la cama hay cabellos oscuros y largos. Te quedas perplejo, nadie ha dormido en esta cama desde hace… Bueno, ni siquiera sabes con exactitud cuánto tiempo ha pasado, pero es mucho. Percibes un olor a panqueques que proviene del otro lado de la puerta de tu habitación. Buscas tu arma en tu mesa de noche, pero no la encuentras.

Te levantas, te pones una camisa y abres la puerta con cautela; buscas con la mirada algo inusual, pero todo se ve en orden. Incluso, parece verse mejor: pulcro y recogido.

Te exaltas con un estruendo del otro lado del apartamento. Respiras profundo, tratando de prepararte para lo que sea que pueda estar sucediendo, y sales deprisa a la sala del apartamento para averiguar qué diablos pasa.

Ves a Andrea de pie sobre un banquito Montessori, usando un delantal que le queda enorme, cubriéndole los pies, sonriente mientras bate con energía el tazón frente a ella con un batidor de aluminio en la mano.

—¡Papi! —grita al verte y te regala una amplia sonrisa.

—¿Andrea? —preguntas consternado y confundido, pero consciente de la ola de alivio que te inunda—. Tú… ¿cómo… —la emoción no te deja hablar y un nudo se forma en tu garganta. Sonríes y una lágrima, sin tu consentimiento, se asoma en tus ojos.

—¿Qué pasa, papi? —su semblante cambia por la preocupación.

—Debe haber tenido una pesadilla —una voz de mujer desde atrás de Andrea. Está en la cocina, pero por su posición, no puedes verla; sin embargo, sabes quién es.

—¿Jessica? —preguntas en un susurro ahogado y te apresuras hacia la cocina.

Una mujer está lavando platos. El cabello negro y ese olor a jazmín que jamás podrías olvidar.

—Jessica… —dices atónito—. Yo… —suspiras y la tomas por detrás, en un abrazo desesperado y tembloroso, como si al aferrarte con tal fuerza pudieras impedir que se volviera a ir.

—¿Oh? —dice sorprendida y alegre sin dejar de lavar los platos—. Alguien se despertó amoroso, ¿eh? —se da la media vuelta con las manos mojadas y te da un beso.

Reconoces esos ojos pardos grandes, sus facciones delicadas y su sonrisa tan… sincera.

—¡Yo quiero un abrazo! —grita Andrea feliz.

—Ah, ¿sí? —preguntas risueño volteándote hacia ella—. ¿Y qué te parece un… ¡abrazo de monstruo!? —la cargas y das vueltas con ella.

Andrea ríe a carcajadas. La abrazas, le das un beso y la dejas en el banquito para que pueda seguir con los panqueques.

—¿Por qué estás triste, papá? —pregunta Andrea sin dejar de batir la mezcla en el tazón.

—Tuve… una pesadilla, es todo, pero ahora estoy bien.

—Nada que unos panqueques no solucionen —dice Jessica caminando hacia donde está Andrea para coger el tazón.

Miras a tus chicas frente a ti, felices, y sientes una plenitud enorme. El día es hermoso y el cielo despejado con un tinte azul claro perfecto; es la cereza sobre el pastel.

CAPÍTULO 24

Y los sueños… sueños son

Conduces a la escuela de tu hija. Cantan las canciones de la artista de moda; no son en realidad de tu agrado, pero a Andrea le gustan mucho, así que no te importa iniciar el día con esa música.

—Gracias, papi —dice abriendo la puerta.

—Oye —le llamas justo cuando se baja del auto—. Ejem… ¿cómo… ¿Cómo van las cosas con Tommy?

Ella se encoge de hombros.

—Terminamos —responde tajante—. Resulta que los hombres no saben lo que quieren.

Y sin decir otra palabra, se retira y cierra la puerta con gentileza. Atónito, miras cómo camina hacia la maestra que está recibiendo a los niños en la entrada. Se da media vuelta y hace un gesto con la mano para despedirse de ti a la distancia.

Sonríes, incrédulo.

Llegas a la estación y ves que la recepción está decorada con globos y una banda larga que dice "El mejor detective". Un par de oficiales truenan unos tubos de confeti, cubriéndote de papelitos recortados por todos lados.

—¡Gran trabajo, Hueman! —afirma un policía al lado de ti dándote unas palmadas en la espalda.

—Increíble —añade otro.

—¡Felicidades! —dice uno más.

No logras reconocer a todas las personas que te felicitan.

Edgar se acerca poco después y te estrecha la mano.

—¡Qué trabajo tan increíble, Hueman! —dice Edgar con admiración—. ¿Quién lo hubiera pensado? Straut. Justo debajo de nuestras narices. Te hace pensar, ¿no? Es una lástima.

Diana. Marco. Gun. Al parecer tuviste otro lapsus; no debe haber pasado mucho tiempo, pues todo el mundo te está celebrando y Edgar actúa como si recién se hubiera enterado de la traición de Diana. Revisas tu teléfono y te das cuenta de que es veinticuatro de septiembre. El juicio contra Gun debió haber sido ayer.

—¿Qué sucedió con Gun? ¿Con Marco y Diana? ¿Matadamas y el alcalde? ¿Dónde están? —preguntas con urgencia.

Edgar frunce el ceño, extrañado por tu pregunta.

—¿Qué preguntas son esas? ¿Cómo es posible que no sepas? En cuanto expusiste esa red de… degeneración, Matadamas tomó su arma y terminó con todo en su oficina. Ritchman se dio a la fuga, la búsqueda se ha extendido a nivel federal, y Marco, bueno, ¿dónde más podría estar ese bastardo?, en prisión, junto con su enferma madre.

—¿Y Gun?

—Le dieron una sentencia reducida gracias a la garantía que firmaste y que lograste detener a Marco. A los otros dos les dieron cadena perpetua. El padrastro de Melissa será puesto tras las rejas por lo menos cinco años; después tendrá que acudir a un centro psiquiátrico a tratarse su asquerosa mente. ¿Por qué la pregunta? Actúas como si no hubieras estado ahí.

Alzas las cejas y encoges los hombros.

—Bueno, te deben haber dado muy duro en la cabeza, ¿eh? —dice Edgar dándote una palmada amistosa en la espalda—.

Suspiras y te frotas las sienes con los dedos.

—Estoy feliz de que esto haya terminado —dices con una sonrisa satisfecha en el rostro—. Perdí el sueño —sueltas una risotada—. Incluso empecé a tener visiones o lapsus muy extraños. Me era difícil saber en dónde estaba.

Edgar fija su mirada en ti y pone su mano sobre tu hombro, sonriendo.

—¿Y sabes dónde estás ahora?

Algo dentro de esa pregunta te resulta extraño. Frunces el ceño. Alguien trae un pastel blanco con la frase "Bienvenido de regreso" escrita con betún rojo encima y, antes de que puedas preguntarle más a Edgar, alguien te abraza muy entusiasmado y te

pierdes en el momento. Miras a tu alrededor y decides contagiarte del ambiente festivo.

Después de que termina el festejo, sales de la estación y recibes una llamada de Jessica.

—¿Qué tal, amor? —respondes.

—Hola, ¿cómo te va? ¿Te recibieron contentos en la estación?

—Sí, me hicieron una pequeña celebración con globos, pastel y todo… Fue algo muy inesperado.

Ella ríe un poco.

—¿Inesperado? Pero si eres el héroe de la ciudad, era claro que te harían una fiesta.

—Sí, supongo que sí… Oye, ¿sabías que Andrea terminó con Tommy?

—Sí… desde hace tres días.

—¿Qué? ¿Lo hizo hace tres días y no me lo había dicho? —preguntas indignado.

—Recuerda que es una niña y tú eres su papi que la rescató de las garras de ese maleante. Debe de ser lo último en su cabeza en estos momentos.

—Sí, tienes razón… ¿Sabes qué me dijo? Me dijo que los hombres no saben lo que quieren. ¿De dónde sacó esa idea? ¡Tiene seis años!

Jessica ríe fuerte.

—Equivocada no está.

No puedes evitar sonreír.

—Sí, supongo que es verdad, pero eso no significa que deba saberlo a sus seis años.

—No te preocupes, tú le darás el ejemplo de cómo se debe comportar un hombre. Sabrá elegir uno bueno. No te quiero quitar mucho tiempo, señor detective, sé que estás ocupado, ¿crees que podrías traer papas cuando regreses a la casa?

—¿Papas? Sí, claro, yo las llevo.

Ella te agradece y cuelgan. De camino a tu auto, pasas por el pequeño callejón que separa a la estación de policía del estacionamiento. Algo te hace voltear: una tubería oxidada que sobresale de la pared. Un escalofrío te hiela la sangre al recordar

aquellas visiones o lapsus que tenías. Respiras hondo y agradeces que todo eso haya terminado. Llegas a tu auto, lo enciendes y vas a la penitenciaría.

—¿Qué? —pregunta Gun algo molesto al verte desde el otro lado del cristal que los separa.

—Yo… No te di las gracias por tu ayuda, Gun. Sin ti no hubiera podido atrapar a ese tipo y recuperar a mi hija.

Su mirada se suaviza.

—¿Ella está bien?

—En perfecto estado.

—Bueno, no podía dejar que ese animal la lastimara. Pero mírame —dice alzando las manos para mostrarte las esposas—. Esta es mi recompensa.

—Si tienes buena conducta, podrás salir en poco tiempo. Tal vez no lo puedas ver ahora, pero tu acción te ayudó a esquivar una vida en prisión.

—Sabes, nunca imaginé que su madre fuera policía, perro —dice Gun riendo.

Asientes con la cabeza.

—Menudo detective. Estuvo justo a tu lado todo este tiempo y no lo pudiste ver, y tampoco pudiste atrapar a Marco por tu cuenta; tuviste que recurrir a mí para hacerlo —Gun sonríe y se recarga en su silla en un ademán triunfalista—. Tal vez deberías cambiar de profesión, perro.

—¿Cómo qué recomendarías, Gun? ¿Editar y después vender videos ilegales? Digo, eso funcionaría hasta acabar preso como tú, ¿no crees?

La sonrisa confiada de Gun se esfuma.

—Entonces, tu jefe y el alcalde eran parte de todo, ¿eh? —pregunta Gun—. Esos eran sus amigos importantes.

—Matadamas está muerto. El alcalde Ritchman se dio a la fuga, pero con los federales buscándolo, no le doy más de una semana. Al final, no eran tan poderosos, ¿no crees?

Se remueve en su silla, recargando la cabeza en el respaldo.

—Mira —continúas—. Solo vine para agradecerte lo que hiciste. Fuiste de gran ayuda para resolver todo esto.

Él ríe.

—Mierda, debería hacerme detective, ¿no crees?

—Si lo dices en serio, puedes unirte al cuerpo de policía. Yo te podría enseñar algunas cosas. Es trabajo duro.

Él hace una mueca.

—Nah, suena a pura mierda.

Sonríes y sales de la habitación.

Llegas a tu edificio con una bolsa de plástico en la mano que contiene las papas que Jessica te pidió. El sol del atardecer entra por los ventanales del vestíbulo; la persona encargada de recepción te saluda con un "buenas tardes" y se lo devuelves. Recuerdas cómo se veía este lugar sumido en la oscuridad y vacío. Tomas el elevador y entras al apartamento.

—¡Sorpresa!

Te sobresalta ese grito con el que te reciben varias personas. Hay globos, confeti y una pancarta que dice: "El mejor detective y papá del mundo".

—¿Qué es esto? —preguntas, sonriente.

Jessica se acerca con un pastel que dice "Felicidades".

—¿Creías que solo tus compañeros de trabajo querían celebrar tu victoria? —pregunta ella.

La besas mientras Andrea llega y te abraza una pierna.

Miras a tu alrededor; hay muchas personas familiares y otras no tanto, tu hija y tu esposa cerca de ti. El aroma que proviene de la cocina te hace salivar y te abre el apetito; lasaña, quizá. Cierras los ojos y piensas en lo perfecto que es este momento.

De un instante a otro, dejas de oler la comida y de escuchar las conversaciones de quienes están en tu apartamento. Frente a ti aparece la misma pared manchada y corroída del sótano de aquella terrible cabaña. Ves a Diana con lágrimas en los ojos, y a Marco detrás de ella, sosteniéndose de la pared. Confundido, intentas correr, pero algo te detiene. Sientes un frío descomunal que recorre tu cuerpo entero y no puedes evitar abrir tu mano y soltar lo que sostienes en ella.

—¿David? ¿David? —escuchas una voz llamarte.

Abres los ojos; Jessica te mira inquieta. Miras hacia abajo y ves las papas que trajiste dispersas en el suelo. Sientes sus cálidas manos sobre tu brazo.

—¿Está todo bien? —pregunta ella.

—Sí… sí, es solo que… necesito ir al baño.

Sentir el agua fría en la cara es agradable. Te miras en el espejo al secarte. "Todo está bien". Después de todo, un incidente como ese no queda sin factura. Estaría bien recibir ayuda psicológica del departamento, no solo para tu pequeña.

Respiras profundo y sales del baño.

Ves a todos reunidos y conversando muy a gusto. Andrea corre con un par de niñas más a su habitación, emocionadas.

Caminas hasta encontrarte con Jessica, quien te recibe con un plato de lasaña y una gran sonrisa.

Tomas el plato y le regresas la sonrisa, agradeciéndole.

Las horas transcurren, el sol se oculta y los invitados abandonan el apartamento poco a poco, hasta que solo quedan Jessica, Andrea y tú.

—A lavarse los dientes, señorita —le dice Jessica a Andrea—. Ya ha pasado tu hora de dormir.

—¡Pero, mamá! Mañana es sábado, déjame quedarme aquí otro rato más.

—No, mañana hay que ir temprano a…

La voz de Jessica se vuelve ininteligible conforme camina hacia el cuarto de Andrea. Tú estás lavando los trastes. Frotas un plato con la esponja. El agua, que estaba tibia, de pronto se enfría. Tu boca se llena del sabor a tierra y sangre. Alguien te arrastra por el suelo inmundo de la cabaña. La luz amarillenta titila sobre ti. Escuchas voces, aunque te resultan indescifrables. Cierras los ojos con fuerza y, cuando los vuelves a abrir, estás frente al fregadero, con el agua caliente cayendo de la llave abierta.

Recorres tu apartamento con la mirada; está en silencio, tranquilo. Frente a ti, el ventanal que da a la calle deja entrar aquella luz tranquila, de los faroles. Es una noche agradable. Suspiras y te tallas los ojos con las manos.

—¿Todo bien? —pregunta Jessica.

Su voz te saca de tus cavilaciones.

—¡Ah, sí!, sí estoy bien.

—Has estado raro el día de hoy —responde ella.

—Sí, ha sido un día cansado. Bueno, pero cansado.

Ella asiente con la cabeza.

—¿Sabes? Andrea me ha dicho hoy que quiere que tú —dice mientras te toca con un dedo el pecho— le leas un cuento para dormir.

—¿Ahora? —preguntas.

—No, le dije que hoy estás cansado y necesitas dormir… pero le prometí que mañana lo harías.

Sueltas una leve risa.

—No recuerdo la última vez que leí un cuento… Mierda, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que leí algo que no fueran reportes o carpetas de investigación.

Ella ríe.

—Entonces les hará bien a los dos.

Asientes con la cabeza mientras terminas de tallar el último de los platos sucios.

—Me daré un baño y después me iré a la cama, me siento muy cansado —dices mientras le agarras la mano a Jessica y le das un beso en la frente.

—De acuerdo —responde—. Yo veré un capítulo de mi serie y después iré también.

La coges con gentileza de las manos.

—Por favor, ven conmigo —le dices con gentileza—. Te he extrañado tanto.

Ella se sorprende al escucharte y sonríe.

—Está bien. Aunque deberías darte un baño.

Abres la regadera. El sonido del agua corriendo te reconforta. Lo mismo que la sensación del agua tibia sobre ti. Estiras la mano para coger el jabón, pero, en su lugar, sientes algo frío y denso escabullirse entre tus dedos. Abres los ojos y solo ves lodo. Tierra bañada en agua. Estás en un bosque oscuro, iluminado solo por una lámpara de gas. No puedes levantarte, aunque lo intentas; te arrastras con la ayuda de tus brazos. Escuchas y sientes la lluvia

cayendo con fuerza. De nuevo el sabor a tierra, a sangre, y el terror también. Escuchas el gruñido de un hombre y sientes un golpe contundente en las costillas. Asustado, das un paso hacia atrás. Sientes rozar los azulejos de las paredes del baño mientras intentas recuperar el aliento. Te recargas en la pared con la respiración agitada y dejas que el agua caiga directo en tu espalda.

Sales de la regadera más cansado de lo que entraste. Te cuesta mantener los ojos abiertos. Te secas y cambias lo más rápido que puedes. Sales del baño y te echas en tu cama. Con cada parpadeo, la imagen del bosque oscuro, la tierra y la fría lluvia se materializan, pero desaparecen de nuevo cuando abres los ojos. Tu respiración se agita. Con mucho esfuerzo, estiras el brazo para tomar el vaso de agua que está en tu mesa de noche, pero tus dedos se cierran sobre un negro absoluto y no tocas nada. De nuevo, estás en el bosque, ves las estrellas que se atreven a servir como testigos de lo que sucede. Y una luz amarillenta que se atenúa cada vez más a tu derecha, iluminando nada más algunos de los troncos de los árboles que te rodean.

Aprietas los ojos con fuerza, con la única esperanza de abrirlos y tener a Jessica y a Andrea a tu lado, despertar con el olor a panqueques por las mañanas, volver a abrazarlas y poder decirles que las amas… Fue inútil; no importa cuántas veces lo hagas, el bosque no desaparece. Abres los ojos; Marco se acerca sosteniendo una pala sobre su hombro, cubierto de lodo, sangre y empapado; respira con agitación. No muy lejos escuchas a Diana sollozar. Cierras los ojos, se acercan a ti dos sombras, reconoces a ambas. Abres los ojos… Con una última esperanza, cierras los ojos con toda tu voluntad, deseando con desesperación despertar… aunque sabes que no va a suceder. Que has estado despierto todo este tiempo y que, en realidad, el otro lado había sido el sueño. Un sueño en el que, de milagro, habías logrado ser el héroe que Andrea tanto necesitaba. Donde nunca habías perdido al amor de tu vida. En la mentira de ese sueño, habías encontrado la paz que nunca pudiste en la verdad. Sientes que caes y golpeas el suelo. Sobre ti, el cielo oscuro, las estrellas desaparecen, hasta que a algo negro comienza

a bloquearte la vista, una a una. Escuchas el sonido de la pala a la distancia escarbando la tierra mojada.

Todo se torna oscuridad y, dentro de ella, la tenue imagen de Jessica y Andrea sonriéndote, esperándote. Estiras la mano buscando las de ellas. Tu llanto se mezcla con las gotas de la lluvia, la sangre y el lodo.

Logras tomar la mano de Jessica. Estás en tu cuarto de nuevo, ella acostada a tu lado, viéndote con amor.

Lloras sin control.

—Por favor… no me dejes cerrar los ojos.

Ella te mira sin decir nada, esboza una sonrisa empática y te sostiene la mano con fuerza mientras, sin poder evitarlo, tus ojos se cierran poco a poco.